



Monografías 132
Valores y conflictos
Aproximación a la crisis

Escuela
de Altos
Estudios
de la
Defensa

Febrero 2013



MINISTERIO DE DEFENSA

CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES
<http://publicacionesoficiales.boe.es/>

Edita:



www.bibliotecavirtualdefensa.es

© Autor y editores, 2013

NIPO: 083-13-027-8 (edición papel)
ISBN: 978-84-9781-810-0 (edición papel)

Depósito Legal: M-5903-2013
Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa
Tirada: 400 ejemplares
Fecha de edición: febrero 2013



NIPO: 083-13-028-3 (edición libro-e)
ISBN: 978-84-9781-811-7 (edición libro-e)

Las opiniones emitidas en esta publicación son exclusiva responsabilidad del autor de la misma. Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del © Copyright.

En esta edición se ha utilizado papel libre de cloro obtenido a partir de bosques gestionados de forma sostenible certificada.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Presentación	
Conflictos y valores. (Dos crisis frente a frente: 1929-2013)	7
<i>Luis Alejandro Sintés</i>	
Capítulo primero	
El fin de la posmodernidad y el retorno a los valores	15
<i>Federico Aznar Fernández-Montesinos</i>	
Crítica a la posmodernidad.....	17
La cultura militar	21
Liderazgo y ejemplo	24
Ejemplaridad militar	26
Conclusiones	30
Capítulo segundo	
Ejército y sociedad.....	33
<i>Benjamín García Sanz</i>	
Introducción.....	33
Ejército y sociedad a lo largo de la historia.....	34
Lo que dicen las encuestas recientes sobre el Ejército.....	40
La seguridad y la paz como elementos fundamentales del cometido de los Ejércitos	49
La importancia de los medios en la visión que tiene la sociedad del Ejército.	52
Conclusiones	55
Capítulo tercero	
La crisis económica: ¿causa o consecuencia?.....	59
<i>Vicente Hueso García</i>	
Introducción.....	59
El declinar de nuestra civilización	62
Cultura, valores y orden moral	69

	Página
La Unión Europea como comunidad de valores	72
El dispositivo de defensa en el contexto actual	75
 Capítulo cuarto	
Los ejércitos y la gestión de la crisis (II).....	81
<i>Jesús Ignacio Martínez Paricio</i>	
Incertidumbre y escasez.....	82
Gestión de la crisis ante la incertidumbre y la escasez.....	98
 Capítulo quinto	
Dimensión cultural de los conflictos, Terrorismo, periodismo y literatura. Las nuevas armas contra el terror: valores, héroes y literatura	111
<i>Andrés González Martín</i>	
No nos mata la oscuridad, sino la indiferencia.....	111
El terrorismo como fórmula de inhabilitación de un relato.....	116
La verdad está en las víctimas	119
Damnatio memoriae	126
 Capítulo sexto	
Sociología y geopolítica: conjetura sobre el futuro del ejército en una sociedad estacionaria	131
<i>Amando de Miguel Rodríguez</i>	
Composición del grupo de trabajo.....	153
Relación de Monografías del CESEDEN	155

Conflictos y valores (Dos crisis frente a frente: 1929-2013)

Luis Alejandro Sintés

Presentación

Es bien conocida la labor que desarrolla el CESEDEN en nuestra sociedad en la búsqueda de puntos de encuentro que lleven a reflexionar sobre los cambios que esta vive, máxime cuando una profunda crisis económica, política, social y de valores invade con peligro la vida de las actuales generaciones y siembra una preocupante incertidumbre sobre la de las futuras.

Todos tenemos presentes las dramáticas consecuencias a que arrastró la crisis de 1929. Ahondar en clave actual sobre las causas que la provocaron para evitar que las consecuencias sean las mismas fue el propósito de un equipo que dirigido magistralmente por el profesor Amando de Miguel trabajó durante el pasado curso bajo el prisma de variados puntos de vista. Su estudio fue publicado en marzo de 2012 en el número 129 de las *Monografías* del centro y, bajo el epígrafe general de “Valores y conflictos”, desarrollaba las claves culturales que los definían en el actual siglo XXI.

El trabajo –como señalaba en su presentación Amando de Miguel– no se presentó con un propósito estrictamente académico, sino también de estímulo para que otras personas pudiesen seguir reflexionando sobre este tema. La insinuación fue recogida por el propio director del CESEDEN, General de la Rosa, que animó al mismo grupo de trabajo a continuar profundizando en el tema siguiendo el mismo hilo conductor, la relación entre conflictos y valores, esta vez bajo el prisma de la “construcción de la paz”. Este es el resultado.

El reto de presentar el trabajo de seis profesionales de formación y procedencias distintas, incluso de edades diferentes, no es sencillo.

Tres profesores universitarios de la categoría de Amando de Miguel, Jesús Martínez Paricio y Benjamín García Sanz han trabajado junto a tres oficiales representantes de cada uno de los Ejércitos, el Tcol. Andrés González Martín del Ejército de Tierra, el CF. Federico Aznar de la Armada y el coronel Vicente Hueso del Ejército del Aire. La mezcla, que pudo ser en principio explosiva, ha sido a lo largo de estos dos cursos más que enriquecedora. El texto que tiene en la mano, querido lector, recoge con enorme "libertad de cátedra" lo que parecen seis trabajos independientes en apariencia inconexos. Y no lo son. Son el producto de discusiones profundas y ajustes de texto, intentando evitar repeticiones, con correcciones y matices formulados entre los propios ponentes. Es una lástima no poder añadir y transcribir las actas de cada reunión en la que se iban presentando sucesivos borradores y se avanzaba en la coordinación de la obra. Yo puedo decirles que tras cada jornada de trabajo, regresaba a mi retiro de Menorca con el ánimo renovado, con ideas nuevas, con la voluntad de aportar al difícil momento que vivimos ilusiones y esperanzas.

Siempre presidía el discurrir de nuestras discusiones el objetivo de oponer, paliar o resolver un conflicto, recurriendo al enorme peso e influencia de los valores. Todos teníamos claro que potenciándolos reforzábamos la capacidad de resistencia de nuestra sociedad ante riesgos y amenazas. Y a este empeño dedicamos lo mejor de nuestras capacidades intelectuales y nuestras experiencias.

Todo se ha hecho paso a paso, construyendo un edificio de pensamiento formado con materiales no necesariamente homogéneos. Cada uno de los ponentes ha aportado sus conocimientos, experiencias y vivencias. Y ha puesto énfasis en la forma y en la sensibilidad con que contempla cada situación.

Yo no sé, querido lector, si seremos capaces de transmitir todo lo que teníamos en nuestras mentes. Yo que fui afortunado coordinador, aseguro que sus reflexiones aportan todo un caudal de ideas que no deberían caer en saco roto. De lo que no estoy tan seguro es de si nuestra sociedad está abierta a recoger estos testimonios o si prefiere poner la cabeza entre las alas y no mirar el paisaje histórico que se avecina, más cercano al estancamiento medieval que al alegre y desbordado crecimiento de los últimos años.

A lo largo de las discusiones ha sido curioso observar que quienes mejor perciben los valores de los Ejércitos sean los profesores universitarios. Y que los militares diésemos como normal y asumido el no darles mayor importancia, salvo cuando los vemos amenazados. Estamos ya hechos a las incomprensiones, al desconocimiento, a la frialdad, y así nos hemos formado. Hay momentos en que nos parecemos más a *la grande muette*, en referencia al Ejército francés del período entreguerras mundiales, que

al abierto mundo actual de la comunicación. Ha habido otros momentos en los que incluso hemos podido confundir disciplina con sumisión cuando hemos sufrido ataques frontales o sibilinos contra nuestra esencia a los que, tal vez, no hayamos dado una respuesta adecuada.

Por supuesto, el objetivo del grupo de trabajo ha sido claro: cohesionar nuestra sociedad relacionando los problemas que vive día a día con los valores que pueden aportar los miembros de los Ejércitos, trozo vivo de esta misma sociedad.

El capitán de fragata Federico Aznar ahonda en el concepto de crisis con referencias frecuentes a conceptos clásicos y a pensadores modernos. Critica la posmodernidad que vivimos a partir de los años ochenta del anterior siglo por estar instalado en el presente el “no reconocer nada valioso detrás del esfuerzo y desechar a los héroes por innecesarios”. El hombre posmoderno –la figura cultural del nuevo milenio– teme la incertidumbre y debe ahora abandonar un presente imposible para afrontar una crisis que no sabe a dónde le conduce. Una crisis que no es solo económica, de hecho ni siquiera es política, sino que afecta al corazón de una sociedad, a su sistema de valores. Es preciso modificar el modelo, abandonar el presente y buscar referencias que le permitan escapar a la hasta ahora cómoda deriva en la que se encontraba.

Una de esas referencias es sin duda alguna el mundo de lo militar, una suerte de nevera espiritual en la que se guarda un sistema de valores contruidos en base a absolutos éticos, y susceptible por tanto de trasladarse a la sociedad en su conjunto. Pero la clave de su aportación no serían esos valores sino su práctica, esto es, las actitudes que promueven, el compromiso, la responsabilidad. Es la mejor de las pedagogías, el ejemplo cotidiano del hombre común. No es dirigir sino persuadir a una sociedad que debe ser la que se transforme a sí misma; ayudarla a que vaya de lo pequeño a lo grande. Al mismo tiempo, se trata de redimir los símbolos para recuperar el nosotros, la sociedad como espacio de convivencia y futuro. Aunque, citando al capitán de fragata Federico Aznar, “quizás haya que, como en la célebre escena de la película *El club de los poetas muertos*, subirse sobre una mesa y gritar los versos de Walt Whitman ‘Oh capitán, mi capitán’, eso será la señal de que volvemos a creer en algo o en alguien, o aún mejor tal vez, de que creemos en nosotros mismos.”

El profesor Benjamín García Sanz aporta el caudal de sus largos años en la enseñanza y en la investigación sociológica. Nos conduce a la evolución histórica de las relaciones entre el Ejército y su sociedad. Nos habla de los hidalgos, de las soldadas, de los quintos de Carlos III, de los cuotas, del servicio obligatorio, del modelo mixto y de los profesionales. Siempre busca puntos de soldadura comunes con la intención de encontrar soluciones que cohesionen, “que enriquezcan mutuamente a la sociedad en su conjunto”.

Y entra en el mundo de las opiniones y de las encuestas, porque le preocupan la seguridad y la paz como elementos fundamentales del cometido de los Ejércitos, que deben ser respaldados por el resto de la sociedad.

Dedica su último punto a la importancia de los medios de comunicación social en la visión que tiene la sociedad del Ejército y en la creación de una verdadera cultura de defensa. Preocupado, concluye que “sin una difusión adecuada, es imposible que nuestra sociedad supere las contradicciones y valore la importancia de una institución necesaria”. Termina haciendo suyas las palabras de un editorial del diario *La Razón* referida a la necesidad de rescatar principios: “la tolerancia no puede ser la misma, el servicio a la patria ya no es el mismo; hay que reenfocar la relación de los ciudadanos con el Ejército y con la lealtad nacional. Estamos en un momento apasionante”.

El coronel del Ejército del Aire Vicente Hueso se interroga sobre si la crisis económica es causa o es consecuencia. Aporta su conocimiento de un mundo, en apariencia alejado de nosotros, como es el ruso, que conoció como agregado de Defensa en Moscú. Tras una introducción en la que manifiesta y demuestra que “la crisis cambiará nuestro estilo de vida, con repercusiones en el mundo de la política, en el social, el económico y en la seguridad”, da fe del declinar de nuestra civilización, analizando la pérdida de los valores que constituían su esencia. Extiende los conceptos de cultura y valores al del orden moral. “Formando parte de los valores sociales debe existir un orden moral para asegurar el cumplimiento de una conducta consistente en un comportamiento que no tiene otra sanción que la idea que tiene el propio individuo de lo correcto y lo incorrecto”.

Entiende a la Unión Europea como “comunidad de valores” que han sido reconocidos recientemente con el premio Nobel, y termina analizando los dispositivos de defensa en el contexto actual. ¿Cómo repercute todo en nuestra propia seguridad? Por supuesto, se siente preocupado. Utiliza una frase de Richard Titmuss para estimular a nuestra sociedad en el sentido de que la inacción es perversa, que es preciso reaccionar: “Sin saber nada del viento y las corrientes, sin dar sentido a ningún propósito, los hombres y las sociedades no se mantienen a flote durante largo tiempo, moral o económicamente, si solo se dedican a achicar agua”. Platón lo resumía así: “no hay viento favorable para quien no sabe qué rumbo tomar”.

El profesor Jesús Ignacio Martínez Paricio se centra en la forma en que los Ejércitos pueden actuar en la gestión de crisis, continuando una línea de pensamiento que con el mismo título publicó en el trabajo del curso pasado. Su hilo conductor de ahora es la incertidumbre y la escasez y la influencia de ambas en la crisis. “Se impone la incertidumbre –nos dice– cuando se comprueba la falta de fiabilidad de las predicciones”. Se

apoya en trabajos de premios Nobel de Economía (John Nash y su teoría del “punto de equilibrio óptimo”, y Sargent y Sims sobre el impacto de las decisiones políticas en la economía).

Analiza magistralmente los pasos que condujeron a la Gran Depresión de 1929 y su repercusión en la crisis actual “en que se temió que volvieran a repetirse las mismas consecuencias: quiebra y destrucción de las democracias, que terminó en una catástrofe mayor como fue la Segunda Guerra Mundial”. Describe la evolución de la crisis de 1929: “los bancos centrales seguían siendo de propiedad privada. Las necesidades de financiación de la primera Guerra Mundial produjeron la quiebra del sistema regulado por el patrón oro. Las reclamaciones de indemnización a Alemania, el endeudamiento de los contendientes y la inflación desbordada crearon las condiciones de la tormenta, que degeneró en guerra”.

Y cuando ahora invocamos de nuevo a Keynes nos recuerda el profesor Martínez Paricio uno de sus pensamientos: “la economía es una ciencia moral y no una ciencia natural (...) el economista debe ser matemático, historiador, hombre de estado y filósofo”.

Termina analizando cómo deben adaptarse los Ejércitos a estos tiempos de incertidumbre. Hace una extensa referencia de la vigente Directiva de Defensa Nacional que considera redactada en términos de realismo político; porque sobre el actual escenario, en el que se suma a la incertidumbre la escasez y donde debe recuperarse la confianza, se abalanzan otras crisis como la balcanización del mundo árabe, la influencia de los países emergentes, las larvadas luchas en Oriente Medio, el terrorismo internacional o la confluencia en un desierto como el del Sahel de las más radicales interpretaciones de un código religioso.

El quinto trabajo lo firma el teniente coronel de artillería diplomado de Estado Mayor Andrés González Martín, que bajo el prisma de la dimensión cultural de los conflictos se centra en el terrorismo y en la relación de este con los medios de comunicación social y con la literatura, y busca herramientas contra el terror en los valores, en el referente de los héroes y en la propia literatura. Lo ilustra con un ejemplo concreto: en marzo de 2002 el general israelí Arie Amit decía en Washington ante un grupo de políticos y militares de alta graduación: “los EE. UU. no se impondrán a los terroristas hasta que entiendan su lenguaje, su literatura y su poesía”. No podía ser más claro y a la vez más profundo el mensaje. Pero a pesar de que Andrés González Martín realiza “tomas externas” analizando el atentado de Menajem Beguin en junio de 1946 contra el Hotel Rey David de Jerusalén, sede del Mando Militar británico en Palestina, o el del joven Gavrilo Princep en Sarajevo en 1914, probablemente el atentado con más graves consecuencias históricas ya que fue la mecha detonante que inició de la Gran Guerra, se centra fundamentalmente en el problema del terrorismo en España. Denuncia el concepto como “forma de comu-

nicación estratégica” que cuenta con los medios escritos y audiovisuales como multiplicadores y amplificadores. La peor forma de responder al terrorismo, nos dice, es aceptarlo como forma de acción política.

Refiere un antes y un después del asesinato de Miguel Ángel Blanco ya que antes “las víctimas sufrían el atentado, luego el olvido y finalmente la silenciosa exclusión” haciendo suya una frase de Unamuno: “no nos mata la oscuridad, sino la indiferencia”.

De indiferencia habla cuando refiere que solo un 1,3 % de los españoles considera el terrorismo como una de sus preocupaciones fundamentales. Y cita el coste económico –no solo político y social– de la lucha contra ETA como una de las causas de nuestra crisis económica y que nadie se atreve a cuantificar.

La verdad solo está en la víctimas, concluye. Desenmascarar el pacto entre la mentira y la violencia es responsabilidad de cada uno de nosotros; porque de no ser así, “si los violentos se empeñan, la literatura de los criminales pronto empezará a leerse en las escuelas; las mentiras pronto encubrirán sus crímenes”.

Profundas reflexiones de un tema que tenemos peligrosamente larvado en nuestro cuerpo social, que valientemente enfoca y desarrolla el teniente coronel González con la clara y rotunda voluntad de defender a las víctimas frente a cualquier insinuación de conceder a los terroristas la menor legitimidad y derechos.

Termina el trabajo Amando de Miguel en lo que considera un “ejercicio insólito” de reflexión de un profesor “pegado a las estadísticas y las encuestas”, como se define. Disiento respetuosamente de este supuesto autorretrato. Amando nos ha incitado, arrastrado a todos a profundizar, a discrepar, a no dar por cierto ningún juicio sin someterlo a la ley de la crítica.

Relaciona sociología con geopolítica, con una conjetura sobre el futuro del Ejército en una sociedad estacionaria sobre la que girará su pensamiento.

Precisa con su palabra estudiada términos y definiciones a las que se referirá a lo largo de su exposición: geopolítica, sociología, defensa, seguridad, Fuerzas Armadas, Ejército y Policía.

Su tesis consiste en defender cómo tras los últimos 150 años de crecimiento, aumento, conquista y expansión, caminamos hacia una sociedad estacionaria. Comenzamos –dice– una nueva era como lo fue el Renacimiento o la Revolución Industrial. Volvemos a una nueva Edad Media. Y marca y desarrolla en un heptálogo, los factores retardatorios que nos conducen a este estancamiento: la relación entre nacimientos y fallecimientos prácticamente a la par; el crecimiento económico cero o negativo; las ideologías que frenan el crecimiento como el ecologismo, el hedo-

nismo o el pacifismo; la escasa movilidad migratoria; el fin de un sistema de enseñanza; las dudas sobre el futuro de las nuevas generaciones, y la desubicación de las administraciones públicas, incapaces de controlar la crisis.

“La historia se repite como farsa”, afirma mientras toca el tema del terrorismo en su versión actual y se adentra en el concepto de guerra, hoy disfrazado por palabras más blandas como conflicto, misión, misión de paz o misión humanitaria.

Relaciona los tipos de nobleza –de la espada, de la toga y del dinero– con el rol del Ejército en nuestra sociedad, y nos habla de la erosión del concepto de soberanía nacional.

Amando de Miguel trenza su pensamiento con la palabra: de la guerra llega a las misiones; de las misiones a la injerencia humanitaria y al deber de proteger; de estos se va a la OTAN, y de ahí a la dificultad de crear un Ejército europeo, para señalarnos que no volverán las carreras de armamento del siglo pasado y presentar las actuales guerras limitadas o de salón.

Todo un pensamiento clásico en palabras de latente actualidad. Porque al igual que en la Edad Media, no dejamos de ser unas generaciones puente entre el pasado y el futuro, entre la expansión y el estancamiento.

Creo que las situaciones de crisis sirven para reflexionar y para reaccionar en consecuencia. Se cierra este documento a finales del año 2012, fecha en que sigue latente la incertidumbre y el desasosiego. Urge cambiar el signo del ciclo, huir del pesimismo buscando salidas a la situación en que vivimos.

Este libro, querido lector, es un intento por conseguirlo.

*Luis Alejandro
Mahón, octubre de 2012*

El fin de la posmodernidad y el retorno a los valores

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Capítulo primero

*Out of the night that covers me,
Black as the pit from pole to pole,
I thank whatever gods may be
For my unconquerable soul.
In the fell clutch of circumstance
I have not winced nor cried aloud.
Under the bludgeonings of chance
My head is bloody, but unbowed.
Beyond this place of wrath and tears
Looms but the Horror of the shade,
And yet the menace of the years
Finds and shall find me unafraid.
It matters not how strait the gate,
How charged with punishments the scroll,
I am the master of my fate:
I am the captain of my soul.*

Henley

Históricamente, los hombres se han pensado en crisis: economía, religión, familia, Estado, política, educación, arte, personas... suelen acompañar a esta palabra; todo apunta a una crisis de dirección, de sentido; el hombre teme la incertidumbre y la inestabilidad, tiene vocación de eternidad; el miedo le hace recrearse en la palabra.

Pero es una palabra que ha evolucionado, lo que no priva de valor conceptual a su estudio etimológico. Parece ser que proviene del término latino *crisis*, que a su vez procede de la griega de igual fonética –*crisos*– y se refiere a cambio. Desde otras fuentes, se ha sugerido que proviene del verbo griego *krinein* que significa decidir. En cualquier caso decisión y cambio son dos características fundamentales, a lo que se suma una tercera: su representación mediante ideogramas chinos la liga con la idea de oportunidad.

Y es que las crisis son una ocasión en que es obligado replantear los problemas, repensarse, retomar la situación desde otro ángulo; es el momento propicio para el cambio, para liberarse de viejas cargas, pesadas o livianas pero injustificables por más tiempo, para desafiar el clisé por culpable. “Cuando los cimientos se tambalean, ¿qué podrá hacer el hombre justo?” se pregunta el salmista sin dar respuesta alguna, salvo mostrar confianza en Dios; nada más efímero que dotar de pretensiones de eternidad a lo contingente.

Inicialmente, el término fue utilizado con referencia al curso peligroso de una enfermedad; en estas situaciones era necesaria una rápida decisión. El sentido que hoy encierra es mucho más amplio y se aplica al giro peligroso que pueden tomar ciertos acontecimientos políticos, económicos o militares, en los cuales hay que tomar algunas decisiones para restablecer la normalidad, aun sin disponer de los datos precisos para ello; es así, por definición, un momento decisivo. El proceso comienza con la identificación y definición del marco de unas decisiones que no se sabe a dónde conducen exactamente, y urge encontrar referencias en las que apoyarlas.

Pero la crisis es algo más que una palabra para la sociedad española de 2013, una sociedad que llevaba creciendo desde la década de los cincuenta y que precisaba de un cambio en el modelo productivo por agotado. El hombre posmoderno –la figura cultural del nuevo milenio– soporta peor el desorden en su entorno y la inseguridad que el primitivo anclado en la tribu (hay un ansia casi infinita y antinatural de seguridad), lo que unido a su profundidad y duración hace que la crisis no sea una cuestión meramente económica sino también política, y hasta llega a alcanzar el corazón identitario de la sociedad, su sistema de valores.

El término posmodernidad –palabra vieja y de significado difuso– se viene utilizando con diferentes significados y cronologías que alcanzan a distintos movimientos estéticos, culturales y filosóficos en diferentes momentos de la historia. Para este artículo entenderemos por posmodernidad al periodo de tiempo que se extiende desde finales de los años ochenta como actitud de vida e implicaciones en diferentes áreas.

En consecuencia, la posmodernidad, de existir, viene a designar al periodo entre la caída (más propiamente el derribo) del Muro y la etapa de

grandes avances científicos del siglo xx al tiempo que pone en cuestión todas las prácticas y esquemas culturales coetáneos con aquellos.

En cierta medida y en algunos aspectos, supone una reiteración de los patrones de los felices veinte, del modernismo (concepto que implica aires de renovación de sentido opuesto al minimalismo que, en su ámbito más general, se refiere a cualquier cosa que haya sido reducida a lo esencial, despojada de elementos sobrantes). Añádase a ello el periodo de bonanza económica que ha vivido el mundo occidental y que ha aportado ingentes masas de dinero con la que ha podido invertirse en gastos superfluos o sencillamente suntuarios, además de la extensión de los derechos sociales básicos.

En suma, una época de estabilidad y progreso económico. Pero el progreso no implica necesariamente conductas moralmente más elaboradas. Realmente, lo que se demuestra que está asociado con un mayor grado de civilización y de progreso son unos niveles más altos de contradicción interna.

Los momentos históricos del fin de una guerra (caliente o fría) y de crisis económica suponen hitos paralelos de comienzo y terminación. El decadentismo de ambos resulta superponible entre hitos, y hasta la crisis del veintinueve parece verse reproducida en ciertas claves de la actual.

Algunos modelos dualistas de sistemas de valores plantean una dicotomía entre los modelos materialistas y los posmaterialistas. Mientras los materialistas inciden en aspectos como la seguridad y el poder, los posmaterialistas (en cuya tradición se incluiría la posmodernidad) se centran en la libertad y el hombre.

Crítica a la posmodernidad

Este retorno al antropocentrismo hace del relativismo, el escepticismo y lo alternativo, el culto al presente y el formalismo sus características principales, lo que Sartori llama "el estado de vaciedad del vacío". Es por encima de todo una actitud, una actitud centrada sobre el presente y la forma; su formulación viene a coincidir con la idea de D. Bell sobre el crepúsculo de las ideologías y la reducción del espacio para la auténtica diferencia política, lo que resulta capital.

Y es que la ausencia de una propuesta de futuro –las ideologías constituyen una atalaya desde la que se contempla el mundo y que obliga a su concreción en términos de futuro– concentra sobre el presente cualquier solución; puede concluirse que es la gestión del presente la clave de una actitud posmoderna.

El atender solo al presente impide el desarrollo de proyectos a largo plazo; el compromiso pierde valor ya que en el futuro, a cada instante, habrá un

nuevo punto de partida; no se volverá a mirar hacia un pasado que ni existe ni compromete. Como consecuencia, el esfuerzo realizado parece serlo en arabesco y puede resultar baldío por incoherente y contradictorio. No hay avances ni se llega siquiera al epicureísmo. *Carpe diem, carpe horam*.

La cuestión es que al moverse exclusivamente en el plano temporal y en el corto plazo se lleva a sus postulados a la contradicción, la incongruencia y el absurdo en otros planos, a una suerte de hedonismo por su naturaleza cortoplacista de quien se declara heredero, usufructuario y no continuador del trabajo de quienes les precedieron.

Decía Carlos Ilich Ramírez –alias Carlos–, converso al islam, que “si el marxismo hubiera sabido reintroducir pronto una dimensión trascendente, casi con seguridad se hubiera impuesto casi en todas partes”. El ayatolá Jomeini ya en 1988, en su premonitorio “mensaje histórico del imam a Gorbachov”, extraía la misma conclusión: “a partir de ahora, el comunismo deberá ser buscado en los museos de historia política ya que el marxismo no puede satisfacer ninguna de las necesidades del ser humano (...) el problema emana de la falta de creencia en Dios, la misma razón que ha conducido a Occidente a la decadencia y el estancamiento.”

No obstante, las filosofías de vida orientales demuestran la posibilidad de establecer una ética sin necesidad de que exista una dimensión trascendente, cosa que es materia de controversia en Occidente. Con todo, esa dimensión, en cualquiera de sus formas, pierde relevancia en la posmodernidad por inconcreta.

El esfuerzo y su ética se ven desalentados –anulados, cuando no condenados– por falta de continuidad. La ética del trabajo, una ética temporal, es sustituida por la ética del consumo (paradójicamente, se ha pasado del comunismo al consumismo), una ética del presente diseñada desde parámetros posmodernos. El paradigma está agotado. La falta de horizontes es causa de un sentimiento de deriva, justo lo contrario de las ansiadas referencias necesarias para apoyar las decisiones. El desencanto del nihilismo lo impregna todo.

En el posmaterialismo, la materia, la realidad se diluyen hasta desaparecer; dependen en todo de la voluntad que los interpreta. El presente y el culto al modo posibilitan el discurso interpretativo; la sola voluntad expresada por irreal que pueda resultar, es fundacional y diseña el futuro: las declaraciones intentan ser profecías autocumplidas. No existe la crisis porque yo así lo afirmo, y si no más adelante diré otra cosa y ese será otro momento; y la sociedad, que vive en esos códigos, lo entiende y no lo penaliza. Esto se apoya además en palabras sin límites precisos o que se desplazan a conveniencia.

Por eso su expresión cuida la forma más que el fondo, impregnada de un relativismo que no admite una verdad única sino diferentes verdades en

algunos casos hasta personalizadas. El hombre vuelve a ser la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son y de las que no son en tanto que no son. La encuesta que mide el estado de opinión del presente es criterio de verdad y la clave para el diseño del futuro. Como dijera Pirandello, “*así es, si así os parece*”.

La primacía de la forma sobre la materia, de la intención sobre el resultado, genera paradojas. La limosna no resuelve los problemas que atiende; con ella se compra la tranquilidad de conciencia del que la otorga. De modo hasta cierto punto similar ha sucedido tras algunas catástrofes, cuando la ayuda humanitaria se acumulaba impotente en los aeropuertos por falta de capacidad de distribución, incrementando aún más los problemas; después el esfuerzo no se sostenía.

Y es que lo importante, el criterio definitivo de valoración no era la emergencia o la limosna sino satisfacer la emoción propia a la mayor brevedad. La continuidad y la disciplina no son emocionales sino racionales y, en general, poco apetecibles. Solidaridad sí, pero a distancia, con una aséptica comprensión del distinto y de lo distinto. Pacifismo de salón.

El lenguaje crea y pone énfasis en palabras como “festero”, un clisé aplicable a cualquier evento. Los clisés se hacen universalmente válidos, el espíritu del “festero” (al igual que en la decadencia del Imperio romano) es común porque el resultado se justifica sobre la causa, no se busca ningún tipo de excusa; no se molesta siquiera en ello, es la fiesta en sí misma, el puro goce, sin tapujos, sin excusas, sin engaños. La necesidad de justificación ofende.

En esta lógica, los modelos que se ofertan son meras carcasas –actores, deportistas...– detrás de las que en muchos casos –es un hecho sabido– no hay absolutamente nada; pero no importa, siguen siendo una referencia, aunque no se sepa de qué; son los famosos, por algo o por nada, un personaje creado solo para la cámara y, como tal, debe parecer joven y sano.

El posmodernismo es posheroico. No reconoce nada valioso detrás del esfuerzo, se desecha a los héroes por innecesarios o incluso por peligrosos (el mal ejemplo me absuelve, el bueno me condena); los héroes a lo mucho son personajes genéricos, profesiones o asociaciones, eso sí, siempre jóvenes. Los restauradores y otras profesiones incorporadas al mundo de la cultura parecen haber ocupado su lugar en la divinización del hombre común, su apoteosis. Por eso es preciso que sean personajes de ficción y que se sepa. Cuando son personas de carne y hueso, primero se les aúpa pero no pocas veces solo para poder ahorcarles después.

Los programas televisivos promueven en forma de *realities* conductas estereotipadas y no edificantes pero llamativas; si no conmueve en el minuto de un plano, aburre, y ello obliga al esperpento. Todo puede ex-

plicarse en menos de un minuto a una población semiculta. El hombre posmoderno no piensa, se informa.

La muerte, las ideas negativas, pesarasas y aun hasta el mismo esfuerzo desaparecen. Las cosas se obtienen por derecho y sin sacrificio, con la indolencia propia de los dioses. Los derechos básicos, se ha dicho, sufren un proceso de expansión que se ve brusca y traumáticamente cerrado por la crisis. El Estado protector ya no puede hacerse cargo no solo de sus promesas, sino tampoco de los compromisos contraídos. Es este un tiempo líquido, sin certezas ni relatos.

El sistema de valores de nuestra sociedad ha sido identificado como uno de sus factores de debilidad durante la crisis, pero esto ya había sido profetizado por Weber para quien la desaparición de los valores, víctimas de los procesos de racionalización, era el destino de nuestro tiempo. Modernidad y nihilismo, entonces, se dan la mano en la posmodernidad liquidando los elementos cohesionadores (y también legitimadores) de la sociedad –entre ellos el patriotismo o la religión– en la medida en que ponían al individuo al servicio de esta. Vivimos en una época secularizada y posmítica.

La posmodernidad es adaptativa; los valores se acoplan como los líquidos a cualquier formato, beneficiándose de su naturaleza amorfa. Como consecuencia, al no encontrarse vertebrados tampoco pueden direccionarse por lo que no cabe esperar ningún beneficio de semejante capacidad adaptativa. La posmodernidad es estática, pertenece al presente; volvemos otra vez sobre la falta de futuro.

En un mundo en que uno de sus valores fundamentales es el cambio, estar a la última es sello de distinción, marchamo de excelencia. La información caduca de prisa y obliga a estar atento; todos los años está de moda un color distinto; la ropa tiene una caducidad física deliberadamente reducida... El presente es exigente en materia de autosatisfacción. Todos se comparan.

Pero no todo es malo en la posmodernidad, ni mucho menos. Es, en primer término, una reevaluación del hombre y una puesta en cuestión del sistema vigente, de sus clisés y dogmas. Uno de los grandes méritos y de las claves del pensamiento posmoderno es su visión antidualista y la puesta en valor de nuevas perspectivas (género, medioambiente, colectivos desfavorecidos), al tiempo que favorece el pluralismo y la diversidad. Además, el relativismo implícito al fenómeno sirve para desactivar los conflictos en la medida en que contribuye al cuestionamiento de sus causas. Y no es un movimiento necesariamente de derechas ni de izquierdas.

En cualquier caso, todo cambió con la crisis. La solución ya no está en el presente; en el presente se encuentra el problema. La crisis fuerza a abandonar un momento ingrato e ir a la búsqueda de un futuro mejor. Y

además no es únicamente un término económico, sino político y hasta identitario.

Para salir hacen falta referencias, ilusión, esperanza, elementos a los que asirse. La deriva no es una opción aceptable entre quienes buscan un rumbo para salir del marasmo, de la confusión actual. La religión y la nación retornan; se hace necesario un sistema de valores fuerte que sirva como guía para poder alcanzar el futuro. La indolencia y la deriva pierden su sentido en un presente ingrato.

El fin de la efervescencia asociada al desarrollo económico deja a la vista conductas en absoluto edificantes, un mar de inmoralidad encubierta por el hecho de que el conjunto de la sociedad había ganado en el proceso, pero ya no hay para todos. Hay pocas condenas judiciales a estas conductas que, sin embargo, distan de ser edificantes. Es la ética la que rechaza los actos descritos por más que cumplan los mínimos fijados por la legalidad.

Para la tradición kantiana, la responsabilidad es la virtud ética de concebir libre y conscientemente los máximos actos posibles universalizables de nuestra conducta. Esos actos son irresponsables en la medida en que nadie responde por ellos y, consecuentemente, es la sociedad que los permite la que debe hacerlo.

Se precisan nuevas atalayas, toda vez que se ha producido la muerte de unas ideologías que permitían otear el futuro; es necesario encontrar un camino para poder abandonar el presente. Se precisan ejemplos de otras actitudes, de otra forma de hacer las cosas. Hace falta provocar el retorno de la responsabilidad.

Cómo transformar una sociedad en la que, como nos recuerda Javier Gomá en su libro *Ejemplaridad pública*, "a cada ciudadano se le reconoce igual autonomía moral y competencia cívica para buscar la felicidad a su manera y elegir, según su criterio, lo que más le conviene en los asuntos públicos y privados, sin que ningún otro ciudadano pueda pretender, en consideración a sus dones naturales, su posición social o su mérito o sus conocimientos superiores a los del resto, el ejercicio de una tutela sobre los demás y sobre las decisiones relevantes atinentes a su vida".

Hay que mostrar la belleza de otros caminos para que el ciudadano pueda escoger. Los valores no solo trascienden objetos y situaciones sino también a las instituciones, y otros modelos pueden resultar útiles.

La cultura militar

Una cultura es un conjunto de entendimientos compartidos, una suma de ideas y signos, de asociaciones y pautas de conducta y comunicación. La cultura se configura como un conjunto de creencias, ritos y acuerdos

sobre cómo concebir e interpretar el mundo; es un entramado de creencias, normas, modelos y expectativas: guía, explica, regula al tiempo que configura y determina el carácter de la comunidad.

Las pautas y usos culturales ayudan a la convivencia y a la adaptación, proporcionando respuestas y soluciones a los problemas diarios. Cuanto más útil y armoniosa es una cultura para sus miembros menos conscientes son estos de la influencia que ejerce sobre ellos. Es sencillamente transparente al usuario.

Podría plantearse que la posmodernidad no ha afectado a las Fuerzas Armadas, pero no es así; no puede ser así. Las Fuerzas Armadas no son un cantón aparte, forman parte de la sociedad y no pueden escapar a sus sentimientos, valores y debates. Los militares son tan diversos como lo es el resto de la sociedad.

Pero existen algunas diferencias. La razón parece deberse en parte a que la cultura militar es una cultura de largo recorrido. La *endoculturización* es para Marvin Harris un proceso de aprendizaje parcialmente consciente y parcialmente inconsciente a través del cual la generación de más edad incita, induce y obliga a la generación más joven a adoptar los modos de comportarse tradicionales, sirviéndose de un sistema de premios y castigos. De este modo cada generación está programada para replicar la conducta de la generación anterior, cosa que sirve para mantener las formas militares por un largo período de tiempo, se les dota de estabilidad. Los procesos de transformación son así más lentos, lo que no implica que no se produzcan.

Podemos concluir que la subcultura militar incorpora su propio sistema de valores, un conjunto relativamente estable en el tiempo. Cabe pues plantear este hecho como decisivo en la medida en que la organización militar expresa preferencias por determinadas conductas, metas o estrategias. Las Fuerzas Armadas se comportan así como una nevera espiritual, preservando casi intactos los valores del pasado.

Los valores enuncian los intereses y metas de la organización; tienen un fuerte componente motivacional. Pertenecer a una organización o a otra supone una cierta diferencia en el ordenamiento de valores de quienes se encuentran adscritos a ellas. Entonces, la clave que distinguiría a la cultura militar se situaría en una diferencia en el sistema de valores como consecuencia del retardo antes expresado y de las diferencias entre los fines de la organización con los propios de la sociedad civil.

Pero eso tampoco es así. Y es que cuando se habla del “viejo código” se habla de un lugar inexistente, de un ideal por definición inalcanzable y sobre el cual existe un consenso implícito en el grupo considerado. Un valor es una concepción explícita o implícita distintiva de un individuo o grupo sobre lo que es deseable (el viejo código) que influye en la selec-

ción de los medios y los fines para la acción. Son principios inspiradores, instigadores, variables patrón, y se encuentran internalizados; son transparentes al usuario, naturales.

Desde una perspectiva clásica, los valores son creencias jerarquizadas sobre estilos de vida y formas de existencia que guían nuestras actitudes y comportamientos; son el componente central de la personalidad, mientras las actitudes y comportamientos se sitúan en la periferia. Valores, actitudes y comportamientos están relacionados y deben ser congruentes entre sí. Las actitudes son mediadores entre valores y comportamientos; los valores están en la cúspide, son una guía que controla las normas y estas los comportamientos.

Pero el viejo código, magistralmente plasmado en el célebre desiderátum de Calderón, es común con la sociedad civil:

Este ejército que ves / vago al hielo y al calor, / la república mejor / y más política es / del mundo, en que nadie espere / que ser preferido pueda / por la nobleza que hereda, / sino por la que él adquiere; / porque aquí a la sangre excede / el lugar que uno se hace / y sin mirar cómo nace / se mira cómo procede. / Aquí la necesidad / no es infamia; y si es honrado, / pobre y desnudo un soldado / tiene mejor cualidad / que el más galán y lucido; / porque aquí a lo que sospecho / no adorna el vestido el pecho, / que el pecho adorna al vestido. / Y así, de modestia llenos, / a los más viejos verás / tratando de ser lo más / y de aparentar lo menos. / Aquí la más principal / hazaña es obedecer, / y el modo cómo ha de ser / es ni pedir ni rehusar. / Aquí, en fin, la cortesía, / el buen trato, la verdad, / la firmeza, la lealtad, / el honor, la bizarría, / el crédito, la opinión, / la constancia, la paciencia, / la humildad y la obediencia, / fama, honor y vida son / caudal de pobres soldados; / que en buena o mala fortuna / la milicia no es más que una / religión de hombres honrados.

P. Calderón, Comedia famosa. Para vencer a amor, querer vencerle.

El desiderátum es válido para las Fuerzas Armadas pero también para una empresa. Sociedad civil y sociedad militar (si se pueden hablar de dos sociedades diferenciadas, que creo sinceramente que no) comparten un mismo ideal, aspiran a lo mismo. Las variables personales que determinan el juicio quedan mediatizadas por patrones superiores. Uno de los términos de la ecuación se encuentra fijado por lo que puede concluirse que la variable decisiva son las actitudes; no son los valores ni el sistema de valores, la clave son las actitudes, el compromiso, la ejemplaridad.

El meollo de la cuestión no se sitúa así en los valores sino en los comportamientos, en la praxis. Lo militar encarna un ideal, por eso en el ámbito militar no hay tanta diferencia entre el deber ser y el ser, entre pensamiento y acción, entre ética y comportamiento. De ahí la manifiesta incapacidad de los militares para reconocer la vileza o para comprenderla.

Las personas con actitudes expresivas de los valores se comportan de forma más coherente que quienes tienen actitudes más utilitarias. No es tan importante el hecho como la intención, aunado ideal y praxis, constituyéndose por ello en una moralidad, en un ejemplo y por tanto en un camino.

Liderazgo y ejemplo

Según Burns, creador del concepto, el liderazgo transformacional es un proceso en el que “los líderes y seguidores hacen entre sí para avanzar a un nivel más alto de moral y motivación”. Este tipo de liderazgo pretende hacer emerger la conciencia de los liderados. “El líder transformacional enfatiza lo que tú puedes hacer por tu país y el líder transaccional se centra en lo que tu país puede hacer por ti”; está centrado sobre las necesidades humanas, y específicamente en las relativas al crecimiento personal, la autoestima y la autorrealización. Se encuentra centrado, entre otros factores, sobre el ejemplo.

Para Bass, los líderes transformacionales, a través de la influencia ejercida en sus interrelaciones con los miembros del grupo, estimulan cambios de visión que hacen que dejen de lado sus intereses particulares para buscar el interés colectivo aun incluso sin tener satisfechas sus necesidades fundamentales. De esta manera, se genera un efecto cascada y se alcanza una individualización y socialización simultáneas.

El cambio de prioridades del individuo permite la inclusión de la necesidad de crecimiento personal, a través del compromiso que adquiere con el logro del objetivo de grupo. Este cambio da como resultado que las personas dentro de la organización que tienen potencial se convierten a su vez en líderes, lo cual a su vez estimula tanto el desarrollo de cada individuo como la transformación del colectivo.

Liderar es comunicar; la cuestión estriba en cómo hacerlo. Disponer de parte de la solución y no contar con medios para su transmisión es no disponer de nada. Hay que ser capaz de pasar el mensaje, de hacer que la información adecuada llegue y sea comprendida para poder influir. Y aquí está la clave de la cuestión. El medio es el mensaje, el ejemplo, la forma, el estilo.

Por tanto, hace falta ser capaz de comunicar a todos los niveles. No es suficiente solo tratar de influir en las élites, aunque sí es muy importante modificar los patrones de comunicación de arriba a abajo por ser esta una vía de primer nivel; “el ejemplo cunde y los inferiores se perfeccionan en el sentido de los mejores” decía Ortega.

Pero las élites no son suficientes; el elitismo, en general, no funciona porque las élites se desgajan de la masa y no sirven por sí solas para

el establecimiento de costumbres y usos sociales, las autopistas de la virtud; y menos aún en una sociedad cuyo centro de gravedad es la clase media. Dirigirse solo a las élites, a unas élites que, fruto de su elitismo, pueden incluso no haber ejercido correctamente su labor de vanguardia moral, no es suficiente; de hecho, hay quien les imputa por su avidez y mala conducta la responsabilidad de la actual crisis (por ejemplo, cuando el paro se aproximaba en 2012 al 25 %, el sueldo de los ejecutivos de las grandes empresas se había incrementado de media más de un 5 %). “La unidad dinámica espiritual que forman un ejemplar y sus dóciles”, tal y como lo predicaba Ortega, no se muestra suficiente.

Los ejércitos de reemplazo han ejercido una influencia notable sobre el desarrollo de las sociedades a las que se encontraban anclados. Entre la llegada a filas y el licenciamiento se educaba a las quintas, mientras se realimentaba al ritmo de la sociedad. Sistemas como las milicias universitarias permitían formar a las élites e influir así sobre ellas con lo que a medio plazo se influía sobre el conjunto de una sociedad que siempre andaba pendiente de lo que hacen sus élites.

La profesionalización, sin duda alguna, plantea grandes ventajas, pero ha roto el carácter biunívoco, y este proceso se irá acentuando con los años debido al reemplazo generacional. La cuestión es que el mundo civil, en su relación con el mundo militar, se ha retirado de las murallas y con ello ha abdicado de sus responsabilidades hasta el punto de que puede distanciarse de los actos de aquellos y hasta criticarlos sin sentirse ni concernido ni representado. Bada, por ejemplo, sostiene que:

Es más fácil tener el valor de un soldado, que está dispuesto a morir en defensa de una causa justa, aunque tenga que matar, que el valor de un santo dispuesto a morir por todos sin matar a nadie (...) es más fácil tener un Ejército de buenos soldados que un pueblo de buenos ciudadanos (...) incluso hay quien está convencido de que, a no tardar, se podrá contar con un Ejército de robots programados para defendernos sin amor a la patria y para matar sin odio a los enemigos. Lo que, por cierto, no hará más pacíficos a los patriotas y a los ciudadanos, pero sí menos responsables y bastante menos solidarios. De hecho ya ha comenzado este proceso de evolución con los Ejércitos profesionales, con los soldados mercenarios y los ataques a distancia con armas cada vez más sofisticadas. Es un proceso en el que los ciudadanos, la sociedad civil, se aleja de la muralla, se retira de la defensa y recupera la guerra como espectáculo de pantalla. Si no fuera por el terrorismo que nos busca el cuerpo y trae el conflicto a pie de calle, en las democracias occidentales hay quienes piensan que podríamos vivir en paz.

Los reservistas son sin duda alguna un medio adecuado que conviene utilizar, un grupo ligado a la milicia pero instalado en la sociedad civil, aunque su número es reducido. Un elemento de anclaje a la sociedad aún más poderoso son las familias de los más de ciento veinte mil miembros

de las Fuerzas Armadas que pueden actuar de correa de transmisión con singular acierto.

Pero más poderoso que todo lo anterior, o incluso que la realidad misma, es la imagen que las Fuerzas Armadas han sido capaces de generar en la sociedad, una imagen construida sobre el ejemplo y el trabajo cotidiano, una imagen de esfuerzo, seriedad y rigor, exenta de escándalos como prueban los distintos estudios sociológicos que se han realizado en los que la sociedad reconoce su valía y buen hacer.

Como nos recuerda Gomá, todo ejemplo es público y la publicidad se predica principalmente del ejemplo. La reforma del espacio público, el retorno a la virtud cívica, solo es posible por el ejemplo.

Se trata de hacer pedagogía y la pedagogía precisa de vocación, ejemplaridad y tiempo. El nuevo ejemplo debe partir del hombre común y capaz de generar nuevos hábitos y costumbres, auténticas autopistas hacia la virtud cívica. Los héroes carismáticos y universales de antaño no son viables por inaccesibles; están demasiado lejos, especialmente para una sociedad posmítica. Con los medios de comunicación de masas no sirven los relatos orales. El Cid o Julio César pueden ser tema para una película pero nada más.

Ejemplaridad militar

Un uniforme en sí mismo no significa nada. Lo puede llevar un militar o una banda *amateur* de música en una procesión de Semana Santa. Puede ser estética o ética; depende de sí lleva incorporado consigo algo más, y ese algo son los valores.

El uniforme implica un compromiso público con una serie de valores, lo que a su vez señala una actitud pública al tiempo que los refuerza pues señala una realidad permanente; el solo hecho de llevar uniforme compromete públicamente, liga a un ideal, obliga a una conducta, muestra un sincero compromiso con un credo. El uniforme es la convergencia entre principios, pensamiento y actuación. Llevar uniforme es una responsabilidad. Es solo un símbolo, pero pretende ser una actitud; no es una mera estética sino una ética.

Existe un consenso de valores entre los miembros de las Fuerzas Armadas lo que significa que, en su gran mayoría, están de acuerdo con que un valor sea preferible como meta y se orienta como principio guía de la acción; la estabilidad de los valores implica que los individuos se ven penalizados cuando se alejan de los esquemas establecidos, situación que se refuerza en base a la experiencia vivida y favorece el ejemplo.

Pero eso no evita la diversidad, porque los miembros de las Fuerzas Armadas no son, ya se ha dicho, un "cantón aparte"; provienen de la misma

sociedad a la que se reincorporan al acabar el servicio cada día. Pero esa diversidad se sitúa entre unos márgenes y unos ciertos esquemas de vida cuya mediana se separa unos grados del sistema general pero no es ajena al mismo.

La existencia estable de esa unidad cultural acaba también con el relativismo. La verdad, en su definición aristotélica, es la adecuación entre la realidad y el intelecto. Siendo el patrón de conocimiento similar, la verdad no puede ser en ese caso completamente plural. Con ello las Fuerzas Armadas se garantizan la unidad de acción de sus miembros al ser sus respuestas frente a un mismo estímulo similares. El espectro de verdades posibles se reduce.

Lo militar supone un código moral y como tal aporta unas referencias y señala un camino, sirve para interpretar la realidad y es a su vez una guía de acción. Tiene elementos comunes con la religión –recordemos que Calderón llamaba a la milicia “religión de hombres honrados”– si bien sus metas son señaladas por la comunidad a la que sirven y, en principio, no incorporan la dimensión trascendente específica de la religiosidad. Lo militar es un humanismo.

Lo militar se transforma en una de esas atalayas que la sociedad ha perdido y que ha determinado su deambular sin solución por los espacios del presente. Cuando la crisis aprieta se necesitan referencias, indicadores que permitan abandonar el presente.

Las palabras seducen, pero solo el ejemplo arrastra. Y los comportamientos de que han hecho gala los militares han tenido como elemento común la ejemplaridad. En este colectivo no ha habido esos sobresaltos a los que la sociedad no se ha terminado por acostumbrar ni escándalos económicos ni de ninguna otra índole, son unos Ejércitos sometidos a una permanente vigilancia, moviéndose en no pocas ocasiones sobre una delgada línea roja, y que conocen los recortes desde hace mucho tiempo. Son el ejemplo persuasivo de una vida entregada a una causa.

Lo militar puede contribuir a dotar a la sociedad de las ineludibles referencias que precisa, a su regeneración, pero no es ni la única referencia ni tampoco la más importante. No es a eso a lo que se debe aspirar; es más, es una idea que produce miedo. Como dijera Wellington, con las bayonetas pueden hacerse muchas cosas, salvo sentarse sobre ellas.

De hecho, los recientes éxitos de las selecciones nacionales son prueba de la existencia de algo más, de un fondo ajeno a la banalidad; algo que tiene voluntad de emerger y que aprovecha cualquier ocasión para ello. La historia nos enseña cómo el pesimismo español siempre lleva las cosas demasiado lejos; el relato que hemos generado hace una lectura demasiado negativa e inmisericorde de nosotros mismos, de nuestros hechos, de nuestra historia.

El español se instala en el pesimismo. Hace falta volver a releer nuestra historia e impedir que otros desde sus hitos y narrativas nacionales nos la escriban poniendo los focos en lo que, siendo verdad, solo es importante para ellos. Es el precio por encontrarse en la semiperiferia geopolítica. La historia de los ahora poderosos, en parte, se ha hecho contra la nuestra.

En fin, las Fuerzas Armadas apoyan a la sociedad, son parte de ella y en ocasiones la representan, pero no son la sociedad. Pueden contribuir a que el país recupere sus valores, a poner jalones en el camino, pero su contribución es y debe ser parcial. Debe actuar en paralelo a otros agentes sociales. Y es la sociedad la que debe renovarse y fortalecerse.

No se trata, ni mucho menos, de militarizar la sociedad, sino de hacerla más fuerte, de aportar ideas, experiencias, principios y valores que puedan serle útiles. Se trata de conducirles durante un trecho del camino a través del ejemplo para que recupere el norte y la autoconfianza y dejarla después que vuele sola. El capitán se sitúa al frente de la tropa y la lidera, el teniente lo hace desde el grueso y el comandante desde atrás; ese es el liderazgo de los sabios, el del ejemplo.

Se propone una ejemplaridad persuasiva, no autoritaria –en la línea de lo que propone Javier Gomá–, que promueva la reforma del estilo de vida y genere una nueva conciencia cívica a través de la repetición incesante de ejemplos y de vidas virtuosas que sirvan para enunciar una necesidad moral, un deber ser que abra la puerta a la larga a una universalización de la regla moral.

De esta manera se generan nuevos patrones, el redescubrimiento y valoración de nuevos caminos al tiempo que se hace posible el nuevo mundo. No son los santos ni los héroes modelos del pasado sino hombres comunes y virtuosos –la virtud no algo místico sino intrínsecamente práctico; como las ideas, solo existen cuando se concretan– que creen y se entregan a lo que hacen con normalidad. El ejemplo es una persuasión en principio no pretendida, una persuasión que conmina a la reforma y responsabiliza a quien no la acomete; por eso el ejemplo obliga implícitamente a pronunciarse aunque solo sea para rechazarlo.

Una ejemplaridad que subordina racionalmente la propia felicidad a la ley moral y dote al individuo de una dignidad que le convierte en una referencia para el conjunto. Es una conducta con un plus de moralidad, la virtud puesta en práctica; sirve a la generación de nuevas costumbres, nuevos caminos posibles para la sociedad.

No se trata pues de replicar a las personas, privarlas de su propia individualidad, sino de ofertar posibles modelos de conducta virtuosa que añadan el necesario plus a lo normativo. Cumplir la ley es condición necesaria no suficiente. Lo que en lenguaje militar equivale a lo que ya decía respecto del oficial las Ordenanzas de Carlos III:

El oficial cuyo propio honor y espíritu no le estimulen a obrar siempre bien, vale muy poco para el servicio; el llegar tarde a su obligación, aunque sea de minutos; el excusarse con males imaginarios o supuestos a las fatigas que le corresponden; el contentarse regularmente con hacer lo preciso de su deber, sin que su propia voluntad adelante cosa alguna, y el hablar pocas veces de la profesión militar, son pruebas de gran desidia e ineptitud para la carrera de las armas.

En fin, se trata de promover desde las Fuerzas Armadas (junto con otros agentes: intelectuales –los artistas tienen capacidad para crear *ex nihilo* un universo de valores nuevo–, deportistas, religiosos...) un cambio en la sociedad. No es dirigir sino persuadir. La propuesta es una suerte de liderazgo transformacional complejo, ejercido en paralelo a otros agentes, en el que a través de la motivación se busque que sea la sociedad la que se cambie a sí misma.

Ese liderazgo debe tener un objetivo en el grupo; de hecho, el grupo debe ser su objetivo. Y un objetivo así solo puede materializarse a través de símbolos. Un símbolo es la representación perceptible de una idea; es un signo sin semejanza ni contigüidad con el que se evocan valores y sentimientos, representando alegóricamente ideas abstractas.

Los símbolos no pueden quedar en grandes palabras, vacías de contenido y uso, por las que se transita sin que realmente vengan a significar gran cosa. Recuperarlos, como se pretende, es volverlos a dotar de su dimensión de convención socialmente aceptada, y al recuperarlos volvemos a poner en valor al grupo. Poniendo en valor al grupo, conforme a los principios del liderazgo transformacional, se restituye simultáneamente al individuo, eje real de actuación.

En este aspecto, las Fuerzas Armadas también se muestran útiles al encontrarse ligadas a los símbolos de las sociedades. Los símbolos ayudan a definir el grupo y posibilitan el identificarse con aquel. Las Fuerzas Armadas son una escuela de ejemplaridad en las que se combina virtud cívica y conducta individual.

Tal vez convenga hacer más frecuente nuestra presencia, escenificada a través de los uniformes; hay que recuperar el espacio público. La visibilidad es importante y común en todas las democracias del mundo, pero hoy, desafortunadamente, no es normal ver en España a militares de uniforme paseando normalmente por la calle como sucede en todos los países de nuestro entorno cultural.

El ejemplo nos saca del ensimismamiento y nos demuestra que otra narración es posible. El símbolo ligado al ejemplo, a la entrega y a la virtud cívica se incorpora a la narración para culminarla efectivamente. Recuperar los símbolos es recuperar la sociedad como espacio de relación y como unidad de futuro.

Conclusiones

Concluir sobre estas cuestiones es imposible en la medida en que supone cerrar un tema de naturaleza abierta; todo puede y debe ser objeto de debate. La crisis es algo más que economía, es un problema cultural, de identidad. Y lo importante en una crisis es salir de ella.

En cualquier caso, nuestra sociedad precisa de un cambio, de nuevas referencias, de un nuevo camino, con la crisis o a pesar de ella. Es necesaria una reforma que la libere de los lastres del pasado y la crisis no es más que una razón para ello. No se puede ya sobrevivir en la deriva de la posmodernidad, se precisan referencias; pero tampoco hay que perder lo que de bueno tiene la posmodernidad: un error no corrige otro.

Urge encontrar un nuevo modelo, pero este no puede imponerse aunque sí ofertarse. Y la forma de hacerlo es a través de la pedagogía; una pedagogía centrada en el ejemplo, en la responsabilidad y en el hombre común, en ir de lo pequeño a lo grande. Las Fuerzas Armadas pueden aportar mucho en este terreno. Recuperar los símbolos es hacer lo propio con la sociedad.

Es preciso abandonar el nihilismo sin referencias en el que durante mucho tiempo hemos estado sumergidos, y para eso hace falta encontrar una dirección que sea aceptada por el conjunto de la sociedad. La ejemplaridad aún a medio y mensaje, es la forma sin forma, una vía para restituir los símbolos de nosotros mismos, de una población objeto y destinatario del mensaje que sirva a su vez para restituir su confianza.

España es un país con una larga historia que no resta sino que suma, haciendo posible ser español con muchas otras cosas más y que, como el arpa de Becker –bien lo demuestran los últimos triunfos deportivos–, está deseando que alguien se aproxime y le diga con fe: “levántate y anda”.

Quizás haya que, como en la célebre escena de la película *El club de los poetas muertos*, subirse sobre una mesa y gritar los versos de Walt Whitman “Oh capitán, mi capitán”¹; eso será la señal de que volvemos a creer

1 Oh capitán, mi capitán:/levántate aguerrido y escucha cual te llaman/tropeles de campanas./Por ti se izan banderas y los clarines claman./Son para ti los ramos, las coronas, las cintas./ Por ti la multitud se arremolina,/por ti llora, por ti su alma llamea/y la mirada ansiosa, con verte, se recrea./ Oh capitán, ¡mi Padre amado!/Voy mi brazo a poner sobre tu cuello./Es solo una ilusión que en este puente/te encuentres extendido, helado y muerto./Mi padre no responde. Sus labios no se mueven. / Está pálido, pálido. Casi sin pulso, inerte. / No puede ya animarle mi ansioso brazo fuerte./Anclada está la nave: su ruta ha concluido./Feliz entra en el puerto de vuelta de su viaje./La nave ya ha vencido la furia del oleaje./ Oh playas, alegraos; sonad, claras campanas /en tanto que camino con paso triste, incierto,/por el puente do está mi capitán para siempre extendido, helado y muerto.

en algo o en alguien, o tal vez aún mejor, de que creemos en nosotros mismos.

Aunque también quizás previamente convenga recitar antes aquellos tan españoles y de inspiración teresiana: “*Eleva el pensamiento, al cielo sube, por nada te acongojes, nada te turbe. A Jesucristo sigue con el pecho grande y venga lo que venga, nada te espante.*”

Bibliografía

- AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Federico: *Entender la guerra en el siglo XXI*. Madrid: Editorial Complutense, 2011.
- AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Federico: *La ecuación de la guerra*. Barcelona: Editorial Montesinos, 2011.
- BADA PINILLO, José: *La paz y las paces*. Zaragoza: Mira Editores, 2000.
- GLUCKSMANN, Andre: *El discurso de la guerra*. Editorial Anagrama, 1968.
- GOMÁ, Javier: *Ejemplaridad pública*. Editorial Taurus, 2009.
- VERSTRYNGE, Jorge: *La guerra periférica y el islam revolucionario*. Editorial Viejo Topo, 2005.
- ZAMBRANA, Justo: *El ciudadano conforme*. Editorial Taurus, 2007.

Introducción

Cuando se habla de recortes muchos españoles inmediatamente piensan en el Ejército. Aunque la realidad no es así para la mayoría, los que se oponen insisten en que sobra el Ejército y toda la parafernalia que va unida a él: los centros en los que trabajan los jefes y soldados, los múltiples cargos que acumulan, la innecesaria investigación que realizan para el ataque o la defensa y, finalmente, el material de guerra que se acumula, envejece y se adapta. Toda esta gente, especialmente los jóvenes, creen que los Ejércitos y las guerras son innecesarios, cuando ellos mismos se mezclan en enfrentamientos y reyertas que otros tienen que apaciguar. Y no digamos los pueblos. La guerra siempre está latente entre las personas y, si estalla, es por intereses no resueltos. En ocasiones el enfrentamiento se produce porque los pueblos no aceptan al otro, al próximo, con el que conviven y comparten territorio y otros pormenores. O por intereses que están encontrados. Se dice que es el poder el que necesita al Ejército, pero más bien es el pueblo el que da el poder y necesita al Ejército para mantener la democracia.

El conflicto bélico siempre está latente, y basta que un pueblo no esté armado para incentivar en el otro, el más equipado, el asalto o la ambición para su expansión, que no para su defensa.

El conflicto armado no siempre tiene que terminar en guerra. Hoy son impensables las guerras tal como se desarrollaron en el siglo XIX e, incluso,

en las dos guerras mundiales. Las guerras en la actualidad han tomado otro cariz. Son más técnicas y más sofisticadas. No se promueve el conflicto entre las poblaciones y sí entre los gobiernos. Se quiere buscar con ello desarmar al enemigo utilizando medios materiales, si es posible, más sofisticados, para destruirle. Por todos los medios se pretende salvar a la población civil del conflicto, a no ser que esta contribuya como trampolín para ocultar a los verdaderos culpables del descontento (de la guerra), como dicen que ha sucedido en Siria.

Ejército y sociedad a lo largo de la historia

La historia nos demuestra que siempre ha habido Ejército, o al menos estructuras de defensa, mandos y tropa. No voy a desarrollar aquí la estructura de mandos y cómo ha evolucionado; el Ejército siempre ha contado con una jerarquía que ha sido muy valorada por la sociedad española. En este capítulo pretendo analizar la evolución de las tropas que, por otro lado, han sido piezas totalmente necesarias para la evolución de los conflictos bélicos. Sin tropas no hay Ejército, pero tampoco sin una organización y una jerarquía de mando.

Primero, y centrándonos en la modernidad de nuestro Ejército, fueron los hidalgos, luego se apeló a los mercenarios, en tercer lugar se aprobaron las soldadas, se llegó así a los Ejércitos regulares para terminar, finalmente, en los Ejércitos profesionales. Todos ellos, aunque con matices, constituyen piezas fundamentales de nuestra historia y son los artífices de las victorias y de los fracasos que actualmente jalonan nuestro pasado.

En la Edad Media la defensa se realizaba, entre otros, con los hidalgos. Cada señor feudal tenía sus propias mesnadas que utilizaba cuando era atacado por otros señores feudales. Los hidalgos eran personas importantes que destacaban por encima de los demás porque tenían en su propiedad una espada y un caballo. Cuando se institucionalizó la defensa, no eran nobles pero se asimilaban a ellos en la categoría profesional. Se acudía a ellos y estaban preparados para ayudar al señor de turno, al señor feudal. En el norte eran la mayoría, y prueba de ello son los escudos y blasones que aparecen en las casas de muchos pueblos. Pero poco a poco esta figura se fue difuminando hasta llegar al sur en la que una minoría era identificada con esta figura. A partir de la Edad Media este grupo, los hidalgos, eran una clase acomodada y prestigiada. Incluso llegaron a tener su propio estatuto, su representación y sus privilegios. Eran no pecheros. En la mayoría de los ayuntamientos de España había dos alcaldes, uno que representaba al pueblo llano y otro a los hidalgos. Con el tiempo, esta figura se fue diluyendo y solo unos pocos gozaron de ser una clase acomodada, siendo el resto uno más de los campesinos; llegó, incluso, alguno de ellos a constituir el grupo de los pobres de la lo-

calidad. Tal es así que algunos se vieron obligados a demostrar su hidalguía, unos, porque su situación real no se ajustaba a la situación anterior cuando recibieron el título, y otros, porque, aun ascendiendo en la escala social, no tenían la acreditación que justificaba su ascenso.

Pero pronto los hidalgos perdieron su importancia, una vez que con los Reyes Católicos se consolidó el Estado nacional. Ya no era necesaria esta figura: se necesitaba una figura más universal que estuviera dispuesta a la defensa del bien nacional por encima de los intereses de la localidad. Se pensó entonces en los ejércitos integrados por personas que se dedicasen a estos menesteres y que eran contratados para la función que se les pedía. Tenían una cierta preparación y eran reclutados en las ciudades. Son los ejércitos formados por personal mercenario, cuyos contratos recaían sobre personas que se comprometían a luchar en el frente y que aceptaban las condiciones que se les imponían.

Dos sistemas de reclutamiento, entre otros, eran los habituales: o bien mediante el capitán que elegía a su propio batallón, o bien a través de los concejos que seleccionaban por sorteo a los jóvenes de la localidad que tenían que ir al Ejército. Se reclutaba al personal por el tiempo exacto que duraban las guerras, escogiendo normalmente a personas no integradas en la sociedad como eran los marginados, los mendigos y los que no querían trabajar. Lo malo de este sistema es que a los mercenarios no se les podía pedir el amor a la patria: lo mismo luchaban con unos que con otros, siendo de su obligación cumplir los contratos que se estipulaban. Si no amaban la nación y la patria, al menos sí consideraban muy importante sus vidas y por eso luchaban, para defenderse ellos mismos, como si fuesen ejércitos profesionales. No era extraña la rapiña que practicaban puesto que una parte del salario era percibido en especie según el botín que habían expoliado.

Pero esta figura era muy costosa y estaba desacreditada entre la población¹. Pronto se apeló en los pueblos a las soldadas para ayudar a la financiación de estos ejércitos. Los múltiples conflictos que se dieron en el siglo XVII –guerras con los protestantes, guerras con Portugal, guerras con Cataluña, Guerra de Sucesión– contribuyeron a crear el impuesto de soldados que era pagado fielmente por cada pueblo. Por cada 100 vecinos, otras veces por cada 50, había que contribuir con una soldada, que equivalía al mantenimiento de un soldado, voluntario o mercenario². Los pueblos o villas que tenían más vecinos tenían que ampliar su contribución, pero también los más pequeños se encargaban de contribuir con sus haciendas a financiar este evento (García Sanz, Benjamín, 1989, 262).

¹ Se les pagaba, además del salario que estaba recogido en el contrato, con los expolios que hacían a la población atacada. Por eso su fama podía mejorar.

² Esta cifra era oscilante. Más bien se incrementó la aportación, cosa que fue totalmente necesaria para el mantenimiento del Ejército.

Pero la obligación no terminaba aquí. Con este procedimiento, y la cuota más o menos fija de unos ingresos, se pudo contratar a mercenarios y a soldados voluntarios. Además, cada pueblo debía procurar el sostenimiento de los ejércitos que pasaban por la localidad, lo mismo que contribuir a su sostenimiento una vez que se ubicaban en un determinado lugar para pasar el invierno. Los vecinos debían contribuir con sus bienes al sostenimiento de los soldados, siendo concebida su presencia como una verdadera plaga. Queda por demostrar cómo la presencia de los ejércitos en un determinado lugar contribuyó al empobrecimiento general, despertando al mismo tiempo la solidaridad de la gente para hacer frente a los desmanes que ocasionaba su presencia. Son muchos los ejemplos que se podían citar (García Sanz, Benjamín 1989, 262 y 263; 2008, 183 y 184; y 2011, 210 y 2011), pero está por descubrir la repercusión económica y social de la presencia de los ejércitos en los pueblos una vez que se acababan las guerras y había que invernar.

Pero apelar a los voluntarios dejó de interesar. Por este motivo se crea a principios del siglo XVIII, y coincidiendo con la Guerra de Sucesión, un Ejército de voluntarios selectivos, para lo que se obliga a cada circunscripción a reclutar soldados de entre 18 y 30 años, haciéndose la selección uno por cada 100 vecinos.

Se necesitaba una corrección y esta llegó al finalizar el siglo XVIII³. Con Carlos III, en el año 1770, se dictó la ordenanza en la que uno de cada cinco jóvenes en edad militar tenía que incorporarse cada año al Ejército. La edad estaba comprendida entre los 18 y 40 años, y el método que se aprobó fue el sorteo; cada pueblo tenía obligación de contribuir con un número de soldados. Esto obligó a que se generalizase el término de los "quintos" o "las quintas". Cada pueblo, una vez iniciado el año en curso, debía determinar el número de soldados que debería enviar al Ejército; este constaba de dos grupos: el primero y principal lo constituían los jóvenes que cumplían 20 años, y el segundo los denominados soldados o suplentes cuya edad estaba comprendida entre los 22 y los 35 años. Pero las ordenanzas a este respecto eran cambiantes: se cambiaron los reemplazos, las sustituciones, los reclutamientos, los años del servicio, los voluntarios y los mercenarios, etc. Martínez Paricio y De Miguel Amando han desarrollado estos cambios hasta llegar al Ejército profesional el 1 de enero del año 2002 (Martínez Paricio y De Miguel Amando, 2005, 1-55).

Pero la gran discusión era si la mili debería abarcar a todos los jóvenes, menos a los impedidos, o debería admitirse la liberación por dinero. Si bien hasta la Guerra Civil no se arregló el problema, ya el 19 de enero

³ Los primeros ejércitos regulares datan de la Revolución Francesa de 1793, cuando surgió la doctrina de que todo ciudadano ha de ser soldado como todo soldado ciudadano. Entonces se creó un modelo que fue imitado por el resto de países.

de 1912 se dio una solución parcial mediante la figura del soldado de cuota⁴.

A pesar de que era la gran ocasión para que los jóvenes saliesen del pueblo y se relacionasen con otra gente, su salida no era bien vista ni por ellos mismos ni por la familia, y las disculpas para no ser seleccionado estaban a la orden del día. Unos aducían encontrarse enfermos y acreditaban sus dolencias, y otros argüían ser necesarios para el trabajo en sus casas porque sus padres estaban impedidos o eran ancianos y ya no podían sostener a la familia. No faltan quienes citan a otros hermanos que ya están en la mili, alguno de los cuales está impedido por motivos bélicos. Martínez Paricio y De Miguel Amando (2005, 18) han resumido las excepciones en cuatro apartados: familiares, "hijo único que resultaba imprescindible para el mantenimiento de la familia"; físicas, por no dar la talla o presentar algunas enfermedades; profesionales, por "desempeñar oficios considerados imprescindibles para la actividad económica", y, finalmente, por la redención en el sorteo o la sustitución.

Como se puede deducir, todavía está generalizada la sustitución de soldados por dinero. Pero ya no se trata de que cada pueblo contribuya con su dinero al mantenimiento del Ejército sino de que se envíen soldados. Cada pueblo tiene obligación de alistar a los que hayan cumplido 18 años, pudiéndose sustituir por otros que paguen los emolumentos del sostenimiento. Este es el método. Los más pudientes se libraban de la mili en perjuicio de los más pobres o de gentes que no quisieran trabajar en el campo.

Pero esta práctica se corrige. Después de la Guerra Civil todo el mundo debe jurar bandera, incluso los sacerdotes, aunque no tengan que ir a la mili, aunque hay una excepción: los estudiantes que no se someten a la mili normal sino que realizan las milicias, durante el verano, una vez que terminan el curso. Esta ventaja no se permite a los jóvenes que han encontrado trabajo, si bien también se contempla la situación.

La unión del pueblo al Ejército es una práctica general entre los españoles. Es importante resaltar la importancia del servicio militar en esta época⁵: los mozos tienen la oportunidad de salir de su pueblo, máxime en un período en que España está aislada del resto de Europa (no ha intervenido en la Segunda Guerra Mundial). Los recuerdos, que aún perduran de esa época, son importantes. Se conocieron territorios, se hicieron amigos, y lo más llamativo es que para muchos fue la única salida que realizaron fuera del pueblo.

⁴ Al soldado de cuota no se le eximía de la mili sino que se le reducía el tiempo. Podía elegir la unidad militar en la que deseaba servir mediante el pago de una cantidad que variaba entre las 1500 y las 5000 pesetas.

⁵ Es rara la familia que no conserva alguna foto de la mili. Para muchos fue la primera foto que exhiben ante los demás como una verdadera joya.

Para muchos jóvenes fue la primera vez que entraron en contacto con el exterior. La emigración rural, que empezó hacia los años 50-55, fue un fenómeno que pudo contar con esta experiencia. Muchos de los que salieron se quedaron en la ciudad en la que realizaban el servicio militar, contribuyendo al desarrollo industrial que se estaba produciendo en ese momento (Martínez Paricio y De Miguel Amando, 2005, 34).

Está por analizar lo que supuso el servicio militar para los jóvenes del mundo rural; muchos de ellos aprendieron a leer, algún oficio y, lo que es más importante, a comportarse en público, interiorizando ciertas reglas de urbanidad que no estaban vigentes en los pueblos. Todavía se recuerda a los que convivieron en la mili y no es extraño que algunos se consideren verdaderos amigos.

Pero esta sintonía entre Ejército y sociedad empieza a quebrarse. Las deserciones son cada vez más habituales⁶, y se llega a esta situación porque la mayoría de los jóvenes no quieren ir a la mili. Unos argumentan la objeción de conciencia, otros se apoyan en la insumisión y no faltan los que retrasan la mili para acogerse a la nueva norma. Al final, la obligación se diluye y solo afecta a unos pocos.

Preguntados los jóvenes que estaban implicados en esta medida parece que mayoritariamente respondieron que no querían ir a la mili. Esto da a entender que la sintonía entre Ejército y sociedad aún no había cuajado, por lo que la medida fue aceptada unánimemente. No se había dado lo que denomina el coronel Hueso García como “conciencia de defensa” (*La crisis económica: ¿causa o consecuencia?*, p. 20). Martínez Paricio (2012) señala:

...el servicio militar era obligatorio y siempre fue valorado como impuesto pesado. Un impuesto desigual e injusto que pagaban los mismos, los que menos posibles tenían. No estimulaba el estudio. Los que pasaban por la mili no se planteaban conocer las razones y el sentido del Ejército. El tiempo en el cuartel tenía que pasar de la forma más llevadera posible. En unos casos servía para salir del campo, conocer la ciudad y aprender las letras o un oficio. Llegado el caso había que aprender a escaquearse (hacer lo posible para evitar las obligaciones sin que se llegue a notar que no se hace lo que es debido). Era el conocimiento al que todos se aplicaban.

También se argumentan razones técnicas como que el actual modelo mixto⁷ “es insuficiente e inadecuado para dar respuesta a los nuevos riesgos y amenazas” o que “la sociedad demanda un nuevo modelo acor-

⁶ Según datos aportados por Rafael Ajangiz, en el año 1999 se incorporan el 41 % de los jóvenes sorteados; en el 2000, el 25 %, y en el 2001, el 8 %. AJANGIZ, R., 2003, 33. El resto, en su mayoría, fueron deserciones.

⁷ Se llama modelo mixto porque los que iban a la mili estaban constituidos por los voluntarios y por los de reemplazo u obligatorios.

de con el tiempo actual y con la evolución de la misma sociedad" (Ajangiz, Rafael, 2003, 29). La decisión que toma el Gobierno de Aznar no fue, pues, caprichosa; ya estaban puestas las bases y parece que la sociedad, y los jóvenes en particular, no quería ir a servir a la patria.

Si bien el proceso se inicia en el año 1986, no será hasta enero de 2002 que se crea el Ejército profesional y cesa la obligación de los jóvenes de nutrir los soldados del Ejército. Nadie protestó. Solo posteriormente se ha vuelto a abrir el debate y esto motivado por la dificultad para cubrir las bajas y las nuevas demandas.

Ejército obligatorio o profesional parece que no han entrado a formar parte de nuestra sociedad. Unos resaltan el carácter de gueto de los militares y otros el desentendimiento de la sociedad por las cuestiones de defensa. Janowitz (1968, 77) señala el aislamiento de los militares por el carácter cerrado de esta institución. Distinta es la apreciación de Díaz Alegría, que indica que "en las condiciones morales de la vida, en que los valores morales bajan de cotización a la vez que suben los materiales, la categoría social militar desciende inexorablemente y su vida se hace cada vez más difícil" (1972, 55). Respetando la identidad de la sociedad civil y militar es preciso recordar el enriquecimiento mutuo. La sociedad militar puede aportar algunos de sus rasgos a la sociedad civil, como esta a la sociedad militar. En todo caso, es necesario que la sociedad militar conozca a la sociedad civil, de la que es parte y representación, así como la sociedad civil los objetivos del Ejército.

La actitud de los jóvenes con el Ejército no parece ser muy entusiasta siendo sobre todo los inmigrantes los que acceden a estas profesiones, quedado libres en las convocatorias algunas plazas, y la mayor demanda en los dos últimos años no se debe al interés de los jóvenes por el Ejército, sino a la carencia de puestos de trabajo en la sociedad civil. Esta es la explicación, y no otra, de por qué en la actualidad se cubren las plazas y está disminuyendo la proporción de extranjeros. Algunos atribuyen la baja demanda a los sueldos que se pagan, por lo que lo lógico es subir los sueldos; esta medida debería incrementar la demanda, más en situación de crisis, aunque la relación no es unívoca pues hay que tener en cuenta la naturaleza del trabajo que se ofrece.

En definitiva, a partir de entonces aparece un nuevo modelo de Fuerzas Armadas que, si bien no está cerrado en cuanto al número de soldados que hay que reclutar, está claro que ha de ser un Ejército profesional que se adiestra en las tareas que tiene que realizar. Recogemos la recomendación que hacía Riaza Ballesteros (1986, P 99), que señala que debe existir "una más amplia y constante explotación sociológica, tanto cuantitativa como cualitativa, de cuál puede ser la realidad de las actitudes, motivaciones, aspiraciones y estímulos de los jóvenes en su constante evolución y cambio al ritmo de los tiempos".

Lo que dicen las encuestas recientes sobre el Ejército

En la actualidad tenemos la posibilidad de rastrear la opinión de la sociedad ante el Ejército. Por lo menos se hacen encuestas, cosa que hace unos años era poco probable. Los militares antes eran un grupo selecto y aislado en el que los hijos sustituían a los padres y ocupaban puestos relevantes en la ostentación del poder y en el ejercicio de la política; el pueblo, la sociedad, estaba al margen de los militares y solo se relacionaban con ellos mediante la mili. Todo empezó a cambiar con las encuestas. Ya en el año 1964, V. Pérez-Díaz realizó una encuesta a soldados y llegó a las conclusiones siguientes⁸: el servicio militar impone un paréntesis en la vida profesional, y más de una tercera parte contesta que no va a seguir la misma profesión: la mayor parte, sobre todo los que trabajan en el campo, piensan que va a mejorar su situación. El cambio de residencia está acreditado sobre todo en los que viven fuera de Madrid. En todo caso, el servicio militar constituye una función de elección de oficio o de profesión, bien para confirmar la anterior bien para sustituirla. El porvenir profesional se ve de una manera incierta: solo uno de cada tres ve el futuro con un cierto optimismo, por lo que salir al extranjero, como después se ha confirmado, es la solución laboral para la mayoría. Son más reticentes a esta solución los trabajadores que vienen del campo.

Respecto a la relación del Ejército con la sociedad, plantean que el Ejército, según los soldados entrevistados, quiere extender su visión del mundo, su modelo de valores, a la sociedad civil. Son menos reaccionarios a esta extensión los soldados que trabajan en tareas agrarias. En general, hacen una fuerte crítica al servicio militar, sobre todo por el trato recibido: piensan que los mandos no les tratan bien, y se les pide que se relacionen con ellos como con personas, por eso creen que el buen militar se debe caracterizar no tanto por su capacidad de mando sino por el buen trato. Finalmente, la mayoría piensa que es deseable el desarme, aunque esta no es la opinión de los militares. Como se puede apreciar, están puestas las bases para que las Fuerzas Armadas se profesionalicen. Bastan, quizás, ciertos cambios en la sociedad, que se dan a la muerte de Franco, para que se produzca esta revolución.

El profesor Juan Díez Nicolás analiza la penetración del Ejército en la sociedad y llega a esta conclusión:

Alrededor de tres de cuatro españoles opina que no hay ningún valor o ideal que justifique una guerra; uno de cada cuatro cree que España debería defender Ceuta y Melilla con las armas de un eventual ataque marroquí; algo más de uno de cada dos cree que España debería defenderse con las armas de un ataque militar en su territorio, pero solo uno de cada tres estaría dispuesto a empuñar las armas él mismo para

⁸ Boletín Informativo de Salamanca.

hacerlo, y menos de uno de cada diez españoles estaría de acuerdo en que España se defendiese con armas nucleares, incluso en caso de extrema necesidad (Díez Nicolás, 1986, 16).

A partir de la muerte de Franco la sociedad empezó a tener su propia opinión sobre el Ejército. Ya no era un grupo uniforme sino que empezaron las críticas dentro del propio Ejército y hubo militares que se desmarcaron de las posiciones tradicionales, no sabemos si por convicción o por estrategia. Desde luego no se observan hechos de protesta durante los años del franquismo. Unos dirán que porque no había libertad y no se podía ir en contra de las máximas de ese momento, pero otros pensarán que en esos años lo de menos eran las ideas, sino la seguridad en la vida.

Si bien ha mejorado levemente la opinión que tienen los españoles de nuestros militares (soldados y militares de carrera), en términos generales hay que señalar que es mejorable. Elegidas unas cuantas profesiones que se ejercen en la sociedad civil, en total diez –médico, bombero, profesor, policía, abogado, periodista, comerciante, empresario, soldado y militar–, las más bajas en cuanto a puntuación son el soldado y el militar, con una puntuación de 6,2 sobre 10⁹. Solo en los últimos años se superan los 6 puntos, cuando en los años anteriores ni siquiera se alcanzaba esa cifra. Comparando las puntuaciones que reciben los militares con las puntuaciones más altas –médico y bombero, que superan los 8 puntos sobre 10–, se percibe con nitidez lo que piensa nuestra sociedad del Ejército. Es una opinión que si bien no es del todo peyorativa –supera el aprobado–, tampoco se puede decir que sea muy favorable; al menos comparada con otras profesiones. Se puede especular pero lo que salta a la vista es que nuestra sociedad valora la profesión de militar por debajo incluso del empresario y del comerciante, profesiones de las que se tiene una opinión peyorativa porque están para ganar dinero. En el último barómetro del CIS¹⁰ se pregunta por nueve profesiones: médicos, trabajadores sociales, profesores de centros públicos de enseñanza primaria y secundaria, profesores de universidades, diplomáticos, jueces, inspectores de Hacienda, bomberos y personas de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado; si bien no se menciona a las Fuerzas Armadas, se puede entender que también se las incluye. La respuesta no se hace en términos de puntuación, sino sobre el grado de confianza –mucha, bastante, poca o ninguna–. La conclusión es que la valoración de la seguridad ha mejorado sustancialmente pues el personal que se dedica a esta tarea aparece en el tercer o cuarto lugar, después de los bomberos y los médicos y por encima del resto. Los últimos lugares los ocupan los diplomáticos, los jueces y los inspectores de Hacienda con porcentajes que no superan el

⁹ Ver estudio 2825 de diciembre de 2009 sobre la defensa nacional y las Fuerzas Armadas (VIII).

¹⁰ Estudio 2944 de mayo de 2012.

30 % de los encuestados entre los que tienen en ellos mucha o bastante confianza, frente al 76 % que piensan lo mismo del personal de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado. A este respecto, hay que señalar que son mucho más reticentes los jóvenes que anteponen los trabajadores sociales y los profesores de enseñanza primaria y secundaria a los que se dedican a la seguridad.

CUADRO 1

PUNTUACIONES MEDIAS DE ALGUNAS PROFESIONES					
	AÑO 1998	AÑO 1999	AÑO 2000	AÑO 2002	AÑO 2009
MÉDICO	8,1	8,3	8,5	8,4	8,6
BOMBERO	8,2	8,3	8,4	8,5	
PROFESOR	7,4	7,4	7,6	7,6	8,0
POLICÍA	6,7	6,7	7,0	6,8	7,2
ABOGADO	6,5	6,7	6,8	6,8	6,9
PERIODISTA	6,3	6,2	6,4	6,5	6,3
COMERCIANTE	6,2	6,4	6,5	6,4	6,6
EMPRESARIO	6,2	6,8	6,9	6,8	6,8
SOLDADO	6,0	6,0	5,7	6,2	
MILITAR	5,3	5,7	5,8	5,7	6,2

Fuente: CIS. Encuestas: 2277 (1998); 2317 (1999); 2379 (2000) y 2447 (2002).

Cabría profundizar en por qué hemos llegado a esta situación, cuando lo que en definitiva defiende el Ejército es algo muy vinculado con nuestra vida, la defensa de nuestros intereses, es decir, la seguridad, la convivencia y la paz. ¿No será que la imagen que el pueblo tiene es otra? ¿No será que los mandos del Ejército –esta es al menos la opinión– no están para solucionar problemas sino más bien para crearlos? Esta es la imagen que han transmitido nuestros historiadores: los Ejércitos están para ganar guerras, de ahí sus estrategias y su modernización; al menos esto es lo que se cita. Nada se dice de la construcción de la paz, del orden y de la convivencia. Al menos, esto es lo que ha existido entre los conflictos bélicos, que no siempre han ocupado el tiempo de nuestros Ejércitos.

El Ejército está para asegurar la convivencia y la paz, pero no haciendo las funciones de una ONG sino declarando, cuando es preciso, la guerra. Nadie quiere llamar a las cosas por su nombre, pero el Ejército es un ejército y las soluciones a la paz unas veces pasan por la negociación y

otras por el conflicto armado. Precisamente por ello se resalta el armamento de las Fuerzas Armadas y su estrategia de cara al futuro.

En un reciente trabajo (Pérez-Díaz, 2012), tanto Pérez-Díaz como Kaplan resaltan el papel de los países de cara al futuro. China y la India invierten cada vez más en armamento porque saben que su futuro y su peso en el mundo dependen de ello. Un país fuerte es el que lo es también militarmente y para ello hace falta inversión.

Para tener una idea acertada de nuestros Ejércitos deberíamos preguntar a los que vivieron el momento de la intervención para saber si fue o no acertada. ¡Ojo!: no se trata solo de valorar el momento de la intervención sino las consecuencias derivadas de la intervención militar para la sociedad en los años posteriores.

El Ejército no interviene a no ser que se den las causas para ello; pero otra es la opinión para juzgar con posterioridad su intervención. Pensamos que la intervención fue acertada o no según la idea que prime en el momento; si la opinión sigue siendo favorable, ponemos una medalla a nuestro Ejército pero si no, le vilipendiamos y le hacemos responsable de los males que posteriormente han sucedido.

Ejército e identidad nacional van a la par; al menos, eso es lo que se deduce de las conversaciones, de la oposición entre derecha e izquierda y de las propias encuestas. Este enfrentamiento aparece cuando se pregunta a la gente por su identidad con España: si bien solo una minoría dice que se siente únicamente español, si le añadimos los que se consideran más españoles que de su comunidad autónoma, o tan españoles como de su comunidad, nos estamos refiriendo a la mayoría. Todavía, no obstante, hay un pequeño grupo que se siente más de su comunidad, o solo de su comunidad, que españoles. Estos datos son congruentes con el orgullo de ser español, que incluye a la mayoría, frente a una minoría que siente poco o ningún orgullo de ser español. Aunque siempre habrá disidentes con lo español, salta a la vista que algunos vean enfrentado ser de su comunidad con ser españoles. No cabe duda de que nos sentimos españoles porque pertenecemos a un territorio, a una autonomía, a un pueblo, que están dentro de la demarcación española. El sentirse español no tiene que enfrentarse con ser de una comunidad ni de un pueblo; más aún, nuestro sentimiento de españoles nace precisamente de ahí. Ahí están nuestras raíces, en el pueblo, en la comunidad y en España, por eso nos podemos sentir de un pueblo determinado y no renunciar, sino legitimar, que somos también españoles.

No sé si la adhesión o el sentimiento de pertenencia a un país que se llama España aumenta cuando se ve un desfile militar, se iza la bandera, se escucha el himno nacional o se ve una ceremonia de carácter militar. Las encuestas nos dicen que un poco más de la mitad se ven embargados por algo de emoción o por una emoción muy fuerte cuando se escucha el

himno nacional, se iza la bandera o se asiste a un desfile militar. En una encuesta realizada recientemente¹¹, se preguntaba por los sentimientos que se generan “cuando escucho el himno o veo la bandera española”: la mayoría contesta que está muy o bastante de acuerdo con estas expresiones. Desde luego, el sentimiento sobre la nación va en aumento, al menos fuera del País Vasco y Cataluña, donde no parece que haya una sintonía con estos símbolos. Si bien estas expresiones deberían ser de todos y todos deberíamos aflorar nuestro sentimiento más profundo de ser y sentirnos españoles, la verdad es que hay una parte que no comulga con estos símbolos. Otros se han encargado de evitar esta relación: han vinculado el himno, la bandera y el desfile militar con el franquismo, cuando son símbolos de unidad que todos deberíamos aceptar porque representan a nuestra nación.

Diferentes son las respuestas cuando se pregunta por arriesgar la vida: un poco menos de la mitad estarían dispuestos a arriesgar su vida, y solo una cuarta parte por la patria. En contra, la mayoría lo haría por salvar la vida de otra persona y algo menos de la mitad estarían dispuestos a participar voluntariamente en algún conflicto, incluyendo también a los probables. La contradicción surge cuando se pregunta si merece la pena arriesgar la vida, dejando aparte la familia, y solo la mitad dicen que sí. Cuando se concreta este riesgo baja algo los que lo harían por la patria, pero sube de forma extraordinaria los que lo harían por salvar la vida de otra persona, la paz y la libertad; solo la mitad lo haría por la justicia. Comparando estos datos con los de otras encuestas que se hicieron hace 10 años, se observa que estas cifras van descendiendo lo que confirma una vez más la falta de valores de nuestra sociedad y, sobre todo, entre los jóvenes. No están dispuestos a sacrificar su vida por nadie, ni siquiera por los que están en peligro. Se ama más la propia vida que la de los demás, y a esto se supeditan los esfuerzos.

En consonancia con esta postura, solo menos de la mitad de los españoles ven claro que habría que defender a la patria cuando fuera atacada militarmente, pensando lo contrario el resto: una minoría probablemente no la defendería y el resto, hasta llegar a la mitad, seguro que no. Estas respuestas nos indican que siempre habrá una ruptura entre Ejército y sociedad y que solo los que tienen vocación de servicio estarían dispuestos a arriesgar su vida cuando sea necesario. El resto nos moveremos por sentimientos que en unos momentos estarán a favor de lo que señale la autoridad y, en otros, en contra.

Precisamente por esto las respuestas son tan variadas cuando se pregunta por la declaración de una intervención militar: la mayoría la jus-

¹¹ La encuesta ha sido publicado por FUNCAS con el título *La crisis y las autonomías*, cuyos autores son Víctor Pérez-Díaz, Juan Carlos Rodríguez y Josu Mezo.

tificaría, siempre que se trate de la defensa del país, la minoría lo haría si está en riesgo un país europeo, una cuarta parte para defender los intereses económicos de los españoles y la mitad para llevar ayuda humanitaria a zonas en conflicto.

Como se puede apreciar, la gente no es muy proclive a la intervención militar, aun cuando de la no intervención se pueden derivar más males que de la intervención. Se aboga por el pacifismo sin ver que la opción aparente por la paz, los valores y la democracia están generando conflictos que estallarán cuando menos se piense. Hacer la guerra en momentos determinados es beneficioso para todos, aunque esto no se reconozca ni se diga.

Siguiendo con los valores que han de estar presentes en la vida militar, se citan la obediencia, la preparación técnica, la valentía, la tolerancia, la honradez, el espíritu de sacrificio, la disciplina, la solidaridad y la capacidad de mando. Se señalan, no obstante, como los más importantes la preparación técnica, la valentía, la obediencia y la honradez; al resto se les asignan puntuaciones más bajas, destacando entre ellos la disciplina, el espíritu de sacrificio y la responsabilidad. Todos estos valores son poco estimados hoy, sobre todo los de la obediencia, la honradez, la responsabilidad y el espíritu de sacrificio, pero hoy, que nos encontramos en un período de crisis, es imposible sacar adelante este país sin la presencia de estos valores. La responsabilidad y el esfuerzo son necesarios, a los que se debe unir también la honradez. Sin estos tres valores, muy presentes en nuestro Ejército, es imposible salir de la crisis.

Pero sigamos adelante con la evaluación social de nuestros militares. Nuestras Fuerzas Armadas, así lo reconocen nuestras encuestas, han contribuido y están contribuyendo al prestigio internacional, si bien no hay mucho interés en la prensa ni en el público en informarse del papel que realizan estas fuerzas. Solo uno de cada tres comenta con los familiares y amigos temas relacionados con los militares, siendo para el resto un tema del que no se habla y en el que apenas se tiene interés.

Recabando la opinión que la gente tiene en general de nuestras Fuerzas Armadas, solo la mitad, o menos, tiene una buena opinión y piensa que están preparadas, aunque la mayoría cree que en estos últimos años se ha mejorado mucho, nuestro Ejército está mejor preparado y cuenta con más medios técnicos.

Se desconoce el presupuesto que se dedica a las Fuerzas Armadas, aunque una cuarta parte de los entrevistados afirma que es excesivo¹². Se

¹² Solo, según el profesor Díez Nicolás, el 16 % estaban de acuerdo con la afirmación "el presupuesto español para gastos de defensa es insignificante para garantizar mínimamente la seguridad nacional" (Díez Nicolás, *opus cit.*, 17).

compensa esta afirmación negativa con esta otra, que afecta a una tercera parte, que indica que el presupuesto es adecuado¹³.

Ante la discusión sobre si el Ejército debe ser profesional o representar a la sociedad con la mili obligatoria, parece que la opinión pública recoge el sentir de los jóvenes que no quieren ir a la mili y se escudan en la objeción de conciencia o en la inutilidad para el servicio: la mayoría de los encuestados afirman que el Ejército tiene que ser profesional, siendo totalmente necesarias la preparación técnica y la eficacia de las acciones encomendadas.

Otra cosa diferente es la financiación. Solo un poco más de una tercera parte estaría de acuerdo, o muy de acuerdo, en que se incrementase el dinero dedicado a la defensa en los presupuestos, siendo cerca de la mitad los que se opondrían a esta medida.

El acuerdo es general cuando se pregunta por las mujeres y el Ejército. Dicen "sí" a la incorporación, siendo una minoría los del "no". En este caso se reconoce que la mujer debería ocupar puestos de combate, como sería el caso de piloto de aviación o artillero en un tanque, igual que los hombres, pero una minoría aceptaría la desigualdad vetando a las mujeres para ocupar estos puestos. Se impone pues la igualdad entre hombres y mujeres, si bien con cierta reticencia en el mando. Se trata de un proceso del que actualmente no existen elementos para evaluar, hay que esperar un tiempo y el futuro nos dirá si las bases para la igualdad son correctas o no.

La importancia real del Ejército aparece cuando se pregunta por la amenaza. De momento no se ve ningún país extranjero que pueda atacarnos, aunque la cercanía de Marruecos y los conflictos tradicionales que hemos tenido con él pueden desatar el conflicto en cualquier momento. Por eso se cuidan las relaciones con el país vecino y lo primero que hacen los presidentes del Gobierno recién nombrados es visitarlo para estrechar las relaciones. No obstante, existe entre los dos países un enfrentamiento latente con el Sahara que no se sabe muy bien cómo va acabar.

Aunque no es a nosotros a los que directamente se ataque, sí se hace indirectamente pues estamos implicados en los conflictos que se generen en otros territorios, como actualmente en Asia y, probablemente, en África. En estos dos continentes hay países que se caracterizan por su inestabilidad y en cualquier momento puede surgir el conflicto.

¹³ En la actualidad, se ha rebajado el presupuesto del Ministerio de Defensa el 8,8 %, reduciéndose las inversiones el 34,9 % y los programas de modernización del armamento en un 97,6 %. En esta partida se han reducido de 204,53 millones de euros a 4,95 millones de euros, dejándose solo tres proyectos. Todo ello no impide la opinión positiva o negativa que se tenga del Ejército: en estos momentos de crisis se trata de reducir gastos y no se puede argumentar la necesidad de las inversiones en defensa cuando otros sectores como la educación o la sanidad están en peligro.

Pero aun siendo el ataque de carácter internacional, se prefiere un Ejército que controle exclusivamente el Gobierno español que otro integrado en un Ejército europeo o internacional. En este sentido, se reconoce que España haya participado en misiones internacionales de paz, como son los casos de Angola, Bosnia, Kosovo y, actualmente, en Libia y Afganistán; precisamente por eso se reconoce que nuestras Fuerzas Armadas han mejorado sensiblemente y se han hecho mucho más internacionales.

Preguntando a los jóvenes que han de nutrir nuestros Ejércitos, de cara al futuro la solución parece estar en estos cinco requisitos: el primero, tener vocación; el segundo, contar con un sueldo digno; el tercero, obtener una formación que aumente las posibilidades de encontrar trabajo en la vida civil; el cuarto, la seguridad de que al acabar el contrato con las Fuerzas Armadas se dé la posibilidad de ingresar en otros cuerpos de la Administración del Estado, y, finalmente, la obtención de puntos para concursar en oposiciones para el ingreso en la Administración.

Pero hay que reconocer que todos ellos no tienen el mismo rango; si no hay vocación, sobran todos los demás. Lo primero, y más necesario, es que a uno le guste dicha profesión, de otro modo no se sentirían atraídos ni por el sueldo ni por la formación; el sueldo y la formación vienen después de la vocación y son requisitos necesarios para afianzar la vocación: se puede tener mucha vocación pero si los sueldos son bajos no se puede garantizar que los jóvenes se comprometan en esta misión. Jerarquizar adecuadamente todos estos principios puede ser un atractivo para que nuestros jóvenes sientan interés por ocupar las bajas que se vayan dando.

Un principio, que no se cita pero que puede tener un interés importante de cara al futuro, es el ascenso interno o la carrera militar. Los dos han de verse como sendos estímulos para los jóvenes que quieren ir al Ejército. Ambos son importantes para aquellos jóvenes que quieren hacer carrera en el Ejército; poder promocionarse. La promoción no siempre ha de depender de los estudios sino de la experiencia que proporciona el trabajo. Este ha sido un método tradicional y hay que recuperarlo compaginándolo también con el estudio.

Por otro lado, los jóvenes que pueden ir al Ejército valoran sobre todo el poder ver mundo, el estilo militar, la afición a las actividades deportivas y físicas, la posibilidad de resolver conflictos, la camaradería y el espíritu de equipo y el desarrollo de un trabajo interesante. Pero todo ello es importante o muy importante para una minoría de jóvenes que ve en la carrera militar una salida para su vocación. El resto, que son la mayoría, ven poco probable o nada probable pertenecer a esta institución por muy bien que se les pongan las cosas.

Centrándonos en los porqués de los que quieren ser militares, sobresale la vocación, seguida del interés por tener un trabajo. Estos, los que quie-

ren ser militares, inciden en que se trata de un compromiso a largo plazo que puede comprometer para siempre su vida.

Los otros, los que no quieren ir al Ejército, que rozan la mayoría, dicen que se debe a sus convicciones. No se valora lo que supone el control social, que en este caso pesa mucho. Ningún joven dice que quiere ir al Ejército, porque inmediatamente se daría el rechazo de los demás, pero sí dicen que quieren ser funcionarios; no lo afirman pero se deduce que son pacifistas y que el Ejército es todo lo contrario a todo aquello que ellos aman en la vida. Y una minoría –uno de cada cinco– señala que se trata de una profesión muy dura y que tiene un riesgo que ellos, a pesar de ser jóvenes, no están dispuestos a aceptar; al menos estos son sinceros y no confunden el riesgo y la vida dura con la vocación. Que los jóvenes de hoy no aman el riesgo se deduce de que hay muy pocos que quieran ser empresarios, así que la mayoría no quiere luchar y se contenta con un salario, si es alto mejor y si es de funcionario no ponen condiciones.

El Ejército, por fin, ya no es solo una profesión que afecte a los hombres sino también a las mujeres. Ha cambiado mucho la sociedad desde que la primera mujer se incorporó al Ejército, aunque todavía siguen siendo una minoría, pero todo indica que la sociedad española está en esta dirección: que la mujer se incorpore al Ejército, como se ha sumado al trabajo de la empresa. También puede asumir las mismas responsabilidades que los hombres, ahora bien, hay matices. Al menos eso es lo que indican las encuestas: una de cada tres mujeres estaría dispuesta a ocupar puestos operativos, prefiriendo la mayoría puestos administrativos. Todo ello contradice la vocación puesto que cuando se entra en el Ejército se está dispuesto a aceptar cualquier misión y no valen las apetencias personales. De otro modo, se entraría en el Ejército como se entra en una profesión y habría que dejar al margen la vocación, esto es de momento lo que señalan las encuestas.

No existe discriminación en la familia si un hijo o una hija quiere ser militar. Eso es, al menos, lo que se dice. En ambos casos, casi la mitad, contarían con el apoyo familiar, aunque uno de cada tres padres se lo desaconsejarían; el resto, uno de cada cuatro, no se deciden y responden que ni les aconsejarían ni les desaconsejarían. Los que apoyan la decisión del hijo o de la hija argumentan, la mayoría, el respeto a las decisiones personales, y solo una minoría muy pequeña se fijaría en la seguridad del puesto de trabajo o en la vida militar. Por el contrario, los que desaconsejarían a sus hijos tomar esta decisión se fundamentarían en sus ideas, en sus convicciones (se sobrentiende que son pacifistas y contrarios al Ejército) y en el riesgo de la vida militar. Insiste una minoría en la vida dura de esta profesión.

No hay que ser muy experto en análisis de datos para concluir que los pacifistas están a favor de la ideología, de lo que ellos piensan, y en

este sentido aconsejan la decisión que hay que tomar; no suelen dar opción a las decisiones personales, a lo que en definitiva quieren hacer los hijos o las hijas sino que ellos asumen la decisión final aunque no se ajuste a lo que sus hijos previamente habían decidido. Los otros, los no pacifistas, estarían entonces a favor de la libertad, de la toma de decisiones personales, aunque tengan ciertos riesgos para sus vidas. Apoyar las decisiones personales, aunque no coincidan con la ideología, es lo más razonable. Este es un signo de una sociedad madura, el dejar que cada uno elija lo que le conviene sin someterse a la opinión de los demás; siempre hay que escuchar los razonamientos que exponen unos y otros, pero al final hay que tomar una decisión y lo mejor es hacerlo sobre lo que cada uno piensa. Los demás debemos ser respetuosos con las decisiones tomadas, aunque no se ajusten a nuestras ideas, de otro modo corremos el peligro de justificar o condenar lo mismo según quién ha tomado la decisión. Como muestra vale justificar la retirada de las Fuerzas Armadas de Irak y legitimar en cambio el envío de tropas a Afganistán.

La seguridad y la paz como elementos fundamentales del cometido de los Ejércitos

Podemos estar de acuerdo o en desacuerdo con la misión que hay que asignar a nuestro Ejército, pero un hecho evidente es que siempre ha habido Ejército. Por ceñirnos a los últimos tiempos: lo hubo en tiempo de los señores feudales, lo hubo cuando se empezaron a estructurar los reinos, lo hubo en tiempo de los Reyes Católicos, lo hubo con los Austrias y los Borbones y lo hay actualmente. Unos justificarán su presencia en el poder –siempre ha habido poder y el Ejército ha sido uno de los medios para garantizar su distribución–, pero otros, más juiciosos y ponderados, argumentarán que nuestra sociedad siempre ha necesitado de una fuerza que le dé seguridad, incluso que luche contra las amenazas que pueden venir del mundo exterior. Hay quienes van más allá y piensan en la paz: paz para negociar y crear trabajo, paz para ejercer la libertad y los valores en los que se cree, paz para convivir y relacionarse democráticamente, paz para desarrollarse como persona, paz para el buen funcionamiento de la sociedad. Sin Ejército, es decir, sin una fuerza superior que garantice la convivencia, es imposible que funcione la sociedad. El hombre, como decía Hobbes, es un lobo para el hombre. Por eso no se puede pretender la paz y la seguridad sin una fuerza superior que garantice la igualdad. Los más fuertes se opondrían a los más débiles y los más poderosos económicamente a los que tienen menos; los mendaces a los honrados y los que quieren vivir del cuento a los que viven de su trabajo. Es verdad que algo de esto ha pasado en la historia pero siempre se ha revestido con un principio general de “el bien del pueblo”, aunque se suele confundir el bien del pueblo con el bien de unos pocos.

Según estos principios, estas son las tres virtudes que se piden a nuestro Ejército: seguridad interior, seguridad exterior y, finalmente, la paz.

La seguridad interior mantiene viva la idea que aparece en nuestra Constitución. Este país se rige por la democracia y mientras una ley, aprobada por el Parlamento, no diga lo contrario, el Ejército debe cumplir estrictamente lo que diga la Constitución y el Gobierno de turno.

El Ejército, también, debe velar por la seguridad exterior. Cuando hablamos de seguridad exterior nos referimos no solo a las amenazas que puede sufrir nuestro país de países que no están en el entorno de la Comunidad Europea o de la OTAN, sino también la seguridad que afecta a todos estos países. De ahí las misiones que se nos encomiendan en Afganistán, Libia, Siria, etc. En todas estas misiones se busca la seguridad y, precisamente por ello, se lucha contra los que pueden desactivar la convivencia. Hay otros motivos que no es el momento de recordar, pero en todo caso el Ejército cumple con la obligación que le asignan los políticos.

La tercera idea que hace que se movilicen las fuerzas del Ejército es la paz. Parece que hay una contradicción entre Ejército, sinónimo de guerra, y paz, pero el mismo adagio lo indica: *si vis pacem para bellum*, "si quieres la paz, prepara la guerra". Guerra y paz van unidos y esto lo saben muy bien nuestros militares. No se puede pedir la paz cuando no se neutraliza a los espíritus disidentes, cuando cada uno puede hacer su voluntad sin que nadie le corrija ni le intimide; no se puede pedir la paz cuando se conculcan los derechos de los demás y se anteponen los derechos a los deberes; no se puede pedir la paz cuando desde niño se educa en el espíritu de guerra y se hace saber que los otros son nuestros enemigos a los que hay que vencer y, si se puede, destruir y aniquilar. Por eso son muy importantes las misivas de paz de nuestro Ejército: misivas para construir escuelas y educar; misivas para hacer hospitales y curar; misivas para hacer carreteras y movilizarse. No es que nuestro Ejército tenga que hacer todas estas cosas, no es una ONG, pero ellos son los que deben poner las bases para que todo esto se realice.

Así pues, el Ejército no está para matar aunque lo crean algunos, sino para salvaguardar la unidad territorial, evitar atropellos y poner las bases de la paz. Si todos los hombres fuésemos buenos por naturaleza no serían necesarios los Ejércitos, pero sucede todo lo contrario. Cada uno de nosotros queremos mandar a los demás y, si es posible, suplantar las tesis de la convivencia por nuestras propias ideas. La vida siempre ha sido una lucha de poderes. De ahí la presencia de los Ejércitos, y garantizar el poder de los que están al frente de él ha sido una misión del Ejército. No voy a hacer un repaso histórico de quién ha ostentado el poder y cómo los Ejércitos lo han legitimado; basta asentar los principios del presente. El Ejército, nuestro Ejército, está para defender la democracia,

para legitimar que el poder no viene de Dios sino del pueblo, y poner los medios para cumplir con este principio recogido en nuestra Constitución. Si no hay un poder físico por encima del poder verbal, es imposible que se cumplan los principios de la convivencia. No valen las palabras para convencer, hay que apelar a los hechos. El Ejército actúa primero con palabras y después con hechos si no queda más remedio.

Algunos han apuntado que ha cambiado la relación entre Ejército y sociedad. Antes, los Ejércitos se debían más que nada a salvaguardar la unidad territorial y hoy son unos servidores de la sociedad; aun así, las relaciones entre Ejército y sociedad son oscilantes. Para que la sociedad apruebe la intervención del Ejército se deberán cumplir al menos estas tres premisas: que existan principios y valores normativos que avalen esa intervención; que se dé un apoyo social expreso y no tácito de los grupos políticos, y que se obtengan los resultados apetecidos (citado por Ajangiz, R., 2002, 98). Aun así, no hay garantías de que la sociedad apoye las actuaciones del Ejército. Unas veces, porque se anteponen los principios de la paz a los de la guerra y otras, porque se considera que el Ejército no debe convertirse en una fuerza humanitaria. Todo ello viene a demostrar que hay una ruptura entre el Ejército y la sociedad, o al menos esto es lo que demuestran las encuestas.

Insistimos en esa ruptura puesto que hay una tercera parte de los encuestados que ha tenido una relación directa con las Fuerzas Armadas: bien porque es militar, la minoría; bien porque ha hecho el servicio militar, la mayoría, o bien porque trabaja con los militares, un grupo insignificante.

Es lógico que una parte de ellos opine a favor del Ejército, bien por convicción, bien por conocimiento, bien por interés. Si deducimos la opinión de este colectivo, hay un sentir general que señala que sobra el Ejército en nuestra sociedad: no se entiende que en el mundo haya Ejércitos encargados de la violencia organizada y que encima tengan sus gastos y sus partidas en los presupuestos generales; es una institución innecesaria que había que suprimir. Por eso, a la hora de recortar los presupuestos de gasto del Estado, la mayoría de los jóvenes piensan en los militares y en el Ejército.

Desde luego, hay que resaltar que la sociedad tiene una imagen equivocada del Ejército, aunque apela a él cuando le necesita y esta imagen negativa del Ejército se ha producido porque nos hemos formado una opinión equivocada de lo que ha hecho esta institución a lo largo de la historia. No se ha resaltado su aportación a la convivencia y a la paz sino que se ha hecho alusión únicamente a los enfrentamientos y a la violencia. Es verdad que detrás de los conflictos aparecían ambiciones de los reyes, pero no es menos cierto que el pueblo se veía perjudicado por ello.

Este extremo queda patente en la difusión de ideas que han hecho los historiadores sobre las guerras y la participación de los Ejércitos. Se

margina la importancia del conflicto en sí y del Ejército que sale victorioso y nada se dice de la paz que se genera posteriormente.

Aunque desde entonces han pasado muchos años, la sociedad no ha integrado, sobre todo los jóvenes, el actual Ejército pues piensa que es una rémora del franquismo que hay que superar. Si bien el Ejército y los militares se han preocupado de ser portavoces del Gobierno de turno y del pueblo, la sociedad no ha entendido este mensaje. Ellos se esfuerzan por cumplir con la misión que se les encomiende y de hecho se han incorporado con éxito a la UE y a la OTAN, pero el pueblo no termina de ver el cambio. Como consecuencia, el Ejército no ha entrado de lleno en nuestra sociedad para cumplir en ella la misión que le es propia.

La desvinculación del Ejército con la sociedad se ha hecho más profunda una vez que se ha profesionalizado. Antes, mal que bien, había una relación del Ejército con la sociedad, relación que en la actualidad se ha roto. No entro a analizar si esta medida ha sido buena o mala, simplemente resalto que hasta que se profesionaliza el Ejército los jóvenes debían prestar los mejores años de su vida, aunque suponían una interrupción en su trabajo, al Ejército. Lo de menos eran los años que deberían prestar el servicio, lo importante era saber que nuestro Ejército se nutría de la sociedad y de la parte más sensible de ella.

Prueba del poco interés de la sociedad por nuestro Ejército es la baja estimación que tiene ser soldado. A pesar del paro, y sobre todo del paro joven, muy pocos quieren ser soldados y un porcentaje elevado se recluta entre jóvenes de otras nacionalidades. No existe lo mismo para puestos de funcionario ni de otras profesiones, aunque tengan una baja estimación social y no se caractericen por sus altas remuneraciones. La demanda en este caso suele superar a la oferta, lo contrario que pasa en el Ejército.

La importancia de los medios en la visión que tiene la sociedad del Ejército

Tenemos que preguntarnos una y otra vez por qué nuestros jóvenes no quieren ser militares cuando los puestos de trabajo en nuestra sociedad son tan escasos. Puede ser que influyan la disciplina y la obediencia, pero hay algo más, y es el rechazo a una institución que no acaba de verse como un bien para la sociedad. Esto obliga a los militares a difundir la misión de esta institución. Si la mayoría, y sobre todo los jóvenes, están equivocados hay que demostrarlo. No es suficiente ser bueno, hay que parecerlo y para ello hay que dar a conocer a través de los medios la importancia de esta institución.

Hablar de los medios nos lleva a indagar en dos ámbitos de difusión: en lo que hace el propio Ejército y en el conocimiento que tiene de él la so-

ciudad, y, en segundo lugar, preguntarnos por la difusión que hacen los medios, llámense los periódicos, la radio o la TV, de actividades del propio Ejército y de la opinión que se vierte hacia los ciudadanos.

En relación al primer punto, poco o nada sabe nuestra sociedad de lo que se realiza en el interior de nuestro Ejército. La información actual está centralizada y llega a la opinión pública a través del ministro de Defensa. Antes, la mayoría de jóvenes pasaban por el Ejército y obtenían una información, aunque fuese leve, de los principios básicos que sostenían a nuestro Ejército; ahora, ni eso. Por otro lado, las publicaciones que se hacen dentro del Ejército son endogámicas y apenas intentan informar a la población. Dar un nuevo rumbo a los gastos en propaganda y difusión es una obligación de nuestro Ejército; desde luego, una de las primeras obligaciones es informar a la sociedad.

Sin dinero no hay difusión, y sin dinero es imposible comunicar a la sociedad la importancia de nuestro Ejército. Se hace propaganda para reclutar soldados pero nada se dice de la bondad de esta profesión ni de la virtud para la sociedad. Conocer lo que el Ejército ha significado a lo largo de la historia y su importancia es hoy una obligación de nuestra sociedad, y también del Ejército, porque debe tener la obligación de comunicar a la sociedad por qué es necesaria la formación y la investigación. Ambas son necesarias para que el ejercicio del poder se produzca de una manera cada vez más racional, y es obligación de la sociedad conocer la importancia de sus instituciones para valorarlas y respetarlas.

No se trata de que cada uno de nosotros conozca los pormenores de esta institución, sino de que haya difusión de por qué y para qué sirve. Cada uno de nosotros debemos conocer los mínimos, y el que quiera saber algo más debe poder hacerlo con la información disponible. Esta es una tarea que afecta a nuestro Ejército y a la sociedad en general; es necesaria la presencia en los medios.

El Ejército debe velar para que los ciudadanos tengan un conocimiento de lo que hacen los soldados y los militares en tiempos de paz. El conocimiento de los ciudadanos no viene garantizado porque haya publicaciones especializadas sino porque esta institución aparezca en los medios, en los periódicos, en la radio y en la televisión. Sin un conocimiento de esta institución es imposible valorar la importancia para la sociedad.

Los primeros que deben valorar la importancia del Ejército para la sociedad son los propios militares, ellos son los primeros en difundir las ideas, y su convencimiento debe verse hacia el exterior. Ellos, que constituyen el eje de esta institución, deben expresar con claridad lo que piensan de los hechos. ¿Por qué en las tertulias de la TV hay periodistas, economistas, abogados, sociólogos y apenas hay militares? Miento, alguno aparece cuando está jubilado. ¿Por qué no aparecen militares dando explicaciones de las intervenciones nacionales o internacionales como dan

su opinión los periodistas, los economistas o los políticos? Seguro que antes de intervenir se les ha preguntado por la intervención y la sociedad tiene derecho a saberlo. ¿No deberían explicar ellos mismos los conocimientos que tienen y se les exigen, las carreras cursadas y los idiomas que conocen? ¿No deberían explicar los ascensos y la capacitación exigida para ocupar un determinado cargo? ¿Por qué cuando se repliegan o se incrementan los activos no son ellos mismos los que señalan a la sociedad los motivos?

Resulta totalmente necesaria una presencia del Ejército en los medios de nuestra sociedad, la presencia no tiene por qué estar circunscrita a los momentos en los que se hacen anuncios para reclutar soldados. La presencia debe normalizarse y afectar no solo a los que se jubilan y pueden opinar, sino a todos los militares; debe extenderse a dar a conocer esta institución y la opinión en asuntos fundamentales de las principales cabezas. Es verdad que dentro del estamento militar cada uno tiene su opinión pero a la hora de expresarla cada cual no puede decir lo que le parezca, sino que debe haber una opinión conjunta, pero una opinión. En el Ejército debe pasar lo que acontece en los partidos políticos o en el Gobierno, en los que todos los que hablan son de la misma opinión aunque lo hagan a título personal.

En conclusión, debe darse a conocer lo que representa esta institución para la sociedad. Antes, con el servicio militar los jóvenes conocían el Ejército por dentro y tenían una opinión, buena o mala. Algunos recuerdan estos años como los mejores de su vida, otros los peores, y para algunos pasaron casi desapercibidos; menos mal que hicieron amigos y a esos sí les recuerdan. Ahora también tenemos una opinión pero con gran desconocimiento de lo que significa esta institución para la sociedad. En todos los países, y a lo largo de toda la historia, ha habido un Ejército; por algo será. Pero lo importante es la relación entre Ejército y sociedad, pues no existiría la sociedad sin el Ejército como tampoco se necesitaría Ejército sino hubiese hombres y convivencia en sociedad. Y aunque algunos piensan que habría que dismantelar el Ejército porque se trata de una institución innecesaria para la sociedad que acarrea gastos, esto es solo una opinión, tanto el Ejército como la sociedad son instituciones necesarias, y en cada momento habrá que definir su virtualidad: si la defensa del territorio o el orden, la buena convivencia y la paz para la sociedad; si la guerra o solamente la guerra preventiva para apaciguar los ánimos de los que atacan.

De todo ello tienen que hacerse eco los medios y mentalizar a nuestra sociedad de estos valores. Los medios tienen que dar a conocer lo que hacen los militares: sus investigaciones, sus valores, su disciplina, el orden, el principio de jerarquía. Y lo tiene que hacer la sociedad. Decir sociedad es referirse a los periódicos, a la radio y la TV. No se debe informar sobre el Ejército únicamente cuando se envían soldados a un territorio o haya

habido un acontecimiento luctuoso; el Ejército es más: como hemos señalado, difícilmente puede haber dentro de nuestra sociedad orden, seguridad, armonía, convivencia y paz si no existe una fuerza superior a la que denominamos Ejército. Para que el Ejército entre de lleno en nuestra sociedad se debe romper la endogamia como se ha hecho en otras profesiones. Nadie duda de que los jóvenes quieren ejercer la profesión de jueces, abogados del Estado, registradores, notarios, profesores, etc., pero solo unos pocos quieren ser militares. ¿Por qué esta distinción? ¿Por qué este rechazo de la carrera militar y sus escalas?

Algo habrá que hacer para que la sociedad tenga una buena opinión de nuestros militares como la tiene del médico, del abogado, del comerciante y del bombero. Si se cambia la opinión se puede pedir a la sociedad la financiación de esta institución: se puede pedir innovación, adaptación a los tiempos de nuestros Ejércitos, capacitación de nuestros militares, etc., de otro modo no se justificará el gasto y solo unos pocos lo verán como bien empleado.

Conclusiones

El Ejército es una institución totalmente necesaria para la sociedad. Sin Ejército no existiría sociedad. Así como la sociedad ha cambiado en el tiempo y en el espacio también lo ha hecho el Ejército. Desde los hidalgos hasta la contratación de mercenarios, pasando por los voluntarios, el Ejército conscripto y, finalmente, el Ejército profesional, se observan profundos cambios que han afectado a la sociedad y al Ejército, antiguamente vinculado a la Monarquía absoluta y más recientemente a la Monarquía constitucional.

Se puede decir que las actuaciones del Ejército no siempre han contado con la aprobación de la sociedad. El Ejército ha servido tradicionalmente a los que ostentaban el poder, cuando no él mismo se ha querido constituir en autoridad suprema dejando de lado la opinión de la gente con esta institución. Con la instauración de la democracia y la aprobación de la Constitución, el Ejército ha cambiado, como lo ha hecho toda la sociedad.

Si bien a lo largo de las páginas que anteceden se ha demostrado la importancia del Ejército para la sociedad, no basta con el hecho en sí, es necesario que también lo reconozca la sociedad. Nuestra sociedad ha dictado sentencia y prefiere un Ejército profesional a otro voluntario, delega en unos mandos especializados la defensa territorial y todo lo vinculado al orden, a la convivencia y a la paz, pero no está claro que nuestra sociedad no quiera al Ejército. Por supuesto que no quiere que nuestro Ejército sea especialista en ganar guerras, pero sí estima como valor vivir en paz, para lo que es necesario que se superen las contradicciones que embargan a nuestra población. Queremos el orden, la buena convivencia

y la paz pero sin Ejército, y esto no es posible. En cada país, así lo avalan los hechos, debe haber unas Fuerzas Armadas que velen por el orden, la convivencia y la paz; pero esto es imposible si no hay una legitimación en la sociedad.

Todo ello nos lleva a señalar que sin una difusión adecuada es imposible que nuestra sociedad supere las contradicciones y valore la importancia de nuestro Ejército. Se debe dar a conocer lo que hace nuestro Ejército durante el tiempo que no hay guerras y florece la paz y, también, las misiones del Ejército cuando aflora el conflicto o hay que pacificar determinados territorios. No nos olvidemos de que en la actualidad los Ejércitos no son solo nacionales sino también internacionales. Por eso, intervienen en conflictos que se libran más allá de nuestras fronteras; pero deben estar también preparados para sofocar los conflictos internos.

Bastaría el desarme para que otros, los mejor dotados militarmente, actuaran sometiendo a nuestra población, y no se contentarían con la sumisión territorial sino que nos obligarían a vivir con otros principios y con otros valores. Pensamos que esto no va a suceder nunca pero miremos la historia y veremos que después de largos periodos de paz ha habido también conflictos nacionales e internacionales. Prevenir es curar y para ello debemos cuidar nuestras Fuerzas Armadas. Lo mejor es que no pase nada y si al final llega el momento y tienen que actuar, es necesario que lo hagan con total garantía.

Siempre habrá personas de la sociedad civil que por sus intereses obligarán al pacifismo, pero ante tal insinuación debe prevalecer la opinión de la mayoría que quiere un Ejército profesional para salvaguardar su seguridad y, en definitiva, la paz.

El Ejército debe penetrar en nuestra sociedad y qué mejor manera de hacerlo que mostrar a la sociedad la vida militar. Los militares siempre han creído en las virtudes de la vida militar: el respeto, la jerarquía, la obediencia, el amor a la patria, el valor de los símbolos, la unidad territorial, la importancia de las leyes, los derechos y los deberes, etc. Más aún, se puede decir que esta institución ha pervivido, a pesar de los cambios, porque no ha cuestionado estos valores. Pero el Ejército es una institución social y si evoluciona lo hace al ritmo de la sociedad, en respuesta a las nuevas demandas de la sociedad. Por eso ninguno sabemos las misiones futuras de nuestro Ejército aunque intuimos que seguirá habiendo Ejército si se mantienen las virtudes que han acreditado a esta institución hasta los últimos años.

Llevar a la sociedad determinados comportamientos del Ejército es un deber de los militares. Valores militares como la obediencia, la autoridad de los mayores, el esfuerzo y el sacrificio o el servicio a los demás hoy son valores de los que precisa nuestra sociedad para mantenerse y evolucionar. No se trata de que la sociedad valore al Ejército, sino de que este

valor se sustente en el reconocimiento de lo que son los militares y lo que hacen, pero para ello es necesario que haya relación: la sociedad debe conocer a los militares y los militares deben trabajar para la sociedad. Ni los militares deben imponer a la sociedad la jerarquía de sus valores (Riaza Ballesteros, 1986, 78) ni la sociedad rechazar sin más los valores de esta sociedad como antiguos y obsoletos. Ahí está el secreto, en el entendimiento y en la legitimación externa. El periódico *La Razón* inicia una etapa nueva en este aspecto, así lo manifiesta en la edición del 22 de marzo de 2012 en la página 10 con el artículo titulado "Hay que rescatar principios", donde resalta que "la tolerancia no puede ser la misma, el servicio a la patria ya no es el mismo; hay que reenfocar la relación de los ciudadanos con el Ejército y con la lealtad nacional. Estamos en un momento apasionante". Esperamos que el futuro nos dé en este campo muchas alegrías.

Bibliografía

- JANGIZ, Rafael: "El servicio militar obligatorio en el siglo XXI". CIS, *Cambio y conflicto*, número 196/2003.
- Revista Reis*. CIS, número 36/1986.
- DÍAZ ALEGRÍA, M.: *Ejército y sociedad*. Madrid: Alianza Editorial, 1972.
- DIEZ NICOLÁS, Juan: "La transición política y la opinión pública española ante los problemas de la defensa y hacia las Fuerzas Armadas". *Revista Reis*. CIS, número 36/1986,
- FERNÁNDEZ SEGADO, F.: "Fuerzas Armadas-sociedad: del mutuo aislamiento a la progresiva integración". *Revista Reis*. CIS, número 36/1986.
- JANOWITZ, M.: *The professional soldier. A social and political portrait. The Free Press Paperback*. Londres: MacMillan, 4.ª impr., 1968.
- GARCÍA SANZ, B.: *Los campesinos en la sociedad rural tradicional*. Diputación de Valladolid, 1989.
- GARCÍA SANZ, B.: *Vara de Rey: Semblanza histórica de un pueblo rural*. Diputación de Cuenca.
- GARCÍA SANZ, B.: *Canalejas de Peñafiel. Historia y futuro de un pueblo rural*. Ayuntamiento de Canalejas, 2011.
- MARTÍNEZ PARICIO, Jesús Ignacio y DE MIGUEL AMANDO: *Servir al Rey (recuerdo de la mili: 1938-2001)*. Editorial Oberón, 2005.
- MARTÍNEZ PARICIO, Jesús Ignacio: "¿Servicio militar obligatorio? ¿Servicio militar voluntario?". *Revista de estudios de juventud*, 27/1987.
- MARTÍNEZ PARICIO, Jesús Ignacio: *El Amando*. En estudio, 2012.
- PEREZ-DÍAZ, Víctor: "Encuesta sobre la vida militar". *Boletín informativo de Salamanca*, 1964.

PÉREZ-DÍAZ, V., Rodríguez, J. C. y Mezo, J.: *La crisis y las autonomías*. FUN-CAS, 2012.

RIAZA BALLESTEROS, José M.ª: "Los jóvenes españoles y la institución militar." *Revista Reis*. CIS, número 36/1986.

La crisis económica: ¿causa o consecuencia?

Vicente Hueso García

Capítulo tercero

Introducción

Sí, es cierto: el mundo occidental, o más exactamente, la civilización occidental, representada por sus dos principales polos, la Unión Europea y los Estados Unidos, se encuentra inmersa en una profunda crisis que rebasa, sin lugar a dudas, a la crisis de 1929, la Gran Depresión. Hay quien afirma que es la peor crisis del continente europeo después de la que precedió a la 2.^a Guerra Mundial.

En esta crisis económica están en juego muchas cosas, entre otras, el estilo de vida representado por el Estado de bienestar que ha sido divisa incuestionable de la sociedad occidental junto con valores y principios tales como democracia, libertad, igualdad y derechos humanos.

La mayoría de las generaciones de nuestro mundo desarrollado (por debajo de los 30-35 años) no había conocido en primera persona una crisis económica. Es más, hasta ahora las generaciones posteriores siempre gozaban de mejor nivel de vida que las anteriores. Por el contrario, ahora observamos que como consecuencia –directa o indirecta– de la crisis de esta segunda década del siglo XXI, esa cadena se ha roto. Una parte importante de generaciones, especialmente las más jóvenes en edad de integrarse en el mercado laboral, se encuentran atrapadas en un callejón de difícil salida. De hecho, la sabiduría popular no ha tardado en darles diferentes denominaciones, como los “ni-ni” (ni estudia ni trabaja) o las generaciones perdidas, que reflejan en cierta manera esa realidad.

Esta situación tendrá efectos a corto plazo pero sobre todo a medio y largo plazo. Esa crisis cambiará sus estilos de vida y muy posiblemente tendrá repercusiones en la organización política, social, económica y de seguridad que, a su vez, se reflejará en los valores de la nueva sociedad que ha de venir.

La pregunta clave es si esa crisis económica es solo de naturaleza económico-financiera y, por tanto, el tratamiento político y económico de la misma permitirá recuperar la senda del crecimiento hasta los niveles de desarrollo anteriores o, por el contrario, como apuntan otras tesis a las que el autor de este trabajo se suma, la crisis es una consecuencia de algo más profundo como resultado del agotamiento del modelo occidental, y de manera más exacta la civilización occidental, en relación con otras civilizaciones.

Diferentes teorías sobre las civilizaciones, entre la que destaca la de Arnold Toynbee en el Estudio de la Historia, vienen a indicar que las civilizaciones se desarrollan pasando por un tiempo de dificultades o conflicto hasta llegar a un Estado universal y luego a la decadencia y desintegración. Existen ciertos indicios que apuntan a que Occidente se encuentra en la fase de decadencia.

Ahondando en esa hipótesis, se observa que la crisis económica no es mundial, es ante y sobretodo occidental. Otros países, sociedades y, si se quiere, civilizaciones se encuentran en fase de crecimiento económico durante un largo periodo de tiempo. Por otro lado, diferentes indicadores socioeconómicos muestran una tendencia descendente de la sociedad occidental con respecto al resto del mundo y sobretodo un desplazamiento de la influencia geoestratégica del Atlántico al Pacífico.

Si las sociedades modernas occidentales se encuentran en un periodo de decadencia como parte de la civilización de la que forman parte, eso supone que la crisis económica es una manifestación de esa decadencia y, por tanto, nos va a tocar vivir momentos de confusión y convulsión. Un adecuado diagnóstico de la situación llevará a determinar con mayor eficacia el tratamiento a aplicar, aunque este solo sea paliativo. El ser consciente de este hecho permitirá gestionar mejor ese declinar del mundo occidental con respecto al resto del mundo, evitando que el descenso sea incontrolado y, por tanto, traumático.

La Unión Europea frecuentemente es el blanco de las críticas de esta crisis. Sin embargo, la UE es un proyecto en fase de construcción, una organización inacabada que en pleno proceso de desarrollo ha sido bombardeada por diferentes frentes y ahora está tambaleante, no sabe dónde refugiarse.

La falta de comprensión de una organización que representa la identidad de los europeos requiere su análisis porque de ella ha dependido y de-

pendará en el futuro la estabilidad y la seguridad de Europa en su más amplio sentido. Europa no se concibe sin la Unión Europea en ninguno de los ámbitos, ya sea político, económico, social o de seguridad y defensa. Por todo lo anterior, se estudia también en este trabajo a la UE.

En tiempo de crisis y, aún más, de convulsiones, todo se cuestiona y se somete a la crítica: los valores que sustentan nuestras sociedades, las instituciones que las gobiernan, etc. Si tenemos en cuenta la tesis de partida, los grandes cambios que se producen en la sociedad, políticos, económicos y sociales, afectan a las sociedades y a sus organizaciones y estas, a su vez, se reflejan en los valores de los ciudadanos y en sus profesiones.

En tiempo de mudanzas, cuando la confusión se apodera de la ciudadanía y el margen para el proselitismo aumenta, proponiéndose fórmulas antiguas ante nuevos desafíos, es necesario fijar los conceptos básicos que sirvan de base sólida para seguir avanzando en la comprensión del problema y, llegado el caso, en la solución del mismo.

Cuando un barco, llamado civilización occidental, empieza a tener vías de agua es muy difícil taponarlas porque si la causa es por el mal estado del casco, en el momento que haya un nuevo golpe de mar, se abrirán nuevas vías. Por tanto, será necesario o bien cambiar de barco o llevarlo a dique seco.

Estamos viendo que en la sociedad occidental, y dentro de ella en aquellos países que más están sufriendo la crisis, esta se afronta desde la rigidez, nadie quiere perder cuotas de poder ya sea político, económico, social o laboral. Para ello, se intentan afrontar los nuevos problemas –las vías de agua– de manera parcial y en muchos casos de modo corporativista para evitar una disminución de poder en sus respectivos ámbitos de influencia, generando nuevas vías de agua en el sistema.

Con el fin de afrontar esta situación de crisis posiblemente habrá que llevar a cabo cambios radicales que se podrían calificar casi de revolucionarios en todos los órdenes. Es evidente que esto también afecta a la institución militar, tanto en la forma de estructurarse, organizarse y de coordinar con otros actores como en los modos y formas de acción. Quien crea que esta situación es temporal y basta con resistir, adoptando un perfil bajo y realizando ligeros cambios para maquillar la imagen, está condenado al fracaso.

El ámbito de la seguridad y la defensa estará sometido a las mismas tendencias que el resto de los cambios que operan en la sociedad. En la medida que las amenazas son cada vez más globales, la respuesta tiene que ser también global. Los recortes generalizados en los presupuestos del Estado conducirán, una vez más, a “racionalizaciones” del sistema de defensa que afectarán a sus capacidades y, a su vez, a la estructura y

organización de su componente principal, es decir, las Fuerzas Armadas de los Estados, en este caso occidentales.

La cuadratura del círculo solo será posible por medio de la complementariedad de los medios entre aquellos que comparten alianzas y organizaciones de seguridad. De alguna forma, se requerirá liberar cierta dosis de poder político a favor de terceros representados por las organizaciones de seguridad, a pesar de la sensibilidad de las poblaciones por estos asuntos.

El declinar de nuestra civilización

Desde que a principios de siglo xx John Hay, secretario de Estado del presidente Theodore Roosevelt, dijera que *"el Mediterráneo es el mar del pasado, el Atlántico es el océano del presente y el Pacífico el océano del futuro"*, paulatinamente este vaticinio se ha ido cumpliendo.

En efecto, existe una percepción cada vez mayor de que lo que denominamos "el mundo occidental" está en proceso de declive. Ese sentimiento aflora más todavía cuando, como ahora, estamos sumergidos en una de las peores crisis, sino la peor, de nuestra historia posmoderna.

A la hora de analizar si los hechos respaldan esa percepción, es necesario establecer una unidad de comparación. Para este caso, el Estado, aunque sigue siendo el actor principal en la sociedad internacional, es insuficiente porque el mundo occidental va más allá de una pluralidad de Estados como organización política. Tampoco existen organizaciones internacionales regionales de magnitud similar a la Unión Europea que sirvan de comparación con la misma en todos los órdenes. Por tanto, la unidad de análisis que se considera más adecuada es la civilización.

El concepto de civilización está identificado fundamentalmente con el de cultura y por tanto, lo que se plantea en este trabajo es si la crisis económica en el mundo occidental es como consecuencia de una causa más profunda asociada a la cultura y a los valores. Desde que en 1993 Samuel Huntington publicara en la revista *Foreign Affairs* el artículo titulado "The clash of civilizations?" ("¿El choque de las civilizaciones?") y su posterior libro *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*¹, se ha reforzado el estudio de la civilización como unidad cultural más amplia en el mundo, al margen de las reacciones y los comentarios que surgieron como consecuencia de las tesis expuestas en el libro.

El concepto de civilización, según Braudel, surge a lo largo del siglo xviii e inicialmente se identificó con la *forma de vida y los conocimientos de las*

¹ En este apartado se recogen y refutan la principales hipótesis de Huntington sobre las civilizaciones para analizar el estado actual de la civilización occidental.

sociedades avanzadas, contraponiéndose al término de *barbarie* que se atribuía a la *forma de vida y los conocimientos de los pueblos colonizados o más atrasados*. Durante el siglo XIX los europeos dedicaron mucha energía intelectual, diplomática y política a elaborar los criterios por los que las sociedades no europeas se podían juzgar suficientemente civilizadas para ser aceptadas como miembros del sistema internacional dominado por los europeos.

Con el paso del tiempo se hablaba cada vez más de civilizaciones en plural. Samuel Huntington señala que “una civilización es la entidad cultural más amplia. Aldeas, regiones, grupos étnicos, nacionalidades, grupos religiosos, todos tienen culturas distintas con diferentes grados de heterogeneidad cultural”². Así, una civilización es el agrupamiento cultural humano más elevado y el grado más amplio de identidad cultural que tienen las personas, si dejamos aparte lo que distingue a los seres humanos de otras especies. Se define por elementos objetivos comunes, tales como la lengua, la historia, la religión, las costumbres, las instituciones y la autoidentificación subjetiva de la gente.

La cultura es el tema común que define a una civilización. En ella, además de lo señalado por Huntington, también se incluyen los valores, las normas y las formas de pensamiento a las que sucesivas generaciones han atribuido una importancia fundamental. Para este autor, la religión es una de las características esenciales de las civilizaciones.

Las civilizaciones no son, por el contrario, realidades políticas. Una civilización puede contener una o muchas unidades políticas de diferente orden. Igualmente, un Estado puede ser “multicivilizatorio”, es decir, una organización política puede abarcar más de una civilización. Otra característica de las civilizaciones, según Huntington, es que no tienen límites claramente marcados ni tampoco principios ni finales precisos. Sin embargo, las civilizaciones son entidades significativas y, aunque las delimitaciones entre ellas rara vez son claras, son reales.

Las civilizaciones no son permanentes, son como seres vivos, nacen, se desarrollan y, llegado el caso, desaparecen. El autor de la teoría del choque de las civilizaciones, al igual que otros estudiosos del tema, consideran que “aunque las civilizaciones perduran, también evolucionan. Son dinámicas; crecen y se derrumban; se funden y dividen; y también desaparecen y quedan enterradas en la arenas del tiempo”. En general, la mayoría de las teorías sobre las civilizaciones –eso sí, con diferentes matices– afirman que las civilizaciones se desarrollan pasando por un tiempo de dificultades hasta llegar a un Estado universal y luego a la decadencia y desintegración.

² HUNTINGTON, Samuel P.: “El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial”, Ed. Paidós, 1997.

La civilización es importante, esta es la tesis principal de Huntington, porque después de la Guerra Fría, el orden mundial basado en las ideologías ha dado paso a otro fundamentado en las civilizaciones. Las civilizaciones son y serán en este siglo causa de cohesión y de conflicto en el mundo, a pesar de que las civilizaciones no son realidades políticas en tanto que no mantienen el orden ni imparten justicia ni sostienen guerras ni tampoco hacen ninguna de las demás cosas que hacen los organismos estatales, pero sí puede afirmarse que condicionan a todas ellas.

Las civilizaciones contemporáneas, según Huntington, son: china, japonesa, hindú, islámica, ortodoxa, occidental, africana (posiblemente) y latinoamericana.

Nuestra civilización, la occidental, históricamente era la civilización europea. En la época moderna, la civilización occidental es civilización euroamericana o noratlántica. El término occidental incluye Europa y Norteamérica, más otros países procedentes de la colonización europea como Australia y Nueva Zelanda. En la actualidad tiene dos núcleos focales: Estados Unidos y la Unión Europea.

Se ha afirmado que la civilización es una entidad cultural y por tanto, existen unos valores que la identifican con respecto a otras. La civilización occidental tiene sus raíces principalmente en el cristianismo. Continuamente hablamos de los valores del mundo occidental o de la civilización occidental, estos valores se han sido considerados por los propios occidentales como valores universales; también modernización y progreso aunque de manera errónea, sobre todo en las últimas décadas, se han equiparado a occidentalización. En las negociaciones, en las políticas de desarrollo y en las relaciones comerciales, los países occidentales han condicionado frecuentemente las mismas a la promoción y respeto de valores como democracia y derechos humanos, que algunos han denominado y considerado valores occidentales.

En la medida en que una civilización es poderosa demográfica, económica, política y militarmente, se reafirma más en sus valores porque considera que son la base de su éxito y, consecuentemente, existe una mayor determinación a exportar esos valores a otros países y la aspiración a que los mismos se transformen en universales. En cierto modo, esa civilización busca transformarse en un "imperio universal", utilizando la teoría de la evolución de las civilizaciones de Quigley.

Por el contrario, cuando una civilización entra en declive, otras aspiran a ocupar el espacio que esta deja y también el resto del mundo cuestiona la cultura de la decadente civilización, mientras se van reafirmando los valores de las civilizaciones ascendentes como guías de éxito.

En definitiva, el declive de una civilización lleva también asociado el declive de sus valores. Lo contrario también es cierto, cuando los valores

de una civilización entran en crisis o se cuestionan los mismos, esa civilización está llamada a perder su importancia porque una civilización es cultura y los valores forman parte intrínseca de sus señas de identidad.

Antes de seguir avanzando en el análisis de la civilización, es conveniente que se identifiquen dos conceptos claves que son la base del razonamiento de este trabajo: cultura y valores. Cuando se habla de cultura nos referimos a la "totalidad de las normas sobre las que descansan las diversas transacciones de cualquier colectividad" (Shibutani, 1971). Víctor Pérez-Díaz le da una definición más operativa al decir que se entienden por cultura "valores y normas personificadas en prácticas humanas" (Pérez-Díaz, 2012). Los valores forman parte de la cultura y son principios y creencias que rigen el comportamiento de los individuos y que son compartidos por una cultura fruto de un consenso social.

¿Cuáles son los valores, de los que tanto hablamos, que son las señas de identidad y el legado de la civilización occidental? En el preámbulo del Tratado de Lisboa se declara:

Inspirándose en la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa, a partir de la cual se han desarrollado los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona, así como la libertad, la democracia, la igualdad y el Estado de derecho.

El artículo 2 del Tratado matiza los valores fundamentales de la Unión:

...respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de derecho y respeto de los derechos humanos, incluidos los derechos de las personas pertenecientes a minorías. Estos valores son comunes a los estados miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre mujeres y hombres.

De lo anterior se deduce que los valores que constituyen las señas de identidad de la Unión Europea como parte indisoluble de la civilización occidental son los siguientes:

- *Respeto a los derechos humanos.*
- *Individualismo (supremacía del individuo).*
- *Libertad.*
- *Democracia.*
- *Estado de derecho y el imperio de la ley.*
- *Pluralismo en todos órdenes.*
- *Igualdad y solidaridad.*

El asunto de las raíces cristianas de Europa levantó cierta polémica en la redacción del entonces proyecto de la Constitución de Europa, pero pensando en términos "civilitatorios", Occidente se conforma entorno a la religión cristiana y consecuentemente es un elemento importante en las

señas de identidad de la Unión Europea. A estos valores se podría agregar el Estado del bienestar.

En el citado preámbulo se indica que los valores mencionados son universales. Ello es el reflejo de la influencia de la civilización occidental en el mundo entero a partir del siglo xv hasta bien entrado el siglo xx. En 1800, los europeos controlaban el 35 % de la tierra firme del planeta. En 1878 el 67 % y en 1914, el 84 %. En el proceso de expansión europea, ciertas civilizaciones como la andina y la mesoamericana fueron prácticamente eliminadas; la hindú y la islámica quedaron sometidas, lo mismo que la africana, y se penetró en China, que quedó subordinada a la influencia occidental.

A principios del siglo xx, civilización era sinónimo de civilización occidental. El sistema y el derecho internacional eran el sistema westfaliano occidental; el sistema internacional era de corte occidental; las ideologías imperantes eran también occidentales; la estructura económica se basaba en la occidental, es decir, en la economía de mercado, y los valores que envolvían al planeta eran los procedentes de la civilización triunfante.

En la medida que Occidente sea más débil en relación con otras civilizaciones, se cuestionará más su cultura y valores y, además, será más difícil exportarlos. Esto también tendrá repercusiones en el ámbito interno, pues se crearán dudas y vacilaciones entre sus propios componentes sobre la idoneidad de esa cultura para encontrar soluciones a sus problemas.

En el siglo xxi, la civilización occidental es todavía la más influyente y sigue teniendo intereses en todo el mundo y, posiblemente, lo seguirá siendo durante algún tiempo. Sin embargo, en la medida en que otras civilizaciones como la sínica y la islámica aumenten su influencia en el mundo, lo que los occidentales denominamos universal los no occidentales lo verán simplemente como occidental. Valga como ejemplo el concepto de derechos humanos, para algunos propios de Occidente y que será cada vez más difícil que pueda ser asumido como universal por otras civilizaciones.

El hecho de que en repetidas ocasiones esos “valores universales” se hayan utilizado como instrumento para configurar y gestionar las relaciones con otros actores internacionales, ya sean estados, organizaciones o bien individuos, y, además, los criterios de aplicación hayan sido diferentes en función de las circunstancias y del actor a negociar, ha restado credibilidad a la hora de exportar los valores occidentales a otros mundos.

En definitiva, siguiendo el pensamiento *hungtintoniano*, el universalismo es la ideología de Occidente en sus confrontaciones no occidentales y señala este pensador: “Lo que para Occidente es universalismo para el resto del mundo es imperialismo”.

Poder es la capacidad o potencial para ejercer influencia. Capacidad para producir efectos en otros o el potencial para influir. La influencia origina el cambio de actitudes, valores, creencias o comportamientos de una persona, provocados por las tácticas de influencia. Las tácticas de influencia pueden ser muy variadas pero en términos de relaciones internacionales se basan en recursos económicos, militares, institucionales, demográficos, políticos, tecnológicos, sociales o de cualquier otra índole.

Los datos que a continuación se exponen indican que Occidente, a pesar de ser todavía la civilización más influyente, ha iniciado su declinar en relación con otras civilizaciones, especialmente con respecto a la sínica y a la islámica.

En lo que al territorio se refiere, en 1920, momento de mayor expansión territorial, Occidente disponía de 66 millones de km². En 1993, el control del espacio terrestre se había recortado en casi un 50 %, pasando a unos 33 millones de km².

Respecto a la población, en 1900, los occidentales constituían el 30 % de la población mundial y los Gobiernos occidentales controlaban el 45 %. En el 2001, esta situación había caído drásticamente, solo el 14 % de la población mundial pertenecía a la civilización occidental y se prevé que para el 2025 esta cifra baje hasta el 10 %. Occidente ocupa el cuarto lugar por población después de las civilizaciones sínica, islámica e hindú.

Si nos referimos al segundo foco de Occidente, la UE, su población apenas será el 6 % del total de la población mundial al final del primer cuarto de este siglo. A largo plazo, el envejecimiento de la población tendrá como consecuencia un déficit de mano de obra en muchos países desarrollados; sin embargo, este efecto tendrá sus plenas consecuencias a partir del 2030: el envejecimiento de la población europea podría causar un importante estrés al sistema social, económico y de seguridad de la Unión.

Otro aspecto clave para analizar en qué fase se encuentra una civilización es el análisis de los factores económicos. En 1928, la producción manufacturera de Occidente era el 84 % de la mundial. A partir de ese momento, la proporción de esta civilización fue declinando y en 1980 esta cifra estaba en casi el 58 %. Si hablamos en términos de PIB, en 1950 el porcentaje mundial que correspondía a Occidente era el 64 %, en 1992 el 49 % y en el 2011 baja hasta el 39 %.

Un cuarto factor es la capacidad militar que reúnen los estados y las organizaciones de seguridad y defensa pertenecientes a Occidente. Hoy pocos cuestionan que, si bien las civilizaciones no tienen una estructura política, influyen en configurar las relaciones internacionales. El poder militar es el atributo final más patente a tener en cuenta para valorar la capacidad de ejercer influencia en la comunidad internacional.

El poder militar de una civilización viene determinado por la capacidad de movilizar los medios y recursos militares así como de proyectarlos en apoyo a la política de los países y de las organizaciones de seguridad y defensa de una civilización. Normalmente, en la medida en que hay un estado líder, como es el caso de Estados Unidos en la civilización occidental, es más fácil aglutinar esfuerzos.

Si consideramos que la potencia militar es la resultante de tecnología, organización, volumen de hombres y material y apoyo social para el mantenimiento y empleo de esa fuerza, la civilización occidental, liderada por Estados Unidos y la OTAN, sigue siendo con diferencia, en este segundo decenio del siglo XXI, la más poderosa, pero también es cierto que desde hace casi 25 años los presupuestos de defensa de los países occidentales han ido cayendo paulatinamente y también hay una mayor resistencia por parte de la población para proyectar fuerzas militares fuera de las fronteras nacionales. La actual crisis económica de Occidente agudizará esta tendencia, al disminuir todavía más los presupuestos de defensa, limitando la capacidad operativa y aumentando la resistencia al empleo de fuerzas militares bajo diferentes mandatos de organizaciones internacionales.

Además, el envejecimiento de la población, principalmente de la europea:

...en las próximas décadas afectará inevitablemente al reclutamiento de las Fuerzas Armadas, especialmente de las profesionales y, por tanto, a su tamaño. Consecuentemente, la Unión Europea tendrá que elegir cuidadosamente sus compromisos militares, pues la expansión de misiones de apoyo a la paz de larga duración requiere habitualmente un considerable número de fuerzas desplegadas que unido a las propias necesidades nacionales de los estados miembros corren el riesgo de no poder cubrir todas las demandas de misiones PESD (Hueso, 2006).

Por otro lado, sirvan como ejemplo China, la India y Japón y en general los países del sudeste asiático, cuyos presupuestos de defensa han aumentado en un 33 % en la última década.

Como consecuencia de todo lo anterior, se puede concluir que, si bien debido a la superioridad tecnológica y organizativa junto con el liderazgo de los Estados Unidos como potencia militar Occidente sigue teniendo una importante superioridad militar en relación con ciertas civilizaciones y posiblemente será así al menos en el primer cuarto de siglo, los países líderes de otras civilizaciones están aumentando su capacidad militar de manera silenciosa pero firme.

Todos los datos expuestos atestiguan que la civilización occidental todavía es la más influyente en el mundo y lo seguirá siendo pero, por otro lado, también se aprecia que ha iniciado una fase de regresión, declinar

que no avanza describiendo una línea recta sino más bien una "s", en el que se alternarían fases de lento descenso con otras de una rápida desaceleración seguida por tasas reducidas de expansión y estabilización. Esto es más evidente en la dimensión económica.

Este probable ocaso no está predestinado y esto significa que las civilizaciones se pueden recuperar si son conscientes de ese declinar y capaces de aplicar el tratamiento adecuado. Muchas veces ese tratamiento es tan profundo que las generaciones del momento no son capaces de sacrificarse y prefieren prolongar su naciente agonía.

El mundo se ha globalizado y muchos países se modernizan, pero actualmente modernización no significa occidentalización, tal como pudo ocurrir entre finales del siglo XIX y principios del XX.

¿Es suficiente esta teoría para explicar la crisis económica actual que golpea principalmente a los países occidentales? Ciertamente no, esta hipótesis es condición necesaria pero no suficiente para explicar la actual crisis. La contraria tampoco es cierta, es decir, achacar la crisis actual solamente a factores meramente económicos.

La cultura y los valores de una civilización, organización internacional o país son claves a la hora de comprender las dimensiones políticas, económicas, sociales y de seguridad y defensa de las mismas, puesto que ellos marcan la conducta de las instituciones y de las personas que forman parte de la estructura social.

Cultura, valores y orden moral

La confianza es la piedra angular de cualquier empresa colectiva. Es muy difícil llevar acciones concertadas entre los individuos si no existe un mínimo de confianza entre ellos. Cualquier organización política, económica, social o de seguridad precisa de la confianza entre sus componentes para consolidarse y cumplir sus objetivos.

Diariamente llevamos a cabo acciones dentro de nuestras sociedades que están fundamentadas en ciertos sobreentendidos que son posibles gracias a la confianza: cuando un conductor circula por una calle, no frena cada vez que atraviesa una calle secundaria porque tiene confianza en que los otros conductores respetarán las señales de tráfico y de esa forma evitarán una colisión; cuando una persona entrega un donativo a una ONG para ayudar a otras desprotegidas es un acto de confianza, ya que considera que esa organización empleará su aportación económica a tal fin; el hecho de crear una empresa entre varias personas arriesgando parte de sus respectivos bienes e incluso el prestigio personal para obtener un posterior beneficio, solo es posible si hay un cierto nivel de confianza entre esos socios.

El tema más sensible de un Estado es su seguridad. Cuando un conjunto de países son capaces de poner total o parcialmente la seguridad en manos de un tercero, es decir, de una organización, es porque existe un alto nivel de confianza para llevar a cabo una seguridad compartida.

Ahora bien, si esos actos que se realizan diariamente, la mayoría de ellos rutinarios, los sacásemos fuera de nuestro ámbito, de nuestro Estado, de nuestra sociedad y los llevásemos dentro de otra cultura, dejarían de ser eso, rutinarios, y habría un período de observación con el fin de saber si podemos depositar una parte de nuestra confianza en el nuevo contexto o grupo social en el que vivimos. La falta de confianza, en definitiva, es claramente incompatible con el buen funcionamiento de una sociedad.

La confianza no brota de manera casual, hay que planificarla y construirla, y la cultura y los valores de una sociedad son los elementos sobre los que se edifica la confianza. En la medida que los ciudadanos de una comunidad compartan una cultura será mucho más fácil que exista confianza y, por tanto, existirán mejores condiciones para crear instituciones, conseguir objetivos comunes y afrontar las dificultades colectivas de cualquier índole.

Estamos viviendo en un periodo en el que uno se identifica más por lo que no es que por lo que es. Esto crea confusión. En un mundo global se aprecia una tendencia a infravalorar el papel del Estado en beneficio de organizaciones bien supranacionales o bien regionales; sin embargo, en ese proceso de diferenciación se olvida que la sociedad sea del tipo que sea, supraestatal, nacional o regional, requiere unos consensos que se plasman en valores, y esos valores no basta con reflejarlos en grandes declaraciones y en discursos solemnes, hay que practicarlos, es decir, hay que transformarlos en guías de comportamiento.

Eso significa, en primer lugar, consenso por parte de la sociedad o sociedades implicadas y luego transmisión, es decir, socialización de los mismos hasta que estén interiorizadas en los miembros de la colectividad.

Como la socialización nunca es perfecta, la sociedad tendrá que establecer mecanismos continuos de resocialización. Los valores, o de forma más general la cultura, tienen unas raíces y por tanto una historicidad. Aquellos valores que carecen de raíces e historicidad en una sociedad están condenados al fracaso.

Cuando en la sociedad en general hay fallos de funcionamiento, muchas veces se debe a la falta de valores compartidos. En estas ocasiones nos referimos a crisis de valores, pues sentimos que la mayoría de los individuos de esa sociedad no empujan en la misma dirección. Lo que realmente ocurre es que aquellos valores que asumimos que forman parte del conjunto de una colectividad han dejado de serlo. Normalmente, esos valores son reemplazados por otros que son estimulados por grupos so-

ciales en apoyo de sus intereses particulares; a ellos muchas veces nos referimos como antivalores.

Cuando una sociedad no promociona entre sus miembros sus valores se crea una anomia, una falta de regulación moral que lleva a creer que los fines justifican los medios. Por eso, dentro de la cultura de una sociedad debe existir un orden moral, orden moral que puede ser entendido como un valor en sí mismo o simplemente como el elemento que pone en contacto todo el conjunto de valores para constituir un entramado cultural de una sociedad.

En la sociedad existen normas formales e informales. Es muy difícil vigilar constantemente a cada individuo para saber si cumple o no con ellas. Muchas veces esas normas informales no son punibles legalmente pero son contrarias a la cultura o al orden moral de una determinada sociedad. La sanción al incumplimiento de las normas informales viene del propio individuo –pérdida de autoestima– y del resto de la sociedad –miedo a sentirse aislado por sus conciudadanos o a una disminución del prestigio social–.

Formando parte de los valores sociales debe existir un orden moral para asegurar el cumplimiento de una conducta moral consistente en un comportamiento que no tiene otra sanción que la idea que tiene el propio individuo de lo correcto y lo incorrecto (Shibutani, 1971).

Una sociedad que no practique su cultura a través de sus valores y que no sea capaz de transmitir un orden moral a sus miembros está condenada al fracaso. Cultura, valores y orden moral no pueden entenderse como contrarios a la modernidad, civilizaciones como la sónica se modernizan reforzando sus señas de identidad como base de su progreso.

Platón decía que si un barco no sabe a qué puerto se dirige, ningún viento le es favorable. Una sociedad, cualquiera que sea su manifestación política, que da la espalda a su cultura, valores y orden moral es inestable porque navega sin rumbo. Ser miembro de una colectividad, ya sea política, económica o de otra índole, significa compartir valores, así y solo así se podrá crear el nivel de confianza para el progreso de la misma.

Un caso paradigmático para apoyar la tesis expuesta es la situación de la sociedad rusa. Con la disolución de la antigua Unión Soviética y del régimen comunista, la sociedad rusa ha sufrido –y todavía persiste– un quebranto de los valores tradicionales. Esos valores estaban fundamentalmente asentados en los principios de la religión ortodoxa.

El comunismo dio paso a un periodo de transición desordenado y un debilitamiento de la Administración central, especialmente en la época de Boris Yeltsin, que favoreció que se instalara un capitalismo salvaje en donde “el todo vale” con tal de enriquecerse transformó a la sociedad

rusa, especialmente a la urbana, creando el sentimiento de que el fin justifica los medios.

Las autoridades rusas fueron conscientes de que un tipo de sociedad fundamentalmente materialista era inestable. La manera en que los políticos rusos en el poder afrontaron esa situación fue fomentando, en primer lugar, la cultura rusa partiendo de unas raíces comunes. La Gran Guerra Patria, así denominada por los rusos a la victoria sobre el Tercer Reich en la 2.ª Guerra Mundial, fue el principal punto de encuentro y de partida de esa sociedad y, de hecho, se celebra mucho más el Día de la Victoria que el de la Fiesta Nacional. Por eso, aquellos que intenten llevar a cabo un revisionismo de la historia reciente de Rusia pueden ser juzgados como traidores porque atentan a la raíz misma de esa sociedad.

El siguiente paso emprendido por el Gobierno ha sido promover los valores tradicionales rusos, que tienen como fundamento los principios de las religiones más importantes que se practican en Rusia. De ellas, obviamente, la principal es la ortodoxa. En ese sentido, a partir del próximo curso escolar 2012-13, los colegios rusos contarán con una asignatura más, denominada: "Fundamentos de las culturas religiosas y de la ética laica".

Este caso ilustra cómo cualquier sociedad, aunque cuente con importantes recursos de toda índole como es el caso de la rusa, requiere de un orden moral para que progrese. La recuperación de su cultura y valores de identidad de cualquier sociedad requiere un proceso intenso y cuyos efectos son siempre a largo plazo.

La Unión Europea como comunidad de valores

A la hora de abordar la crisis actual de Europa, el profesor Víctor Pérez-Díaz destacaba que "cuanto mejor sea la cultura moral de una sociedad, una cultura de la inteligencia y la virtud moral, mayor será su capacidad para resolver problemas..."³.

En la era de la globalización son muchos los que afirman que el Estado estaba en crisis. Esta organización política era muy pequeña para atender los grandes problemas de los ciudadanos y, por el contrario, muy grande para tratar los pequeños; por tanto, el Estado debía liberar poder político tanto por arriba –a organizaciones internacionales– como por debajo –a organizaciones regionales y locales–.

La realidad ha puesto de manifiesto que la globalización no estaba bajo control, no existía un entramado de organizaciones internacionales que

³ PÉREZ-DÍAZ, Víctor: Europa ante una crisis global. Ed. Gota, 2012.

controlara los principales actores de la globalización, y ante ese desorden en el campo de la economía y las finanzas ciertas organizaciones y empresas se han aprovechado de la desregulación existente.

En cierto modo, en los últimos años se ha observado que la economía se quería desgajar de la política. Sin embargo, el tratamiento de la crisis, tanto a nivel intergubernamental como estatal, está reafirmando que la búsqueda de una fórmula económica para solventar esta situación requiere también una fórmula política correspondiente que la sustente (Peter Hall, 2012).

En esta crisis todas las miradas convergen en la Unión Europea. Tanto europeístas como euroescépticos han encontrado en esta organización el elixir para lavar responsabilidades y también el lugar de encuentro para buscar soluciones. Continuamente se ha observado, sobre todo en los primeros compases de la crisis, una política del "sálvese quien pueda" por parte de ciertos dirigentes europeos al intentar recurrir a soluciones exclusivamente estatales.

La idea original de la Unión Europea era establecer un espacio de seguridad inspirado en la máxima de que "crear Europa es crear paz". Una vez descartada la idea de una Europa federal, la construcción europea se ha ido llevando a cabo siguiendo la reflexión de Schuman: "Europa no se hará de golpe ni en una construcción de conjunto; se hará a través de realizaciones concretas, creando en principio, una solidaridad de hecho".

Europa se ha ido edificando por medio de la integración por sectores, desde las áreas más fáciles a las más complejas. Empezando por los asuntos tales como los aduaneros y los comerciales hasta llegar a los temas más sensibles para cualquier estado como son los de seguridad. A lo largo de esa trayectoria, la UE, de una forma o de otra, ha ido aumentando su poder político a costa del Estado en áreas tan importantes como la comercial, la agraria o la monetaria.

Cuando el método, sin embargo, se ha cambiado o se ha pretendido acelerar ese proceso, el sistema se ha colapsado. Sirva como ejemplo la temprana propuesta (1951) de crear la Comunidad Europea de Defensa (CED) que consistía en el establecimiento de una administración militar central europea dotada de un presupuesto común y cuyo objetivo consistía en la racionalización de la fabricación de armamento, equipamiento e infraestructura, todo ello entre países que hacía menos de una década eran enemigos. El último fracaso fue el rechazo de la Constitución europea por parte de los ciudadanos de algunos de los estados miembros de la Unión.

Al día de hoy, la UE es una organización inacabada que se encuentra en pleno proceso de construcción y que busca la mayor integración política en todas sus áreas. Este proceso solo puede avanzar si existe confianza

entre los ciudadanos y, consecuentemente, entre los dirigentes políticos de los estados miembros.

Aunque los valores del conjunto de los miembros de la UE son los mismos, los reflejados en el Tratado de Lisboa, el espacio europeo está compuesto por una pluralidad de pueblos particulares con identidades particulares que son fruto de particulares trayectorias históricas y con particulares sensibilidades. Los países pueden alinear sus instituciones y sus políticas y aun así acabar obteniendo resultados muy diferentes dependiendo del significado concreto y la dirección específica que cada sociedad otorgue a esas instituciones y políticas. La cultura particular de cada sociedad estatal es fundamental en esa concepción (Pérez-Díaz, 2000). En cuanto al ámbito económico, a pesar de que el modelo de economía capitalista es común en ese espacio, dentro del mismo se dan múltiples variedades de ese modelo.

En definitiva, la evolución en la construcción de Europa se mide por el grado de confianza entre el conjunto de los ciudadanos europeos. Es más fácil que brote la confianza entre sociedades que son más igualitarias y donde existen importantes vínculos de solidaridad. De hecho, en el proceso de integración europeo se emplean dos importantes instrumentos para disminuir las diferencias sociales y de desarrollo: por un lado, la política agraria común para mejorar las rentas de los agricultores y, por otro, los fondos de cohesión que se invierten en aquellas zonas geográficas de menor desarrollo. Este sistema funcionaba bien hasta hace poco, al menos en lo económico, y ha permitido seguir avanzando en ese proceso asimétrico de integración.

Se afirma con demasiada ligereza que la Unión Europea ha fracasado en el tratamiento de la crisis. Esto no es cierto, la crisis ha golpeado a la UE en pleno proceso de edificación; en lo que respecta al sistema monetario, se había creado el euro y sus decisiones políticas respecto a la unión económica y monetaria (UEM) se encontraban bajo la égida de esa organización, pero faltaban por crear instituciones para coordinar con autoridad la política fiscal de sus estados miembros. El Pacto de Estabilidad y Crecimiento fue un paso, pero insuficiente.

También es verdad que la mayoría de los países eran reacios a liberar soberanía en este campo, en parte debido, una vez más, a la falta de un nivel adecuado de confianza y, también, por qué no decirlo, a una falta de liderazgo europeo para transmitir esa necesidad a sus respectivas audiencias.

La UE necesita desarrollar una sociedad europea, lo que se denomina de manera menos explícita "ciudadanía europea". Tal concepto puede y deber ser complementario al de las sociedades nacionales correspondientes. En lugar de hablar de coordinar intereses compartidos o de coordinar intereses entre los estados miembros, se deben identificar los intereses comunes de la Unión y trabajar por ellos.

Jean Monnet señalaba: "Haced que los hombres trabajen juntos, mostrándoles que más allá de sus diferencias y fronteras hay un interés común". El conocimiento de los respectivos pueblos europeos es fundamental a tal propósito. A pesar de que la Unión empezó su singladura en 1950, todavía existen tópicos sobre los ciudadanos en función de su procedencia territorial y eso denota falta de conocimiento y produce falta de confianza.

La crisis económica que hoy golpea el mundo occidental, principalmente en Europa, también es una crisis de confianza. En esta crisis, se han vuelto a recuperar los tópicos del pasado; de hecho, España intenta restaurar su imagen internacional que ha sido deteriorada como consecuencia de esta situación, de ahí la puesta en marcha de la "marca España".

Un pueblo, una sociedad que no crea en su cultura y en sus correspondientes valores está condenada al declive político, económico, social y de seguridad; el propio hecho de dudar de la capacidad de la cultura europea para superar la crisis en la que nos encontramos es agravar la misma. El hecho cierto es que la confianza se ha deteriorado y, por tanto, el gran esfuerzo es superar esa crisis de confianza. Se afirma que la UE ha avanzado a golpe de crisis, de hecho la última gran crisis institucional, la guerra de Irak, resquebrajó la coherencia interna, pero a posteriori supuso un nuevo avance en la construcción europea.

La Unión Europea es una organización inacabada que evoluciona en función de la confianza que los ciudadanos tienen entre ellos con independencia del origen de los mismos y de la credibilidad de las instituciones. En la medida que realmente sientan que comparten unos valores comunes será más fácil trabajar juntos y tratar problemas e intereses comunes.

El dispositivo de defensa en el contexto actual

Cuando un actor internacional, ya sea una civilización –técnicamente no es un actor pero tiene capacidad de influir en el sistema internacional–, una organización supra o intergubernamental o un Estado, muestre síntomas de debilidad de cualquier índole, en el caso actual por una crisis económica, otros intentan sacar ventajas al más puro estilo de la *realpolitik*, sondeando a través de diferentes estrategias hasta qué punto está dispuesto el actor en crisis a proteger sus intereses. Eso lo hemos visto recientemente en las relaciones España-Argentina en el asunto de Repsol, y posiblemente, por otros motivos y en otros escenarios, surgirán reivindicaciones similares.

La fuerza militar es siempre un componente central del poder nacional (Keohane y Nye, 1977). El dispositivo de defensa de un Estado existente depende del nivel de seguridad que se quiere alcanzar. Este, a su vez, es-

tará en función de los intereses nacionales, de la convicción de proteger su cultura, de las alianzas de las que forme parte y del grado de ambición de dicho Estado. A partir de ahí, surgen unos riesgos y amenazas que para ser eliminados o minimizados requieren la elaboración de una estrategia de seguridad en la que se incluya el desarrollo de capacidades militares necesarias para crear un dispositivo de defensa.

Un componente clave en la consolidación de ese dispositivo, además de los recursos económicos, humanos y materiales, es el apoyo de la sociedad. En tiempo de crisis todo se cuestiona, todo se somete a un revisionismo, y la función de defensa entra en reñida competencia con otras funciones básicas del Estado como la educación, la sanidad, etc. En ese periodo es cuando se pone a prueba la fortaleza de la sociedad y a sus representantes, es aquí donde entra el valor social de la defensa. Si una sociedad no sabe de dónde viene, en qué lugar se encuentra y a dónde quiere llegar, es muy difícil que sienta la necesidad de agregar al conjunto de sus valores el de la defensa.

Si el valor de la defensa está interiorizado en los individuos de una sociedad, entonces podemos hablar de una conciencia de defensa. A esa conciencia de defensa se puede haber llegado por factores emocionales y racionales. En caso de que ese valor no esté bien asentado, se buscará utilizar ese bajo nivel de conciencia de defensa para poner en oposición los gastos de defensa con los otros. Existirá la tentación, por parte de grupos o individuos, de ganarse las simpatías de los ciudadanos apelando a recortes drásticos en defensa por ser insolidarios y pocos útiles frente a otras necesidades del Estado y de sus ciudadanos. Sin embargo, si esa sociedad es madura y culturalmente fuerte, todo intento de ganar adeptos por medio del proselitismo estará condenado al fracaso.

La defensa es necesaria porque hay una identidad, hay un Estado como manifestación colectiva y una patria como comunidad de ideas. Los mecanismos de internalización de la cultura y los valores deben intensificarse, no hay nada más perjudicial que crear dudas en lo que uno cree y representa. La conciencia de defensa, como valor, debe seguir socializándose como cualquier otro valor social. En épocas como la que nos ha tocado vivir, no hay opción para adoptar un perfil bajo en este tipo de políticas pues es ahora cuando se cuestiona y se pone en duda lo que una colectividad, bajo cualquier forma de manifestación política, es y representa.

Es evidente que la crisis económica tiene y seguirá teniendo un impacto en las capacidades militares para contar con un dispositivo adecuado de defensa. Por el contrario, esa percepción de debilidad económica, que puede ir acompañada de un cierto desfallecimiento en lo político y cultural, puede tentar a potenciales adversarios a intentar obtener beneficio y, por lo tanto, hacer que aumente la intensidad de ciertos riesgos y amenazas ya localizados o incluso que aparezcan otros nuevos.

En una comunidad intergubernamental o supranacional de valores, cuando surgen problemas, como ha sido el económico, la solución no es volver la vista atrás para intentar buscar soluciones exclusivamente estatales. Esto ocurre igualmente en el área de seguridad y defensa: algunos países occidentales, principalmente los europeos, con unos Ejércitos nacionales con menos capacidades de todo tipo y recursos financieros, se verán forzados a reducir su participación en la comunidad internacional a través de la ONU, OTAN, UE, etc. para proyectar paz, seguridad y estabilidad, encerrándose más en la defensa de los intereses vitales de seguridad.

Si lo anterior está en la mente de los dirigentes occidentales, ello precipitaría más rápidamente el declive de Occidente. Pérez Gil, a este respecto, señala: "Resulta claro que el estado que posee mayor poderío militar tiende a ser el más influyente, sus prioridades son más respetadas y su política exterior más efectiva" (Pérez Gil, 2012). Riesgos globales, intereses y culturas comunes, exigen dispositivos de defensa comunes.

Desde el final de la 2.^a Guerra Mundial, se han creado organizaciones de seguridad y defensa. En ocasiones, estas organizaciones eran complementarias en ciertos aspectos, en otras se producían redundancias, pero aun así se han mantenido para satisfacer las sensibilidades de algunos países. Después de 65 años, se necesita que haya más Occidente y, por supuesto, más Europa para crear más seguridad; no es suficiente con coordinar las políticas de seguridad y de defensa para riesgos comunes. Al menos en Europa, en concreto en la Unión Europea, las capacidades militares de los estados miembros deben ser progresivamente puestas bajo una autoridad común, dotándose de *pools* de capacidades militares tales como capacidades de proyección estratégica, sistemas de mando y control, etc. Además, con independencia de lo anterior, otros medios nacionales deben ser coordinados con el resto de estados miembros bajo el liderazgo de esta organización europea.

El gran problema, como hemos señalado a lo largo de este trabajo, es que la seguridad y la defensa son los dos aspectos más sensibles de los estados, la razón original y última de su existencia. El avance en la progresiva institucionalización de la seguridad y la defensa en la UE, por citar un ejemplo que está siempre en nuestra mente, requiere altas dosis de confianza en las sociedades de los respectivos estados miembros. Sin embargo, estamos viviendo un quebranto de confianza en el seno de la UE. Sabemos que la política común de seguridad y defensa está pasando por malos tiempos, y los proyectos en el marco de esta política no dejan de ser eso, proyectos, careciendo de liderazgo para ser llevados a cabo.

Por otro lado, Estados Unidos está desplazando cada vez más su influencia hacia el Pacífico, el viejo continente no genera el interés estratégico de antaño. No obstante, debido en cierto modo a una falta de cultura estratégica europea, el liderazgo americano en temas de seguridad y defen-

sa sigue siendo crucial en Occidente y principalmente en Europa: casos como el de Bosnia, Kosovo o Libia están todavía presentes en la memoria de los europeos. No es menos cierto que si esa política persiste por parte de los Estados Unidos, debilitará a la comunidad occidental y terminará finalmente afectando a la propia fortaleza de los Estados Unidos.

Es muy probable que no se vuelvan a recuperar los niveles de crecimiento económico que el mundo desarrollado ha tenido en el último medio siglo. Esto incidirá en todas las políticas de Estado, incluida la de defensa. Como se ha dicho, aquel que opte por un perfil bajo en espera de recuperar los presupuestos perdidos está condenado al fracaso. Muchos países ya han empezado hacer revisiones estratégicas de sus capacidades de defensa para adaptarlas a la realidad, y es aquí donde juega un papel clave a nivel interno, es decir, estatal, el liderazgo estratégico militar: el gran esfuerzo será volver, una vez más, a racionalizar las Fuerzas Armadas, dando prioridad a las capacidades en función de los riesgos identificados y evitando caer en un corporativismo sin sentido en la situación actual.

El principal actor en cualquier dispositivo de defensa son las Fuerzas Armadas. Cada servicio o Ejército tiene una forma de acción que debe ser respetada en función de la eficacia en el cumplimiento de la misión, pero en torno a ello existe multitud de actividades, especialmente en el apoyo a la fuerza, que pueden ser unificadas para todos los servicios con el fin de disminuir efectivos y recursos sin perjudicar capacidades. Es aquí donde el sentido del servicio al Estado y el liderazgo deben tener su máxima manifestación, dejando a un lado consideraciones menores.

Existe finalmente un peligro potencial por parte del liderazgo político, que es afrontar la reducción en términos puramente economicistas, en donde impere el recorte rápido antes que el estudio detallado y preciso de riesgos y amenazas en función del papel que quiera desempeñar el Estado para, posteriormente, determinar las capacidades militares precisas de acuerdo con los recursos disponibles.

Una vez más, los grandes cambios sociales afectan a las organizaciones y estas, a su vez, a las profesiones. Está claro que esta crisis económica occidental, especialmente europea, afectará a la forma de entender las relaciones políticas y sociales tanto a nivel de la comunidad occidental como en sus relaciones con el resto del mundo. Esta situación también repercutirá en las organizaciones responsables de la seguridad y la defensa, entre ellas las fuerzas armadas, y finalmente terminará por influir en la cultura de la profesión militar.

Para dar respuesta al título de este trabajo, se considera que además de elementos puramente económicos que han conducido a la situación actual, existen otros elementos de índole sobre todo cultural, entre los que se encuentran los valores, que demuestran que el que una comunidad sea culturalmente débil termina incidiendo en lo económico y viceversa.

Esta crisis es una buena ocasión para analizar en qué sociedad vivimos, en qué sociedad nos gustaría vivir y si vivimos de acuerdo con los valores que ensalzamos y proclamamos. Si ese análisis no se lleva a cabo, posiblemente, seguiremos siendo testigos del paulatino declive de nuestra civilización, de Europa y de nuestros respectivos países.

Sin saber nada del viento y las corrientes, sin algún sentido de un propósito, los hombres y las sociedades no se mantienen a flote durante largo tiempo, moral o económicamente, limitándose a achicar agua⁴ (Richard Titmuss).

Bibliografía

- HUNTINGTON, Samuel P.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós: 1997.
- PÉREZ-DÍAZ, Víctor: *Europa ante una crisis global*. Gota: 2012.
- YOUNGS, Richard: *Europe's decline and fall*. Profile Book: 2010.
- PÉREZ GIL, Luis V.: *Elementos para una teoría de la Política Exterior*. Tirant lo Blanch: 2012.
- JUDT, Tony: *Algo va mal*. Taurus: 2012.
- European Union Institute for Security Studies: "Citizens in an interconnected and polycentric world". *Global trends 2030*, 2012.

⁴ Cita tomada de *Algo va mal*, de Tony Judt.

Los ejércitos y la gestión de la crisis (II)

Jesús Ignacio Martínez Paricio

Capítulo cuarto

Sí, hay que concluir que los elefantes, algunos elefantes, aprenden a bailar. En el curso pasado se había preguntado si en la familia de las organizaciones paquidérmicas también se podía adquirir semejante habilidad; la respuesta se confirma en este curso: sí, entre las organizaciones institucionales también se pueden encontrar ejemplos donde algunas de esas organizaciones han aprendido a bailar. Hay ejemplos que lo confirman. Lo que es mejor todavía, han dejado escrito el procedimiento para alcanzar semejante habilidad. Hay que anticipar una conclusión central, y es que en ningún caso se tiene que acudir a medidas violentas o traumáticas, cuando se han aplicado surge el rechazo y la autodefensa impide cualquier tipo de mejora. El éxito se consigue cuando se asume que hay que cambiar y se actúa en consecuencia.

El primer y principal requisito no es otro que reconocer que resulta imprescindible cambiar. Hay que hacer algo pues no se puede continuar como si no pasara nada. Se tiene que reconocer la gravedad de la situación y, a partir de ahí, comenzar a actuar. Para ello, es necesario contar con voluntad (política) decidida y acciones concretas y continuadas, y acumular las experiencias positivas al margen de quien las propuso y de quien las alcanzó. Se deben eliminar de manera decidida los errores, plantear los objetivos a medio y largo plazo y también resulta imprescindible, según la experiencia que acompaña el éxito, dar cuenta de lo que se está haciendo o de lo que no se puede hacer.

En las empresas que se propusieron el cambio y lo consiguieron se trabajó pensando en el cliente y en recuperar la posición privilegiada que se había ocupado en el mercado, pero no se olvidó que el éxito se alcanza con el esfuerzo de todos los empleados. Los consejos de administración y accionistas buscaron al líder para conducir el proceso de cambio sin olvidar que un líder sin *seguidores* poco o nada puede hacer.

También hay ejemplos documentados que demuestran que el éxito se consigue en escenarios y momentos difíciles. Los de ahora lo son y puede que sigan siéndolo durante un tiempo del que se desconoce la duración. Es la primera variable a tener en cuenta. Por supuesto, en el futuro todo es posible; de la misma manera que en un año se ha pasado de un entorno de aparente tranquilidad, ignorando lo que venía ocurriendo desde hace años, a otro donde impera la intranquilidad, por qué no, también podría ocurrir lo contrario. Resulta deseable el cambio de tendencia pero a corto plazo no parece probable la mudanza en este sentido positivo. En algún momento habrá que dedicar el esfuerzo necesario para explicar las razones, más bien las sinrazones, por las que no se escucharon los avisos que anunciaban lo inminente, por qué no se actuó en consecuencia y sí en cambio se trabajó en el sentido contrario a lo que proponía la razón. Son cuentas que no se podrán olvidar pero habrá que mirar y trabajar por el porvenir.

Sería deseable que en el próximo curso se narrara el final de la recesión y se analizaran las maneras con las que fueron superadas las contradicciones. No estaría mal que se tuviera que acudir otra vez al argumento de que se explican con precisión los errores cometidos en las predicciones del futuro que acertar en el sentido virtual del término. Se aceptaría con gusto la crítica pues supondría que se había salido de la recesión y que el fantasma de la estancación se había alejado de manera definitiva del horizonte.

Mientras llega ese escenario deseado hay que seguir manejando la hipótesis de que las cosas no van a mejorar a corto plazo. Por supuesto, a medio y desde luego a largo plazo las cosas ya no serán las mismas, pero a toda fase recesiva le sigue otra de recuperación, los ciclos se repiten de forma regular. La razón exige aplicar los mecanismos que aminoren los efectos negativos y se tomar medidas anticíclicas.

En esta ocasión, continuación del curso pasado, se describen algunas características del escenario en el se tienen que tomar decisiones nada fáciles. Del recorrido pesimista, ¿realista? (la economía sigue siendo la ciencia triste), debe quedar que los objetivos previstos en el cambio, cuando se proponen de manera rigurosa, terminan por alcanzarse. Pero no es fácil. La dificultad mayor es tomar la decisión decidida de querer hacer cosas para cambiar.

Incertidumbre y escasez

En los tiempos que corren son más los diagnósticos que los remedios. Los acontecimientos van por delante de los gestores. Se puede decir de

manera solemne que por lo general la historia siempre va por delante de los hombres, siempre ha sido así y ahora es más evidente. Asusta el futuro y para compensar los miedos se impone y domina la retórica sobre el rigor, vuelven los lenguajes complejos y las palabras mágicas. De esta manera, la incómoda realidad queda oculta con el cambio de las palabras. No es nuevo; como en otras ocasiones, los discursos se pueden redactar con un breve listado de frases que se repiten como mantras cuidando, eso sí, que la entonación sea la adecuada.

Una de las consecuencias de la crisis es que se impone la incertidumbre y se comprueba de manera sistemática la falta de fiabilidad de las predicciones. Para predecir el futuro los cálculos se realizan a partir de situaciones del pasado (se ha usado el símil de que se camina hacia el futuro mirando por el retrovisor). Si el camino es recto, se puede llegar al final sin muchos sobresaltos, pero la evidencia demuestra que el trayecto que se tiene que recorrer está formado por curvas que bordean precipicios.

Se supone que pasado, presente y futuro no son otra cosa que la continuidad lineal y regular de los tres momentos; ahora se comprueba que los tiempos se parecen poco entre sí. La incertidumbre se convierte en inquietud cuando se vive el día a día a partir de lo que se piensa que va a ser el futuro desconocido. El futuro siempre ha sido nebuloso, se sabe poco de ese tiempo por venir y no resulta fácil imaginarlo, pero el futuro de este presente aumenta las incertidumbres. Resulta paradójico que sea la sociedad posmoderna, la que toca vivir, la que crea semejantes incertidumbres. Nunca como hasta ahora se ha dispuesto de tanta información sobre cualquier materia, para hacer estimaciones se cuenta con poderosos medios y métodos de cálculo, sin embargo, a pesar de contar con tantos recursos, no se puede predecir el futuro porque en realidad se sabe poco del presente.

El riesgo más probable, si no se reduce la incertidumbre, es que en estas condiciones se termine por crear situaciones de desorden creciente. En estas circunstancias, las soluciones se aplazan al tiempo que se hace más difícil llevarlas a la práctica. Tampoco resulta fácil aceptar los esfuerzos que exige el cambio. La solución de la incertidumbre tampoco se alcanza aceptando las leyes del caos, se demuestra con los resultados de los cálculos que se aplican al medir las dimensiones de los sucesos considerados como fractales. El caos se puede ordenar si se evita la presencia de *atractores* extraños; no es fácil, pero si se les deja a un lado se puede dar con la solución.

Todos los futuros del pasado han sido inciertos y siempre han estado acompañados de temores pero no han faltado las esperanzas cuando se encaraba un tiempo nuevo. Aunque tampoco es una novedad, siempre ha sido así, hay acuerdo al considerar que el futuro de nuestros días resul-

ta más incierto. La conclusión es que resulta difícil hacer predicciones, como mucho conjeturas. A corto y medio plazo, los componentes del escenario del futuro no van a ser muy diferentes de los que existen en el presente. En el pasado los futuros posibles eran pocos, lo que había no daba para mucho, lo que tranquilizaba un tanto, pero el futuro del presente que se vive ofrece muchas más posibilidades, las combinaciones de los elementos son ilimitadas. La conclusión resulta evidente, se refuerza la incertidumbre.

Con los recursos y las posibilidades del presente lo que se imagina puede convertirse en realidad. El cálculo estadístico de combinaciones y permutaciones se puede aplicar al mundo de los valores pues los valores siempre han sido los mismos, no han cambiado a lo largo del tiempo: los argumentos en los que se funda la actual literatura épica, la heroica o la trágica, son los mismos que los de épocas remotas. Lo esencial permanece, hay pocas cosas nuevas esenciales bajo el sol. La novedad es que en cada momento esos valores se presentan con formas distintas, pero debe quedar que lo que interesa es el fondo, no la forma. No existe *la hora cero* y tampoco se puede *romper la traición*, se puede escribir la historia a partir de una fecha y de manera interesada (tergiversada) pero antes o después se descubre que hubo un tiempo anterior. Cosa distinta es que se hagan esfuerzos para imponer estas anomalías; las convenciones son mudables en función del momento y la ocasión.

Con los valores ocurre lo mismo que con las letras del abecedario, con las notas musicales o con el sistema decimal: con un número deducido de letras y símbolos se puede redactar una obra maestra o escribir las mayores infamias. La crisis de valores (argumento recurrente) se produce cuando se abandona, o se desconoce, el criterio para saber en cada momento qué es lo adecuado y diferenciarlo de lo que no lo es en modo alguno. La discusión se centra en saber y acertar en la selección de los valores que terminan beneficiando a todos, a la mayoría, más allá de los intereses coyunturales o los impuestos por el grupo dominante. En el trayecto que conduce a la crisis de valores se van dejando a un lado a las autoridades que fijan los criterios del orden y las personas o las instituciones con capacidad para discernir entre el ser y el deber ser siguen estando presentes pero en ese momento no se les reconoce autoridad suficiente para seguir sus argumentos. Entonces la crisis se mantiene hasta que no aparece la autoridad reconocida.

La incertidumbre es el resultado lógico de situación tan paradójica: las sociedades modernas son débiles en su fortaleza, pues la aplicación de las garantías sin un orden superior termina por crear situaciones de debilidad. En las sociedades avanzadas las garantías coinciden con el orden que defienden, y cuando surge la incertidumbre no se permanece impasible, se actúa y apenas se discute la conveniencia de poner orden al desorden. La incertidumbre crea situaciones de incomodidad a las que

hay que encontrar remedio. La desconfianza está provocada por la incertidumbre ante la falta de acción, de decisión.

La incertidumbre se compensa, sin resolverla, con respuestas diferentes. En unos casos el problema se soluciona con argumentos eclécticos (todo vale, no se distingue entre el bien y el mal, se dice, se acepta y se actúa como si no existiera ni lo uno ni lo otro); en otras situaciones y en otros momentos se responde de forma autoritaria y violenta: se anula al que piensa de manera contraria y surge otra alternativa cuando no se puede responder de ninguna manera. En esta situación la indiferencia sirve de tranquilizante ante el desconcierto que produce no tener una opinión formada, sea favorable o desfavorable. Cuando la realidad termina siendo incómoda y no se quiere cambiar, queda el recurso de alterar las palabras que la describen. Cambiando la denominación, cambia la tozuda realidad. Las excentricidades que crea la incertidumbre no terminan de esta forma, añaden otro problema, y es que se impone una peculiar alquimia moral: todo lo bueno reside en lo propio al tiempo que no se percibe nada malo, mientras que en lo ajeno acampa toda suerte de maldades sin que se reconozca bondad alguna. Este razonamiento peculiar suele llevar aparejada una conducta que se rige por semejante argumento.

En *El recomienzo de la historia*, tal como Ralf Dahrendorf considera los tiempos que han seguido a la caída del muro de Berlín, hay que dejar a un lado la lógica de la elección que ha imperado en los tiempos de abundancia. Antes, los problemas quedaban resueltos en su superficie, compensando los errores con el abundante pago en efectivo, pero de la abundancia se ha pasado a la escasez en casi todo y hoy se impone el uso y aprendizaje de esta otra lógica que siempre ha resultado incómoda; no resulta fácil ni se acepta de buena gana cuando la enseñanza exige olvidar sin miramientos los tiempos de abundancia. A la lógica de la escasez hay que añadir los rasgos propios de la lógica de la incertidumbre.

No sirven los planteamientos en términos de suma cero: cañones o mantequilla; unos ganan porque otros pierden. Hace tiempo que las cosas dejaron de ser tan sencillas. Tampoco sirven los argumentos del consenso y la suma positiva; los acuerdos hay que ratificarlos día a día y esta disposición puede ir en contra de criterios e intereses de alguno de los grupos más allá del momento de la firma solemne del acuerdo. En estos momentos de incertidumbre y recursos escasos se impone encontrar el *punto óptimo de equilibrio* (John Nash, estadístico que recibió el premio Nobel de Economía en 1994), pero tampoco resulta fácil aplicarlo a la realidad. Las variables que intervienen en cualquier proceso incluyen dimensiones diferentes, no tienen la misma capacidad explicativa en todos los actores (naciones), la competencia entre todos ellos es imperfecta y las estrategias de los actores son diferentes y desconocidas. Más allá del reconocimiento de que nada ni nadie es igual al otro en términos económicos (ideales), la teoría dice que se puede alcanzar un equilibrio donde todos

resultan beneficiados. El cambio en uno de los valores de la ecuación exige volver a plantearse todo el escenario. En términos teóricos existe el punto óptimo de equilibrio; se puede demostrar y calcular sobre la pantalla de un ordenador, la dificultad es alcanzarlo en la práctica.

No resulta fácil acostumbrarse a un estilo de vida que exige el sacrificio a lo largo de un tiempo desconocido por un beneficio futuro que no se puede asegurar. La dificultad aumenta cuando lo mucho que se tiene se ha conseguido con poco esfuerzo, sin apenas deberes y exigiendo derechos sin cuento. Aunque algunas pedagogías están de vuelta sigue presente la escuela que propone el *carpe diem*. En esas teorías se dice que el éxito se consigue con el juego, se reparte de forma aleatoria y por eso mismo vale poco el esfuerzo. En esta línea de formación no existe el futuro. Como se estimula a vivir en el presente, el pasado no cuenta. En estas condiciones, ir contra la corriente para imponer lo contrario no es fácil, menos todavía si no se explican las razones del esfuerzo, si quien tiene que dar explicaciones no lo hace o no tiene la autoridad suficiente y reconocida para exigir a los demás lo que él mismo no hace. Es así, pero también hay evidencias que demuestran que lo torcido se ha terminado por enderezar.

“The economy, stupid”. Como eslogan fue todo un hallazgo en la campaña electoral de Bill Clinton de 1992, en Estados Unidos. Al final se ha convertido en el diagnóstico cómodo para señalar tanto el origen de la crisis actual como los tiempos de incertidumbre en los que se vive. La crisis económica que se desencadenó en el verano de 2007 desbarató otra ensoñación: de la misma manera que no se había producido el *final de la historia*, se comprobó al poco tiempo y con no poco espanto que *el mundo de ayer* surgía de nuevo en un mundo complacido y confiado. La quiebra económica descubrió que existía otra realidad que se ignoraba de manera interesada. Se cayó en la cuenta de que el crecimiento económico no es ilimitado y que tampoco sigue una tendencia lineal, que el desarrollo y la modernidad no eliminan lo irracional. Hay crisis que se repiten de manera regular y los ciclos terminan por convertirse en una realidad incómoda. La depresión y la recesión siempre han existido y seguirán existiendo, la novedad más peligrosa es que a los problemas conocidos se suma lo que se desconoce cómo puede ser atajado: la *estanflación*.

El derrumbe del Muro no impidió que surgieran nuevos miedos en las sociedades abiertas y que en ellas se produjeran enfrentamientos entre modos diferentes de vivir en la modernidad. Se han cometido y se siguen cometiendo hechos execrables por razón de la sinrazón. Ha quedado demostrado una vez más que la cultura y el desarrollo no siempre se imponen a la barbarie. El progreso no garantiza el orden, el infierno se puede recrear en poco tiempo y a cortas distancias del núcleo más cosmopolita de una Europa que decía ser defensora y garante de los derechos humanos.

Durante un tiempo se llegó a creer que se había ordenado el *mundo desbocado*. La ilusión duró poco. El último ciclo expansivo hizo creer que las crisis económicas comenzaban a ser acontecimientos del pasado, pero los buenos deseos siempre duran poco. Tras la *tormenta perfecta* que se desencadenó en el verano de 2007 casi nadie, ni casi nada ha dejado de verse zarandeado por semejante cataclismo.

La incertidumbre y la escasez añaden pautas de temor. De manera apresurada se han proyectado sobre el presente las consecuencias de la Gran Depresión de 1929. Cierto, como anunció Keynes en esas fechas, la crisis de 1929 iba a suponer un punto de inflexión en la historia. Así fue. Ahora se está alcanzando el nivel de saturación de la curva logística con la que se representa el desarrollo económico de las sociedades modernas. En otras páginas se argumenta las razones de semejante conjetura: todos los indicadores avisan que estamos en el comienzo de una nueva etapa histórica; en esta fase saturación habrá ciclos cortos y medios, ya los está habiendo, sin embargo, la tendencia es la señalada por la curva que representa la función logística. Los países emergentes son los que por ahora presentan tasas de crecimiento superiores a las de los países desarrollados, pero conforme pasan los años y se obtienen nuevos datos la tendencia exponencial se reduce. En algunos casos (China), se llega a poner en duda la fiabilidad de los datos que se presentan; sin embargo, diferentes indicadores –los demográficos de manera sintética– muestran la convergencia de las distintas sociedades y de culturas diferentes hacia la misma tendencia de saturación, y cada vez que se hace un nuevo cálculo se comprueba la validez de la propuesta.

En un primer momento se llegó a temer que volvieran a repetirse las mismas consecuencias de la Gran Depresión. Entonces, supuso la quiebra y destrucción temporal de las democracias, y terminó con una catástrofe mayor: la Segunda Guerra Mundial. Fue un paréntesis dramático en el que hubo que pagar un precio elevado. En una parte de Europa el drama se alargó en demasía, mientras en la otra, tras la crisis, se creó un modelo de sociedad de bienestar y progreso con el que se pretendían alejar los temores que surgieron durante los años de Guerra Fría. La crisis actual está avisando de que ese modelo de Estado benefactor ya no podrá ser el mismo. Ante la lógica de la incertidumbre y de la escasez, se duda incluso de que pueda seguir existiendo tal como fue planteado.

No es lugar de repetir lo que se explica en otro capítulo sobre la crisis económica. A la recesión desencadenada a partir de 2007 se le pueden encontrar semejanzas con la Gran Depresión de 1929, también diferencias. La Gran Depresión de 1929 fue el acontecimiento que marcó el comienzo y una parte significativa del siglo xx, *el siglo corto*. Antes o después todos los países se vieron afectados de manera negativa por la depresión del 29, que terminó con una catástrofe mayor que la que la catástrofe que provocó, la Primera Guerra Mundial. Los efectos perturbadores de la re-

cesión de 2007 también están llegando a todos los países provocando la misma confusión que se creó entonces. Sin embargo, hay una diferencia notable: con la excepción de algunas protestas y declaraciones de personajes peculiares, en esta ocasión no se pretende la destrucción del sistema democrático, tampoco la desaparición de la economía de mercado. No es menos cierto que en los años treinta a las asonadas primerizas no se les reconoció la dramática importancia que iban a tener después pero, a diferencia de lo que ocurrió entonces, se dispone de recursos de apoyo que puedan evitar situaciones extremas. En cualquier caso, cabe esperar y desear que el tiempo de crisis no concluya con su última derivada: una nueva guerra mundial en el sentido estricto de la confrontación.

Hay que destacar como argumento de semejanza entre los dos momentos la conclusión final de uno de los trabajos más contundentes que se han escrito sobre la crisis de 1929. Concluye su autor, Liaquat Ahamed:

La Gran Depresión no fue una fuerza mayor ni el resultado de ninguna contradicción arraigada en el capitalismo, sino el resultado directo de una serie de juicios erróneos por parte de los responsables del establecimiento de la política económica (...). Representaron, en todo caso, la más dramática serie de errores garrafales colectivos jamás cometida por los altos funcionarios financieros.

Se ha podido demostrar, por fin, que la Gran Depresión fue el resultado de una falta de capacidad de decisión de los "señores de las finanzas" que no fueron capaces de poner orden en sus propias economías: por supuesto, las *consecuencias de la paz*, tras la Primera Guerra Mundial, crearon las condiciones para que surgiera el desorden económico, político y social que anticipó la crisis que se iba a desencadenar al poco tiempo. Señores de las finanzas que eran las máximas y muy peculiares autoridades económicas del momento, y cuyas decisiones terminaron por agravar la situación, de la que se desconocía casi todo. El propio Keynes reconoció ese desconocimiento y lo consideró como un "embrollo" ante el que no se tenía explicación alguna ni tampoco los medios para resolverlo. Este desconocimiento le motivó a dedicar buena parte de su tiempo a elaborar una teoría general con la que explicar lo ocurrido y proponer soluciones para remediarlo.

¿Ocurre lo mismo en la actualidad? No es momento, tampoco lugar para resumir lo que ya se ha escrito sobre las semejanzas y diferencias entre las dos crisis. Sin embargo, si se valoran las respuestas de los nuevos señores que gobiernan las finanzas y las políticas económicas aparecen síntomas que resultan parecidos a los que describe Liaquat Ahamed.

Robert Skidelsky insiste en la idea de lo poco efectivas que han sido las medidas que se han tomado para reducir los efectos negativos de la crisis actual:

Reconozcámoslo, esta [ausencia y] capacidad de respuesta, que abarca todo el sistema, dependía de que los agentes económicos dispusieran de una información perfecta (...). Cuando el sistema padece conmociones, los agentes no saben lo que ocurrirá después y, enfrentados a la incertidumbre, no reajustan sus gastos (...). [Además] está el fracaso de la teoría económica para tomarse la incertidumbre en serio (...). [Se] ha ocultado esta negligencia por medio de unas sofisticadas matemáticas..."

En la disputa sobre los medios para superar la crisis se reclama de nuevo la presencia de Keynes. Se trata de volver a descubrir el papel activo de los Gobiernos con el fin de dinamizar la demanda agregada. Los que lo proponen olvidan que buena parte de la riqueza que produce un país ya está gestionada de forma directa e indirecta por los departamentos ministeriales del Gobierno; se exige extremar la regulación y se olvida la rigurosa y puntillosa regulación de la mayor parte de las actividades que tienen que ver con la vida económica. Se siguen ignorando las conclusiones de los autores citados. Buena parte del fallo hay que encontrarlo en los reguladores, que no han desempeñado el papel que les correspondía.

Mientras se debate si más gobierno o menos gobierno, se olvidan otras ideas recurrentes y previas en el planteamiento de Keynes. Para que tengan éxito las soluciones técnicas no se debe olvidar que:

La economía es un ciencia moral y no una ciencia natural (...). De modo que el economista tiene que ser matemático, historiador, hombre de Estado y filósofo (...). [Debe ser] fideicomisario, no de la civilización, sino de la posibilidad de civilización.

Las reformas tienen que ser de mayor calado. Las cifras que se obtienen de los modelos de simulación son útiles para prever con el ánimo de optar, pero acertar resulta casi imposible, así que las soluciones que se tomaron para resolver las crisis *menores* que precedieron a la crisis de 2007 terminaron convirtiéndose en soluciones que prepararon las crisis que siguieron.

Tomar conciencia de que se está en el comienzo de un nuevo ciclo y de una nueva etapa histórica nunca ha sido fácil. Puede que se necesite tiempo y perspectiva para descubrir que se ha comenzado a vivir en otra época. No se es consciente del cambio pues se vive inmerso en las exigencias del movimiento que supone vivir al día, pero hay que insistir. Con los potentes medios al alcance de todos y con la información de casi todo se podría hacer un diagnóstico más preciso con el ánimo de acertar en lo que fuera posible, pero sobre todo para optar entre distintos escenarios, de esta manera se podría ganar al tiempo. El problema sigue estando en el profundo desconocimiento del cómo y el porqué de las cosas.

Hay semejanzas entre las dos crisis pero existen diferencias notables. Sobre estas diferencias habrá que apoyarse para recuperar la confianza con la que comenzar a salir de la crisis. La confianza sigue siendo la clave de las sociedades modernas y avanzadas y su importancia aumenta conforme aumenta el desorden. La cuestión es que cuesta poco crear desconfianza mientras que reducir la desconfianza exige tiempo y mayores esfuerzos y, lo peor, no siempre se consigue.

La primera de las diferencias es que ahora son pocos los que desean renunciar a lo alcanzado, lo que se busca es un mejor reparto de lo alcanzado con el esfuerzo de tantos y a lo largo de tanto tiempo. Las críticas aparecen cuando se pide poner orden en el mal uso de la democracia. En verdad, son pocos los que reclaman la desaparición del mercado. Las leyes que rigen el libre mercado nunca han sido perfectas pero se tiene que reconocer su utilidad si se busca el desarrollo económico primero y el progreso y la modernidad, después. Debe citarse la autoridad de Kurt Heinrich Eucken cuando demuestra esta aparente y contradictoria realidad, debe tenerse en cuenta su aviso: el libre mercado tiene sus limitaciones; la libertad extrema produce monstruos. Los que defienden la postura contraria no se quedan a la zaga: Abel Aganbegyan demostró el fracaso de la planificación centralizada; anticipó que la transición de la sociedad soviética hacia la modernidad no se alcanzaría hasta que no se incluyeran en la vida cotidiana las leyes de la oferta y la demanda que rigen los mercados. Por lo que se dice en otras páginas, en las sociedades post-soviéticas ese objetivo no se ha alcanzado.

Tampoco resulta fácil poner orden al desorden que produce lo que resulta gratuito: exigir a los beneficiarios netos del Estado del bienestar algo a cambio de lo recibido exige tener voluntad política para afrontar los costes electorales de las protestas. En esas circunstancias, tampoco resulta fácil convencer a la mayoría, menos a las minorías jaraneras, de que también hay que exigir austeridad en los sectores considerados como intocables como la enseñanza, la sanidad o la justicia.

Se discuten los beneficios y se magnifican las desventajas que supone la apertura de las sociedades en el mundo global. La transparencia deja al descubierto tanto las grandezas como las miserias pero, cuando se miden bien los resultados de la apertura, las ventajas siempre son más que los inconvenientes. Los trabajos de Robert Barro, Lucas y Xavier Sala i Martín aportan el análisis detallado donde se comprueba la validez de la evidencia que no se quiere reconocer.

Otra de las notables diferencias es que ahora existen organizaciones que intentan poner orden en un sistema mundial cada vez más complejo e interdependiente. La lista de las organizaciones multinacionales es larga, y se entrecruzan tanto en los intereses como en los participantes. Se ha terminado por crear una nueva burocracia cada vez más alejada de lo que

tiene que administrar. Las nuevas estructuras tampoco han podido evitar el fracaso institucional que ha conducido a la crisis en la que se vive.

No resulta fácil aceptar la responsabilidad en estructuras de gestión donde las partes no son iguales por más que lo anuncien los tratados. La realidad es desigual, los intereses, amenazas y riesgos se declaran comunes al grupo cuando se hacen declaraciones solemnes, pero cerrado el micrófono cada cual tiene que pechar con lo que considera suyo y actúa en consecuencia. Siempre y por detrás de lo que es público se busca la defensa de los intereses propios. El poder y la autoridad formal, burocrática, corresponde a una realidad teórica, administrativa, mientras que el poder y la autoridad real responde a intereses concretos.

En el nuevo mundo de las relaciones internacionales existen maneras diferentes de ejercer el poder efectivo; se va más allá de las estructuras y las reglas formales que se reconocen en el derecho internacional. Se ha desbaratado el modelo westfaliano sin que haya surgido una regulación que obligue y se pueda imponer a todos los que la transgredan, ahora el orden internacional es multipolar. Las democracias *viejas*, las que han regido la vida internacional y han ocupado posiciones centrales, tienen que aceptar la emergencia de nuevas potencias regionales con menor tradición cosmopolita que imponen sus condiciones y las coaliciones formadas con los recién llegados añaden distorsiones a lo que ya resulta complejo en sí mismo. Entre las monografías del CESEDEN se encuentra un trabajo donde se trataron las nuevas formas de poder y las relaciones internacionales.

Se avanza hacia objetivos de integración pero las carencias son notables y las dificultades muchas cuando los problemas son realmente graves. La Unión Europea es buen ejemplo de lo mucho que cuesta conseguir lo que se pretende. Otra evidencia que no se reconoce con el rigor que se debe es que las organizaciones no son impersonales, las dirigen y las gestionan personas concretas que se caracterizan por sus grandezas y miserias. El *carácter* de las organizaciones, sean sencillas o complejas, no es otro que el carácter de sus dirigentes.

La presencia directa de los gobiernos en la actividad económica se ha visto reforzada con el paso del tiempo, pero no siempre fue así: en los tiempos de la crisis de 1929, los bancos centrales seguían siendo de propiedad privada. Las necesidades de financiación de la Primera Guerra Mundial produjeron la quiebra del sistema económico regulado por el patrón oro. Fue el primer acto de la tragedia que se iba a dar en años sucesivos. Las reclamaciones de indemnización a Alemania, el endeudamiento de los países contendientes y la inflación desbordada crearon las condiciones de la nueva tormenta que se iba a desencadenar unos años más tarde. Los bancos centrales de Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y Francia intentaron mantener sin conseguirlo el papel de estabilizadores

de la economía de sus países, y cuando la situación mundial se agravó pretendieron llegar a un acuerdo global para conseguir lo que no habían podido de manera local. No consiguieron ninguno de los dos objetivos y se produjo una crisis mayor que terminó con la quiebra de algunas democracias y el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

A partir de entonces, los Gobiernos de los países comenzaron a desempeñar un papel cada vez más influyente con el fin de regular la demanda global de sus países. Keynes dio los argumentos teóricos para justificar la presencia creciente de los Gobiernos en los mercados. La parte práctica de la teoría señaló las políticas económicas necesarias para regular el funcionamiento de los mercados, y el Gobierno, con sus gastos, impuestos, transferencias y regulaciones sociales y económicas, asumió el papel de *agente anticíclico* en la economía mixta. Durante un tiempo los Gobiernos consiguieron el objetivo de estimular la actividad económica; a la depresión siguió la recuperación y se inició una expansión de la actividad económica como no se había alcanzado antes, pero el éxito no supuso en ningún caso ni reducir ni renunciar al papel del Gobierno en la economía, más bien siguió aumentando su presencia activa y directa. Joseph Stiglitz apoya esta decisión, pero reconoce los muchos fallos que se cometen en la gestión pública de unos recursos cada vez mayores. Hoy los Gobiernos, tras impulsar de manera definitiva el Estado del bienestar, se siguen otorgando a sí mismos el papel (principal) de ser los garantes del pleno empleo, del crecimiento sostenido de la economía y mantenedores del equilibrio social.

Las estructuras de los Gobiernos han seguido creciendo de manera exponencial, creando necesidades artificiales para justificar su existencia. Por ahora no se sabe dónde se encuentra la tasa de saturación de la presencia del Estado moderno en las actividades que no le corresponden, aunque la mayoría de las organizaciones que forman la estructura del Estado han traspasado de sobras el *segundo umbral*: el mantenimiento del instrumento se convierte en su único fin. El riesgo de cruzar ese umbral es mayor en las organizaciones que no tienen que dar cuenta de su eficacia o en las que no se fiscaliza su actividad por quien paga (con sus impuestos) su existencia.

A pesar del poder acumulado por los Gobiernos, se tiene que reconocer de mala gana que no dispone de la información suficiente ni tampoco de los medios necesarios para gestionar de manera eficiente los recursos. Los fallos en la actividad económica del sector público tienen que ver con las disonancias que se producen entre las decisiones normativas y las positivas al decidir sobre la forma de distribuir gastos e ingresos, y los argumentos se razonan con frecuencia, sin hacerlos públicos, en términos de rentabilidad electoral. En las actividades que tienen que ver con la salud, la enseñanza, la justicia, la seguridad y la defensa no resulta fácil resolver otro tipo de disonancias, no faltan argumentos donde se discute

si los presupuestos de estas actividades son gastos o inversiones. Con planteamientos demagógicos, pocas veces desmontados, se interpreta todo lo que tiene que ver con defensa como gasto a reducir de manera inexorable. No se contemplan ni tampoco se explican los efectos multiplicadores que tienen algunas partidas de los presupuestos de la defensa, como tampoco se acepta que en ocasiones habría que reducir los gastos en enseñanza, en sanidad, o en justicia para imponer la razón en su funcionamiento.

Los argumentos económicos se siguen utilizando para explicar los éxitos y los fracasos de una sociedad. Existe una *mano invisible* que explica como metáfora el funcionamiento de los mercados pero hoy, aunque no siempre, la visibilidad de las manos que mueven los mercados actuales las hace más reconocibles.

Sigue siendo válida la afirmación interesada y reduccionista: "The economy, stupid". Las conductas irracionales y sus consecuencias tienen explicaciones más complejas y se dejan a un lado las matizaciones pues resultan incómodas o se desconocen. En lo que no se insiste tanto es en que en las decisiones económicas, como en cualquier otra, los hombres y sus voluntades, junto con sus grandezas y miserias, están detrás. El diagnóstico final que explica el fracaso que terminó por desencadenar la Gran Depresión es contundente: la crisis de 1929 también se debe entender por los errores cometidos por *los cuatro hombres que arruinaron el mundo*, los señores de las finanzas. En lugar de ordenar el caos, lo aceleraron.

No faltan los diagnósticos sobre el presente; son necesarios pero sobre todo interesa lo por venir y no deben quedarse en la retórica y quedar archivados con una referencia de registro sin que se tenga noticias de sus contenidos. Si surge el debate no se discuten sus conclusiones, ni tampoco sus propuestas, este se queda en la forma o en algún argumento aislado de su contexto. La reserva, la difusión limitada, incluso la consideración del secreto de lo que es conocido por no pocos no debería tenerse en cuenta cuando se ha redactado con cargo a los impuestos, con el dinero que es de todos. Esta exigencia viene acompañada de una evidencia: en las sociedades modernas no puede haber nada secreto pues antes o después termina por conocerse. Lo avisó George Simmel en los años veinte y el aviso se cumple desde entonces.

Mirando al futuro y con el objetivo de reducir la incertidumbre y la escasez de la crisis actual, hay que citar a Velarde Fuertes cuando propone que se piense en "la economía de nuestros nietos". Las propuestas que sugiere, diecisiete en total, caben en una página. La brevedad de lo publicado es el resumen del trabajo propio y ajeno acumulado a lo largo del tiempo, un esfuerzo que supone doble mérito. Lástima que tanta información no haya dado lugar a debate tan necesario. El ruido de la información desbordada anula a toda melodía bien pautada.

De las diecisiete propuestas queda una y puede que sea la fundamental. Domínguez Ortiz ya la citó para explicar el porqué del estancamiento español en los últimos siglos y el fracaso histórico y sistemático de los políticos y de la Administración pública española. La recomendación es sencilla y otros la han tomado como se verá más adelante; aplicarla, incómoda para quienes tienen que hacerlo y no se muestran dispuestos a correr con el desgaste. No se trata de decisiones que tratan de solucionar el problema de manera coyuntural y de recuperar el orden perdido; la exigencia de la propuesta es llevar a cabo la reforma estructural sobre lo que no funciona, evitando así que los problemas surjan de nuevo.

Ante el problema debe existir una verdadera voluntad política de poner remedio a la situación. Aunque es pura evidencia, no siempre se manifiesta así. Hay que considerar la importancia o la gravedad de lo que está aconteciendo, no basta con el reconocimiento pues hay que pasar a la acción, debe actuarse de manera continuada donde se vayan acumulando los resultados positivos y se reduzcan sin miramiento los que entorpecen. Estas sumas y restas no deben hacerse en términos de ninguna coloración partidista, tiene que dominar en cada caso el interés colectivo. En el esfuerzo deben participar todos, o la mayoría, incluso los contrarios; nadie puede quedar excluido salvo los que se autoexcluyen de manera voluntaria. Domínguez Ortiz repasó las decisiones que se tomaron en la historia reciente y siempre encontró las mismas carencias, de ahí su propuesta de la necesaria reforma en todo lo que tiene que ver con la cultura política y en la necesidad de contar con una verdadera sociedad civil. Víctor Pérez Díaz también insiste en la misma necesidad.

Hay encuestas que dan cuenta de la disposición nominal de los ciudadanos para caminar en las direcciones señaladas. Aceptemos con benevolencia la validez y fiabilidad del método para conocer el ánimo de los entrevistados sobre estas cuestiones nada fáciles. Habría que dedicar un esfuerzo mayor para averiguar si esas propuestas están presentes en los políticos de hoy. El método tendría que entrar en las profundidades de la disposición de cada cual y no quedarse en las declaraciones solemnes de los mítines de fin de semana. Tampoco sirve de mucho el análisis de los documentos programáticos. Mientras se dispone de esa información, poco probable por ahora y sí muy deseable, habrá que seguir haciendo lo que se pueda.

Hay que volver al análisis de Keynes cuando destacó las enseñanzas de la Gran Depresión; sirven para los tiempos de ahora. La primera conclusión es el reconocimiento de que lo ocurrido no había sido una excepción. La historia en general y la historia económica en particular dan cuenta de una lista larga de *euforias económicas* que terminaron convirtiéndose en catástrofes económicas, políticas y sociales. Todas tuvieron la misma conclusión: hambrunas, epidemias y guerras. Keynes exigió aprender de lo vivido. Una nueva catástrofe siempre tenía su origen en lo que no se

había solucionado en la anterior, y Keynes reclamaba a los gestores que se tenía que evitar que las decisiones quedaran en la periferia de los problemas, pero el aviso no se ha tenido en cuenta y las crisis se han repetido de manera regular a lo largo de los años. La teoría de los ciclos avisa que cada tanto, depende de si se trata de ciclos cortos, medios o largos, existe una fase de recesión a la que sigue otra de depresión. Esa misma regularidad avisa de que también se produce una fase de recuperación que termina en un escenario expansivo. Ante esta evidencia, Keynes propuso medidas anticíclicas que durante cuarenta años funcionaron y redujeron las consecuencias negativas de las crisis cíclicas. El modelo ha dejado de funcionar cuando ha surgido una situación desconocida por la teoría clásica donde coinciden el estancamiento y la inflación: la *estanflación*.

Además, deben añadirse otras dos conclusiones de la tragedia del 29. La solución a las crisis no se puede encontrar actuando únicamente sobre las variables económicas que se resumen en la ecuación que fija la demanda agregada. Hay otras variables intervinientes de difícil manejo. La conclusión añade una derivada: la salida de la crisis no se puede conseguir de manera autónoma. En la segunda enseñanza de la crisis se destaca que no resulta fácil imponer políticas de austeridad después de un tiempo de crecimiento. Tampoco resulta fácil, ni cómodo renunciar a lo conseguido en la fase expansiva del ciclo. La recuperación debe tener un componente ético, moral. Se impone la austeridad suficiente.

En las sociedades democráticas aparece otra variable. Tiene que ver con los costes electorales y con el clientelismo político que debe dejarse a un lado cuando se trata de imponer políticas de ajustes y recortes. En ese juego de intereses de partido pueden aparecer situaciones de chantaje político entre los partidos que gobiernan y los de la oposición, y en el desorden y ante el vacío de poder efectivo se crean las condiciones para que medren los que tienen poco que perder y mucho que ganar. Son tiempos donde surgen las ideas iluminadas que deslumbran a no pocos desencantados.

La incertidumbre y la escasez se presentan en un escenario donde están presentes otras variables cuyos efectos multiplicadores terminan produciendo efectos no buscados y otros que no son queridos. Son resultados imprevistos que pueden alterar de manera significativa las tendencias esperadas. Los modelos econométricos, incluso los más sofisticados que se utilizan para hacer estimaciones, no son capaces de introducir en sus ecuaciones lo imprevisto o los desastres. Aunque se intenta, los métodos de investigación desarrollados por Sargent y Sims (premiados con el Nobel de Economía en 2011) para medir los impactos de las decisiones políticas en la economía no terminan de controlar las consecuencias de las situaciones imprevistas. El futuro se sigue estimando a partir del principio *ceteris paribus*; vale para momentos de calma pero en situaciones de tensión el principio hace aumentar los errores en las predicciones.

Otra cuestión metodológica de importancia mayor es que no se conocen las variables explicativas que intervienen en la mayoría de los hechos sociales.

Tantas y tan importantes dificultades pueden ser otras tantas razones que explican lo poco que estimula averiguar el futuro con un enfoque donde se impone la duda científica. Las ansias por conocer el futuro se satisfacen con la superchería rodeada de una metodología de la que se desconoce casi todo y siempre se presenta con un lenguaje esotérico. Como se desconoce mucho y de casi todo, los errores terminan siendo más que los aciertos. Con razón se afirma que "las profecías no siempre se cumplen". La precaución exige moverse en el mundo de las conjeturas y siempre con cautela.

¿Qué pasaría en estos escenarios de incertidumbre y escasez si...? Aquí se puede poner una lista larga de sucesos probables, deseables o no. Lo deseable sería que tras ese condicional dominara el orden y la cordura, que se impusiera el interés colectivo sobre el privado, que hubiera desaparecido el *desgobierno de lo público* (denunciado por Alejandro Nieto) o que el *buenismo* (Gustavo Bueno) se alejara de manera definitiva cuando se tienen que gestionar recursos públicos que siempre son escasos por definición y ahora más que nunca. ¿Qué pasaría si esos cambios se hubieran asentado en la población en general y entre los gestores de la vida pública de manera especial?... Se podrían seguir añadiendo situaciones deseables, pero responder estas preguntas resulta un ejercicio interesante pero poco práctico. Por lo que se ve y a corto plazo, no parece que se vaya a ir en ninguno de los sentidos indicados.

¿Y si sobre el escenario de incertidumbre y escasez se abalanza la *balcanización* del mundo árabe? La Unión Europea en su conjunto, o alguno de sus países en particular, o los Estados Unidos inmersos en su campaña electoral, y todos ellos desconcertados después de lo aprendido en la experiencia de la intervención en Libia, ¿estarían dispuestos a una nueva intervención militar para reconducir la fallida *primavera árabe*? ¿Intervendrían para romper la espiral de violencia en Siria o en otro espacio de igual complejidad geoestratégica? ¿Cómo se decantarían las alianzas de los países de las regiones? ¿Y si los radicales islamistas se lanzaran a proclamar de nuevo el sentimiento de venganza al sentirse vencidos de nuevo por el mundo occidental?

En estos escenarios, ¿qué le podría pasar a la maltrecha economía occidental, a la europea en su conjunto y a la nacional en particular si se volviera a incrementar el precio del petróleo? ¿Cómo se vería afectado el peculiar crecimiento de China y de las economías emergentes? ¿China podría soportar la inevitable aceleración de su crisis estructural? ¿Cómo reaccionarían sus dirigentes políticos o la mayoría de sus habitantes que comienzan a barruntar los beneficios del desarrollo?

No es la única variable, hay otras. En Asia, los sistemas financieros siguen siendo frágiles, sus economías padecen una alta carga de déficit fiscales y de cuenta corriente y siguen dependiendo demasiado de las exportaciones a los mercados europeos y norteamericanos lo que hace aumentar su vulnerabilidad a los impactos externos. De esta manera, podría surgir una peligrosa relación circular de causa-efecto que aceleraría los problemas en otros espacios y mercados. La reforma de China exige pasar de una dependencia no tanto de las exportaciones como del consumo interno. Se reconoce que se tiene que incidir sobre la calidad y no tanto sobre la competitividad de la cantidad basada en el no reconocimiento de los derechos de la producción. Se tiene que reducir la propiedad estatal y permitir que los precios se fijen por las fuerzas del mercado, y promover la competencia. ¿China asumirá la responsabilidad que le corresponde para participar en el mantenimiento del orden mundial?

Otra variable interviniente es Rusia. Siguen sin resolverse los problemas planteados en Occidente por la nueva Rusia y por los *nuevos zares* o cómo controlará las consecuencias de su respaldo a las posiciones extremas en el conflicto sirio. Siguen los problemas internos de la sociedad y de buena parte de los políticos rusos, apenas se reduce la corrupción institucionalizada, y por si no fuera suficiente se deben tener en cuenta los problemas que tiene la Unión Europea en su frontera este y que siguen sin resolverse: las fronteras de Turquía y de Ucrania.

La lista de la matriz de impactos cruzados se podría alargar hasta donde se quisiera llegar. Sí se debe destacar que la recuperación de la crisis, o más exactamente, la reforma estructural de las condiciones que la han producido debe tener en cuenta la presencia de estas y otras variables intervinientes. Los impactos pueden acelerar la salida de la crisis pero también la pueden retrasar e incluso impedir y agravarla todavía más.

¿Cómo controlar lo que viene de fuera cuando no se es una potencia, se ocupa una posición poco privilegiada en las relaciones internacionales, no se cuenta con los recursos adecuados y no se tiene la voluntad de tenerlos? Los tiempos de las conquistas militares han pasado pero no han desaparecido; hoy las nuevas conquistas se producen con otros medios. Las alianzas pueden maximizar los beneficios reduciendo los costes pero no basta con ratificar el protocolo de integración, hay que crear confianza en los demás y actuar en consecuencia. En estos casos, los costes siempre terminan produciendo beneficios, y mientras llegan hay que explicar con detalle las razones del esfuerzo. De nuevo aparecen las recomendaciones de Domínguez Ortiz: sin voluntad, acciones decididas y continuidad en el esfuerzo poco se puede hacer, los discursos no bastan.

Desde el presente se va al futuro, pero en el trayecto no resulta fácil acertar con el futuro adecuado y hacerlo en términos reales. Con todas las limitaciones insinuadas hasta ahora se pueden calcular algunos riesgos

en términos de probabilidad, predecir escenarios con el fin de optar entre ellos y actuar en consecuencia, hay centros y departamentos de investigación donde se trabaja en este sentido con datos y métodos sofisticados. De lo investigado se puede hacer una lista de aciertos y también de fracasos. Para seguir acertando se proponen métodos conocidos: ensayo-error. Otras opciones son las de seguir investigando sobre la realidad con el mayor rigor posible, conocer los errores y a partir de ese conocimiento volver a prever para optar.

Después de tantas precauciones, el desconocimiento sigue siendo importante en las cuestiones fundamentales que tienen que ver con la crisis actual. Jean-Claude Trichet, antes de abandonar la presidencia del Banco Central Europeo, se quejó de que:

En tanto responsable de las políticas durante la crisis, los modelos [económicos y financieros] disponibles me resultaron de escasa ayuda. De hecho, diré incluso más: frente a la crisis, nos sentimos abandonados por las herramientas convencionales.

Desde el lado de la investigación, Robert Lucas (premio Nobel de Economía de 1995) sostiene algo parecido y con un argumento crítico a la propia profesión. Con las teorías y con los métodos de trabajo al uso, dice:

Las crisis no se pueden anticipar porque la teoría económica asegura que esos eventos no pueden predecirse.

No están mal los avisos de personalidades de tanta relevancia; no es nada fácil explicar lo que está pasando. Explicar el pasado al cabo de un tiempo resulta más cómodo pero explicar y convencer a la mayoría para decir a dónde se quiere llegar sigue siendo difícil e incómodo, más todavía si en la propuesta se piden esfuerzos añadidos de los que no se pueden garantizar probables beneficios. Y, sin duda, actuar en consecuencia termina siendo lo más difícil de todo el proceso de reforma. Resulta paradójico pero en la historia de las crisis siempre aparecen los mismos o parecidos argumentos y las mismas exigencias. Se supone y se dice que se aprende de las experiencias negativas, y algo se aprende pero se vuelve a caer en los mismos o parecidos errores.

La razón peculiar del momento que toca vivir y aplicando la lógica del mínimo esfuerzo exigiría dejar las cosas aquí y dedicarse a otros asuntos, pero la razón que anima al Grupo va en contra de la sinrazón dominante y por eso mismo anima a seguir un poco más.

Gestión de la crisis ante la incertidumbre y la escasez

De la misma manera que la energía no se destruye, se transforma, el poder y las guerras también lo hacen. Son importantes los arsenales militares que dan lugar al poder duro pero no son menos determinantes

los laboratorios y las universidades o las empresas de alta tecnología. Conocimiento, ideas, competitividad, riqueza son otras tantas formas de poder, siempre ha sido así. Aparentemente estos capitales son el poder blando que no deja de ser tanto o más duro que el poder de las armas. Son fundamentales los militares, también los galardonados con distinciones científicas, los intelectuales y tantos otros, y habrá que excluir a los que se otorgan a sí mismos la condición intelectual sin tener méritos para ello, los *eruditos a la violeta*. En el campo de la acción del nuevo campo de batalla, los efectos del uso torticero de los fondos soberanos pueden ser tan letales como el más sofisticado sistema de armas.

Por lo pronto, hay que reconocer que seguimos estando en pie de guerra. En este caso se trata de una guerra peculiar donde el campo de batalla, los contendientes y los movimientos tácticos se parecen poco a los que se estudian en los libros de historia militar. ¿Estas guerras del presente serán las únicas del futuro que se declararán las sociedades avanzadas? La guerra como tal está proscrita pero los nuevos combates se libran todos los días y en todos los lugares. La guerra comienza a desaparecer hasta en el lenguaje militar; en cambio, en el mundo civil se mantiene su uso, incluso aumenta. Hay que insistir en que se cambian las palabras con la pretensión de que cambie el ADN de la profesión. En otro orden de cosas, ya no se combate entre Ejércitos, entre estados, sino que los conflictos se producen dentro del propio país y por eso mismo con mayor violencia. Las guerras son asimétricas, híbridas, de cuarta generación, no hay acuerdo para denominarlas, pero aunque cambien los medios y las tácticas el objetivo estratégico sigue siendo el mismo: imponer al contrario con la fuerza y por la fuerza la voluntad propia. Resulta lógico que en los programas de formación de los militares se incluyan cada vez más estas materias aparentemente blandas que presentan las nuevas formas de poder.

Hasta hace poco, en la anterior monografía, los análisis sobre los procesos de cambio en las Fuerzas Armadas se planteaban en los términos propuestos por Morris Janowitz: "Los Ejércitos del futuro se caracterizarán por su condición policial". Hay que reconocer que pocas veces una hipótesis sociológica se ha podido validar tanto en su enunciado general, como en todas y cada una de sus derivadas.

Desde hace años los Ejércitos de las sociedades modernas tratan de encontrar la doctrina que integre tanto las acciones convencionales como las que se desarrollan en las nuevas misiones. Se busca la estructura más adecuada para responder a las acciones convencionales y a las nuevas de manera que se actúe de forma conjunta e integrada, pero no se termina de encontrar el lugar que corresponde a una organización institucional, la militar, que sigue teniendo el monopolio de la violencia legítima del Estado. Los Ejércitos siguen siendo nacionales al tiempo que actúan como fuerza de organizaciones supranacionales no bien asentadas

en el derecho internacional, tampoco en la percepción que tienen los ciudadanos. Aunque el tiempo de las conquistas militares ha desaparecido, la actividad de los militares se realiza cada vez más fuera de las fronteras nacionales. La *desnacionalización* de los Ejércitos ha supuesto en unos casos la pérdida de prestigio y en otros ha ocurrido todo lo contrario, ha aumentado. Otro reto más para crear un Ejército común, europeo.

Aunque es un caso excepcional, debe mencionarse el impacto que se ha producido en Alemania la sentencia del Tribunal Constitucional donde se autoriza el uso de medios militares en situaciones excepcionales. La Bundeswehr podrá actuar en el territorio nacional "como último recurso y en situaciones de extrema urgencia". En su momento, la polémica surgió cuando tropas alemanas cruzaron las fronteras para colaborar en misiones de paz y ayudas en las grandes catástrofes.

Hay otro aspecto más complejo que plantea disonancias que están por resolver. ¿Qué sentido tiene la seguridad, la defensa y lo militar en estos momentos? ¿Cómo se ven los militares a sí mismos y cómo son vistos por los demás? ¿Existe "el militar" o hay que hablar de distintos militares que ejercen la misma profesión? ¿Cómo se reclutan, se forman y se especializan los diferentes militares que necesitará el Ejército de mañana para actuar en escenarios y situaciones mal definidas e imprevistas? ¿Cómo se promocionan, remuneran y, llegado el caso, cómo dejan el Ejército de forma que todos salgan beneficiados? En una organización institucional como es el Ejército, ¿cómo se exige el cumplimiento de los deberes y cómo se garantizan sus derechos, que se ven limitados por leyes de rango superior? Son cuestiones fundamentales que avisan de que también los Ejércitos han comenzado un nuevo ciclo. La crisis de los Ejércitos debe entenderse en este sentido positivo, hay que encontrar acomodo a una organización que cambia en un escenario que a su vez también está cambiando sin que se sepa el final del proceso.

El análisis comparado muestra que en todos los casos los Ejércitos han realizado un considerable esfuerzo de adaptación. Ese mismo análisis muestra que cuando se creía que se había alcanzado el objetivo se volvía a imponer un nuevo ejercicio de adaptación, y sin el descanso merecido por el *sprint* realizado se anunciaba que había que comenzar de inmediato otra prueba más compleja. Cambios profundos que se realizan sin muchos problemas para los que los imponen pues saben que, por ahora, serán aceptados de manera disciplinada, se asume el malestar como un coste más de profesión tan peculiar, pero en las corporaciones civiles se avisa de que el método desgasta mucho y no se puede abusar. Dentro de un orden, se insiste en que son necesarias las explicaciones medidas para reducir las incertidumbres.

Existen no pocos estudios donde se da cuenta de las razones que dieron lugar a los pronunciamientos militares, asonadas y golpes de Estado pero

falta otro tipo de estudio: habrá que explicar por qué, existiendo unas razones objetivas y subjetivas de malestar en las filas militares, esas mismas filas siguen cumpliendo lo que se les manda; habrá que conocer las razones que hacen callar las protestas militares y los argumentos con los que se modulan las conductas destempladas. La paradoja es mayor cuando el esfuerzo y los sacrificios realizados son poco, o nada, reconocidos por la mayoría, incluso por los beneficiarios netos de su trabajo. La indiferencia rodea el trabajo del militar. Ya no se levantan estatuas conmemorativas, tampoco se llevan a cabo actos solemnes para reconocer acciones excepcionales, que no faltan, y si se produce la excepción apenas trasciende al resto de la sociedad. Los nuevos héroes son ocultados. En estas circunstancias en que domina la indiferencia, ¿qué nuevas imágenes se proponen a los militares en formación como símbolos de la ética militar de hoy que debe servir para el mañana sin olvidar un pasado que no se puede borrar? No basta como explicación acudir al imperio de la disciplina y la entrega a la profesión, hay que dedicar tiempo para encontrar respuestas válidas.

Surgen más preguntas. Los que son pagados de esta manera, ¿cómo se explica que sigan manteniendo el esfuerzo? ¿Sobre qué argumentos siguen trabajando en estas condiciones? ¿Seguirá así rotación tras rotación? ¿Cómo superan la rutina al comprobar que su esfuerzo sirve de poco? ¿Cómo se forma el espíritu de cuerpo entre militares que tienen razones diferentes para serlo? Se podría seguir, los temas para investigar no faltan.

Ha quedado claro que el modelo *ocupacional* (Charles C. Moskos) que se propuso en su momento no puede explicar estas contradicciones, como también que la propuesta de cambiar hacia el modelo ocupacional fue una propuesta nominalista propia de la retórica políticamente interesada de la época. La militar, al igual que otras organizaciones dirigidas al servicio público, sigue siendo una organización institucional cada vez más compleja. El propio Moskos tuvo que reconocer que su modelo dicotómico, institución versus ocupación, no dejaba de ser nada más que un modelo teórico que había sido superado por la tozuda realidad.

El tránsito hacia el modelo policial se estaba realizando como mejor se podía y sin haberlo previsto se vino encima la realidad. Ahora se tiene que trabajar con la lógica de la incertidumbre y la escasez que llega hasta los poderosos: "El equilibrio entre los recursos disponibles y las necesidades de seguridad nunca ha sido tan delicado" (*Sustaining US global leadership: Priorities for 21st Century defence*. 2012).

No se puede ni se quiere renunciar a la seguridad, tampoco se está dispuesto a dejar de ocupar la posición central, que en este caso es de los Estados Unidos. Los ajustes presupuestarios siguen las putas marcadas por el informe económico donde se da cuenta de las necesidades que de-

ben satisfacerse y los recursos con los que se puede contar. El documento económico se resume, tal como se reconoce, con las tres des: duda, declive y deuda. Encontrar el punto óptimo de equilibrio es relativamente fácil sobre la pantalla del ordenador que proyecta el modelo econométrico que satisface estas exigencias. La elaboración de los presupuestos de cualquier país se plantea con los mismos parámetros y se llega a la misma conclusión: hay que hacer todo lo posible para reducir la inseguridad con recursos cada vez más escasos.

Las dudas en el capítulo de la seguridad y la defensa aumentan al evaluar los resultados de las últimas intervenciones militares. Se impone la prudencia pues los resultados no siempre han sido los esperados; las acciones en Irak, Afganistán y Libia han terminado por erosionar el buen ánimo de la opinión pública, y en África, aunque se pueden citar soluciones de éxito, también hay fracasos notables. No se ha realizado una labor de explicación posterior que diera cuenta de las operaciones y de sus resultados, se olvidó la experiencia de Vietnam: las batallas ganadas con costes elevados se pierden de manera sencilla en la retaguardia. La falta de información refuerza la indiferencia y siempre hay quien es receptivo al argumento de para qué se están gastando recursos que faltan en otros apartados del presupuesto.

Cabe pensar que las intervenciones humanitarias continuarán teniendo lugar para imponer cierto orden en el desconcierto internacional pero se impondrá la prudencia, lo más probable es que se calculen con más precisión los pros y los contras antes de intervenir. Mas existe el riesgo de que de la cautela se pase a desentenderse de lo que ocurre al otro lado de la frontera del bienestar, y no resultará extraño que se termine por abandonar a los que necesitan ayuda a su mala suerte. Con toda seguridad, las intervenciones serán más cortas y selectivas e implicarán el uso de fuerzas de menor escala. Se dependerá cada vez más de las tecnologías que permitan intervenir desde una distancia mayor garantizando la seguridad propia.

A partir de los costes políticos de las experiencias vividas y de acuerdo con las exigencias que imponen las tres des citadas, la *responsabilidad de proteger* a las poblaciones agredidas comienza a plantearse bajo otros criterios: la decisión estará más relacionada con los intereses estratégicos particulares de las potencias, los debates sobre la legitimidad política y el poder de persuasión de unos pocos y poderosos que con las leyes internacionales. De paso, se vuelve a demostrar la escasa capacidad operativa de Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad cuando se trata de imponer las leyes humanitarias. Las razones de las intervenciones justas, incluso las de la *guerra justa*, se dejan a un lado si no existe una probabilidad razonable de éxito y con costes de todo tipo considerados como soportables en términos de política de partido. Entre los posibles beneficiarios de esa calculada intervención surge la intranquilidad de

contar con apoyo siempre que interese a quien lo presta. Los posibles beneficiarios netos reconocen a su pesar que “lo único que resulta todavía peor que un dictador cruel es una guerra civil sectaria que responda a intereses ajenos a los que la sufren”.

En los últimos discursos y ruedas de prensa del secretario general de la OTAN, los de abril de 2012, aparecen una serie de argumentos que se repiten para convertirse en la categoría del nuevo escenario en el que se mueve todo lo que tiene que ver con la seguridad y la defensa. Los argumentos de Anders F. Rasmussen son contundentes: se vive una crisis económica que no se había conocido hasta ahora y que condiciona cualquier actividad, la seguridad y la defensa se ven seriamente afectadas por la reducción de los presupuestos de la defensa y la situación económica condiciona los recursos de la Organización y la de los países miembros, afectando el desarrollo de las misiones militares. E insiste, los recortes inevitables que se tienen que hacer no pueden mermar las capacidades de la seguridad del futuro, debe hacerse un esfuerzo selectivo para fijar las prioridades del gasto en defensa. La salida de Afganistán la justifica diciendo que los objetivos se han alcanzado y que ante la retirada de las tropas que operan en Afganistán hay que encontrar la financiación suficiente para el mantenimiento del Ejército y la Policía afgana. La coda final de las intervenciones del secretario general es una, contundente, pragmática y realista ante la situación; solicita la participación y una deseable financiación de países fuera de la OTAN: “*su contribución será bien recibida*”. No se puede pedir más a los que tanto han contribuido en el esfuerzo.

El dilema clásico en la teoría económica que plantea la asignación racional de los recursos limitados proponía elegir la combinación adecuada entre cañones y mantequilla. Ya se ha dicho que el dilema no se puede plantear en términos de suma cero; la seguridad no se alcanza sin desarrollo, y el desarrollo no se produce de no contar con un espacio de confianza y de seguridad. Establecer el reparto justo de la carga exige transparencia y explicaciones detalladas para contar con el apoyo de la mayoría de los ciudadanos. Habrá que demostrar que son gastos y también inversiones que tienen un efecto multiplicador importante, y quien tiene la obligación de explicar las decisiones políticas ha de saber que desbaratar la demagogia es obligación del gobernante y que nunca ha resultado fácil desmontarla.

La vigente Directiva de Defensa Nacional reconoce estas necesidades. Se parte de una declaración poco frecuente en la letra y en el espíritu de otros documentos semejantes: “las Fuerzas Armadas contribuyen de manera singular y esencial a la defensa”; en este sentido, la contribución de España a la paz y a la seguridad internacionales debe ser permanente y exige garantizar su propia paz y seguridad lo que en algunas situaciones supone hacer frente a las amenazas no compartidas. Los españo-

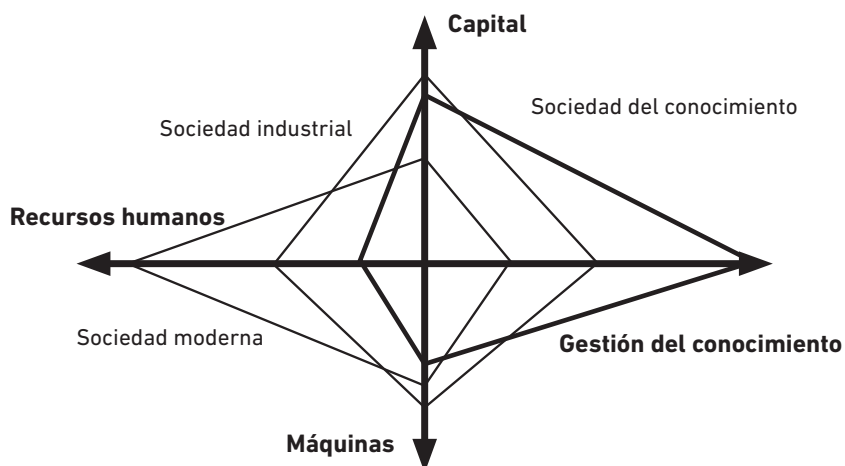
les deben tener “cumplida información de la defensa y (deben asumirla como) una exigencia crítica que obligue a sus representantes políticos”. La defensa se considera como “asunto de indudable trascendencia” donde no cabe la renuncia a la participación que a cada uno le toca por la condición de ciudadano. Se propone como uno de los objetivos de la política de defensa durante la presente legislatura acentuar “el esfuerzo en el desarrollo de una comunicación estratégica de la defensa que tendrá como finalidad fomentar una conciencia de defensa de España y, en más profundidad, una cultura de la defensa”. Los enunciados no dejan lugar a las dudas; habrá que ver cómo se desarrollan las acciones propuestas. No está mal la conclusión: “La mayor garantía de paz y seguridad no es otra que la credibilidad”.

Al tiempo que se proponen estas metas, la Directiva de Defensa Nacional no es ajena a las condiciones que impone la crisis:

Llevar a cabo la necesaria transformación de las Fuerzas Armadas para hacer frente a los crecientes retos estratégicos de España, en un momento de limitada disposición de recursos.

En un sentido traumático, siempre que se habla de transformación la idea se debe traducir en términos de reducción de los recursos con los que se va a contar. Recursos tanto humanos como de capital. En el sentido positivo del término supone combinar de manera más provechosa los recursos disponibles para alcanzar los objetivos propuestos.

Las organizaciones más competitivas y productivas son las que crean valor tanto para la propia organización como para el resto de organizaciones. Los nuevos medios de comunicación y de cálculo, el hecho de participar en las redes (superado el ruido improductivo que producen), localizar sus recursos en *la nube* y todo lo que necesariamente vendrá a partir de ahora mismo está creando un nuevo modelo de organización que hay



que empezar a considerar como se debe. La combinación de las variables que definen una organización, desde la más sencilla a la más compleja, permiten conocer el tiempo en el que se mueven; así, las organizaciones institucionales, los Ejércitos, pueden permanecer en el pasado, quedar inmovilizados en el presente o adentrarse en el futuro. Valga cada una de las combinaciones que se representan a continuación como modelos de los dos momentos por los que han pasado los Ejércitos y el futuro probable hacia el que se encaminan.

El escenario deseable es que se resuelvan las incertidumbres y comience el ciclo de recuperación de la economía. Antes o después se llegará a ese lugar donde volverá la tranquilidad por un tiempo, no puede ser de otra manera, el pasado y todas sus circunstancias quedan relegados a un tiempo que ya forma parte de la historia. Podrán crecer algunos capítulos del presupuesto, otros no crecerán o crecerán menos de lo que sería necesario. Es una conjetura, otra más, pero cabe pensar que de todos los capítulos del presupuesto nacional que no crecerán, uno será el que fija los gastos y las inversiones en defensa.

De acuerdo con la tendencia que se resume en el esquema anterior, los Ejércitos seguirán viendo reducido su personal. Recuperar el servicio militar obligatorio es posible, pero poco probable a pesar de las ventajas que se podrían obtener de mantenerlo con los cambios necesarios. Puede que se mantenga el presupuesto dedicado a la defensa, las máquinas y los sistemas de armas serán cada vez más complejos, pero tampoco cabe esperar fuertes inversiones en este apartado a pesar de los efectos multiplicadores en los sectores de tecnologías avanzadas. Las reducciones en cifras absolutas y en cifras relativas se tendrán que compensar con la cuarta variable que falta: la gestión del conocimiento. Es el proceso que han seguido y están siguiendo las organizaciones empresariales más competitivas, que al tiempo son las más productivas. Estas son las organizaciones que están creando la sociedad del conocimiento.

Gestionar el conocimiento de una organización supone administrar su capital intelectual, que es la variable fundamental de las sociedades desarrolladas que son modernas y avanzadas al mismo tiempo: de las cuatro variables, la gestión del conocimiento termina siendo la variable más rentable por unidad de capital invertido. El capital intelectual es un capital peculiar; a diferencia del capital monetario o del capital físico, el capital intelectual cuanto más se usa no se agota ni desaparece, sino que aumenta y crece de manera exponencial. La dificultad, a diferencia de los capitales físicos, es que no resulta fácil crear ese capital, se requiere tiempo y administrar de manera adecuada los fondos para crearlo.

El capital intelectual es la suma de tres tipos de capitales intangibles. Por un lado, está el *capital humano*. Este capital está formado por los cono-

cimientos formales de los que componen la organización, sus actitudes, el esfuerzo y la disposición y motivación hacia el trabajo, La satisfacción con lo que se hace. Su identificación y compromiso con la organización puede ser temporal y circunstancial, pragmático e interesado. Se añade a todo lo anterior el reconocimiento del valor de cada cual al margen de la posición que se ocupa en la estructura de la organización y de sus conocimientos formales.

El segundo elemento del capital intelectual se define como *capital estructural*, y tiene que ver con las actividades que se llevan a cabo en la organización. La organización sabe hacer cosas concretas y presta servicios de la mejor manera posible. Capta, forma, promociona, remunera y retiene al personal más adecuado para cada puesto. Una parte de ese personal será fijo en cada uno de los niveles de la estructura organizativa; otros, permanecerán durante un tiempo para salir a otras organizaciones y volver pasado un tiempo con nuevas habilidades y experiencias, y un tercer tipo de personal se comprometerá con la organización de manera contractual, fijándose el tiempo de permanencia. El capital estructural aporta al salario de sus empleados un componente intangible que compensa otras limitaciones. Está formado por los conocimientos, habilidades y estilo de vida que se han adquirido durante el tiempo que se trabajó en la organización. Se trata de un salario diferido que se recupera cuando se pasa a trabajar en otra organización.

Hay que añadir un tercer elemento para que se termine formando el capital intelectual de una organización. Se trata de los beneficios que aportan a la organización los vínculos que mantiene con otras organizaciones y por su participación en *redes* en las que se incluyen organizaciones dedicadas a las más diversas actividades. En la red todos salen beneficiados; se forman alianzas, se reducen los costes y se aprovechan las ventajas de la comunicación. También se incluye la *clientela* relevante con la que trata la organización, se mantiene el servicio y la lealtad hacia los clientes y se establece un apoyo mutuo entre clientes y proveedores para no crearles problemas añadidos y sí resolver las dificultades que se presentan hasta donde se puede. Se cuida el valor de la imagen de la organización mediante relaciones y alianzas con otras organizaciones, instituciones, medios de comunicación, laboratorios, centros de investigación, líderes y formadores de opinión.

La gestión apropiada de este capital compensa las reducciones forzadas o necesarias de las otras tres variables que definen una organización. De nuevo, hay que aplicar el principio donde se reconoce que nada se destruye y todo se transforma, y esa transformación puede venir forzada por los tiempos o por la necesidad de ser más eficaz en un escenario complejo y competitivo donde se imponen la incertidumbre y la escasez.

Los cambios de esta magnitud son probables y deseables aunque no sean aceptados por todos ya que algunos pueden resultar perjudicados, pero el beneficio termina por llegar a toda la organización, que es lo que cuenta. Eso sí, el esfuerzo y el sacrificio de unos debe ser recompensado y sobre todo reconocido pues el grupo sigue adelante porque otros dejan de ser una rémora. Aun así, el cambio no garantiza que se resuelvan todos los problemas: unos se solucionan y surgen otros nuevos a los que hay que atender.

El cambio es posible. La experiencia demuestra que *los elefantes pueden bailar*. Basta consultar entre otros los trabajos de Gerstner, Javier Cuartas o Subir Chowdhuri donde explican con detalle los procedimientos que siguieron para conseguir semejante habilidad en organizaciones reacias al más mínimo cambio. Conviene mirar lo que se hace fuera de los Ejércitos, siempre que se aprenda sin imponer la imitación, aunque tampoco han sido menudos los cambios en los Ejércitos, de los que también han aprendido los de fuera. En cualquier caso, debe quedar claro que se alcanza el éxito cuando es decidido el empeño que se pone para ello, no se dice nada nuevo que no se sepa y no se haya vivido en primera persona: los autores citados reconocen que también se puede fracasar y cuentan sus experiencias frustradas. No siempre se puede imponer esta habilidad en todas organizaciones paquidérmicas. Merece señalar los pasos que se dieron allí donde se ha alcanzado el objetivo perseguido.

El recorrido por las situaciones donde se alcanzó el éxito demuestra que no se tuvo en cuenta el aviso cautelar: "En tiempos de turbación, no hacer mudanzas". Se apostó por todo lo contrario. El punto de partida fue en todos los casos el reconocimiento que se había perdido el contacto con las realidades del mercado y ya no servían los argumentos paternalistas de la cultura histórica de cada organización. Los balances no mejoraban recordando los éxitos del pasado; los días de gloria habían desaparecido, como había desaparecido la cómoda posición del monopolio privilegiado donde nadie se la disputaba. Los *marcadores financieros* (cuota de mercado, resultado del balance, cotización en bolsa, valor de marca) avisaron en todos los casos de que se consolidaba la crisis. Trasladando la comparación a las organizaciones de carácter público, también deberían contar con sus propios marcadores que den cuenta de la eficacia y la valoración de sus actividades para saber dónde se está en cada momento.

Las dudas sobre el futuro incierto animaron a proponer soluciones buscando el cambio, que tampoco se sabía cómo debería ser. Ante la probabilidad de desaparecer, se tomó la decisión arriesgada de ir en otra dirección. Se confió en el cambio, se actuó en consecuencia y se fueron tomando y acumulando decisiones dirigidas hacia el objetivo previsto, que no era otro que seguir ocupando la posición principal que se había tenido hasta ese momento. Las decisiones erróneas se eliminaron de forma rápida y sin contemplaciones. El objetivo que se tenía que alcanzar no

se situó en un escenario inmediato, se situó más lejos en el tiempo, y se aceptó que en el trayecto se podían producir errores y pérdidas pues lo que importaba era el éxito final.

En las organizaciones empresariales el cambio se inició por una decisión autónoma de sus consejos de administración pero en las organizaciones públicas la autonomía plantea suspicacias y no pocas Incomodidades. En estas situaciones, se puede pensar desde fuera que el cambio es una decisión corporativa, defensiva, que va en contra de quien ejerce la administración de la corporación; en otros casos, se puede interpretar como una decisión para anular el poder de la organización. En el caso del Ejército, se añade el recelo ante todo lo que supone otorgar autonomía a sus decisiones, recelos que aparecen acompañados por los fantasmas de un pasado que no fue tal como se sigue imaginando. Parece como si no hubiera quedado bien asentado el hecho de que el Ejército es una organización institucional que depende del poder civil, que está en el Estado pero que no es el Estado.

En el momento inicial no se discutió sobre lo que iba a resultar porque no se sabía el final. Quedó claro en todos los casos que se han analizado que los cambios podrían ser muchos y contundentes y que en todas las decisiones que se tomaran debería protegerse la *esencia de la organización*. Al igual que los seres vivos toda organización también es un ser vivo, tiene su propio ADN que debe protegerse, y la genética dice que si se cambia o si hay una combinación diferente en los genes el resultado no es el mismo. Los gestores del cambio tuvieron que tomar esta primera decisión, que no fue fácil. ¿Se pretendía crear una nueva organización o eliminar las distorsiones producidas por la estructura de la organización? Se decidió mantener lo esencial y cambiar todo lo que era convencional.

Cuando se planteó la creación de la Bundeswehr (1955), se comprendió al final que no era posible romper con la tradición, así que se puso orden en el pasado y se asumió lo que no podía faltar en un Ejército. El modelo de *ciudadano en uniforme* supuso un cambio fundamental en el modo de ejercer la autoridad, la responsabilidad del militar en la sociedad y en el Estado. Quedaron mermados algunos aspectos del Ejército tradicional pero las limitaciones impuestas al Ejército por la Ley Fundamental se han ido adaptando, no sin protestas, a las exigencias de la realidad. Paradoja del cambio: la organización se tecnifica, se moderniza sin fin mientras que al tiempo se buscan y se imponen las esencias. En el caso citado se comprobó esta exigencia cuando se planteó la integración del Ejército de la República Democrática Alemana (*Nationale Volksarmee*): en esta ocasión, no se pudo llevar ninguna integración en términos prácticos porque su particular ADN era incompatible con el modelo de sociedad democrática y socialmente avanzada. No fue ni es la única excepción. El Ejército colombiano ha comenzado a trabajar en el sentido de crear la es-

estructura convencional y el sentido de una organización que ya no tendrá que combatir contra la guerrilla.

Los gestores del cambio de las organizaciones fueron capaces de crear la catarsis entre los empleados; consiguieron proyectar sobre todos los empleados lo que resultaría del cambio si se tenía éxito y la situación en la que quedaría cada uno si se fracasaba. La mayoría se vio representada en esos dos escenarios posibles, tomaron sus decisiones y actuaron en consecuencia. Algunos pidieron la baja anticipada, el resto actuó en la dirección del esfuerzo que se les pedía, no hubo necesidad de lanzar discursos grandilocuentes con los que se pretendiera motivar a nadie. Las palabras fueron dejadas a un lado por la evidencia que imponían los hechos, no se podían dar argumentos particulares para convencer a cada uno pues las razones para unos serían opuestas a las de los otros. No importaba lo duro que pudiera ser la toma de decisiones, había que hacerlo rápido, y todos supieron qué se estaba haciendo y por qué. Se actuó ejerciendo como líderes, se demostró sentido de dirección, se procuró que los cambios fueran visibles en todo momento y que se reaccionara ante las dificultades. Nadie hizo de profeta anunciando situaciones apocalípticas ni asegurando soluciones a todos los males. Se destacaron los éxitos a corto plazo y se mantuvo el estilo que habría de alcanzarse al final del esfuerzo. Dedicaron poco tiempo en la definición de los problemas y concentraron los trabajos en las acciones y en las soluciones.

Toda organización tiene una razón de ser, incluso las que se crean con el único objetivo de satisfacer clientelas políticas. En el caso de las que se resumen, todas trataban de seguir ocupando la posición principal en el mercado de cada uno de sus sectores. La actitud del cliente con la organización condiciona los resultados del balance. Está demostrado que “la oferta no crea la demanda” (Ley de Say, 1826), los recursos productivos no permanecerán indefinidamente ociosos por falta en la demanda agregada, que es lo que trata de transmitir esta ley. Los datos de opinión, tomados con precaución, muestran que no existe una demanda de la defensa, sí de seguridad. La Directiva de Defensa Nacional señala el objetivo a conseguir, también otros Ejércitos se plantean la necesidad de demostrar que el concepto de ciudadanía incluye un compromiso con la seguridad y la defensa, pero no resulta fácil explicar cómo los costes de las acciones en el exterior terminan por beneficiar a quien soporta los gastos de esas intervenciones. Tampoco se explican los resultados de los gastos en tecnología militar, que terminan siendo inversiones de las que todos se benefician. En todo el proceso de cambio interesa ganarse la confianza del cliente sin olvidar y demostrando la misma preocupación por los que trabajan en la organización. Debe quedar bien claro quién es *el cliente* de todo lo que tiene que ver con la defensa.

Trascurrido un tiempo desde que comienza el proceso de cambio, se comprueba que los elementos básicos de la organización no son diferen-

tes a los de antaño. La diferencia es su combinación diferente y su forma de presentarse en los nuevos mercados. Cambia todo lo que tiene que ver con las convenciones y se mantienen las tradiciones creativas, y al final se impone la lógica repetida a lo largo de las páginas, que en tiempos de escasez se hace más necesaria si cabe. La energía acumulada a lo largo del tiempo no se puede destruir, se tiene que transformar. Lo evidente no siempre es fácil de reconocer y menos aún de aplicar. Las conclusiones de Domínguez Ortiz siguen siendo válidas aunque hayan pasado algunos siglos desde que localizó los primeros problemas para hacer bailar a otros elefantes, y los trabajos de Acemoglu y James A. Robinson terminan completando los argumentos que explican la quiebra de unas naciones y el éxito de otras. Unos y otros se esfuerzan por explicar los fracasos y los éxitos, pero debe quedar el lado positivo. Sí, es posible conseguir que algunos elefantes puedan bailar. De eso se trata, de aprender tanto de los éxitos como de los fracasos.

**Dimensión cultural de los conflictos,
terrorismo, periodismo y literatura.
Las nuevas armas contra el terror: valores,
héroes y literatura**
Andrés González Martín

**Capítulo
quinto**

No nos mata la oscuridad, sino la indiferencia

Desde el punto de vista de los terroristas, el terrorismo es una forma de comunicación estratégica con el Gobierno, las instituciones y la sociedad en su conjunto. Los atentados son propaganda política para los asesinos. El impacto de sus acciones criminales tiene rápida proyección nacional e internacional, convirtiendo a los terroristas en noticia, sus demandas en problemas y sus razones en tema de debate. Es evidente que la intención de los terroristas con sus crímenes es captar la atención de los medios de comunicación para publicitar su causa y hacer presente su discurso, destacando con la violencia la gravedad, la urgencia y necesidad de atender prioritariamente sus exigencias. Sin medios de comunicación de masas solo los grandes magnicidios tendrían eco social y efectos políticos relevantes.

Los medios de comunicación social se han convertido en multiplicadores y amplificadores de las noticias, incorporando, desgraciadamente en muchas ocasiones, a la agenda política las cuestiones planteadas por los criminales. Cuando el gran protagonista de la noticia es el terrorista, su relevancia crece inevitablemente, afectando al conjunto de nuestro modelo político, que ha convertido la comunicación en el elemento central de su acción. Por eso, cuando los medios se limitan a presentar los hechos refuerzan los efectos del atentado.

Sin embargo, cuando los medios de comunicación contraponen al discurso de la violencia el compromiso con las víctimas y la verdad que existe

más allá de la confrontación partidista, el terror aparece tal cual es sin ningún revestimiento justificativo ni explicativo. El terrorismo pretende ser política, otra cosa es que todos los demás lo acepten así y mucho menos que amolden su agenda, su política informativa y su propio programa a la vileza de un actor ilegítimo. En este sentido, la peor forma de responder al terrorismo, desde una perspectiva democrática, es aceptarlo como forma de acción política buscando responder a sus mensajes con argumentos distintos de la simple condena. A los terroristas se les debe combatir con medidas policiales, judiciales, legales y movilizándolo a la sociedad y su cultura.

Aceptarlos como interlocutores, reconociéndoles alguna forma de legitimidad, supone convertirlos en protagonistas centrales de las aspiraciones de paz y convivencia propias de cualquier sociedad democrática, olvidando los fundamentos democráticos mismos. El uso y aprovechamiento de la violencia política inhabilita para participar en el juego democrático pero no solo eso: convierte a sus protagonistas en enemigos de los principios democráticos. Esta situación coloca no solo fuera a los amigos de la violencia sino también enfrente de la vida en libertad.

El desafío termina necesariamente en una confrontación, que para el Estado debe ser una reafirmación del principio de legalidad y de los valores que la sustenta, mientras que para los terroristas será una declaración de guerra. La guerra puede terminar con una victoria, con una derrota o con una negociación pero la ley no tiene tantas opciones; las resoluciones de los tribunales no se negocian fuera del ámbito judicial ni tampoco dentro. Este panorama, que coloca a unos pocos en estado de guerra y a la mayoría comprometida con el respeto a la ley, ofrece muchas más líneas de acción a los terroristas que al Estado. El enemigo tiene más opciones porque cualquier negociación es una victoria para la lógica de la guerra y una derrota para la lógica de la ley. La negociación es una victoria para la lógica de la guerra no solo por lo que supone de conquista ilegítima sino, sobre todo, por lo que supone de reconocimiento y de validación. El Estado cede porque es débil, por lo tanto no tiene valores sólidos para sostener el pulso, o bien lo hace porque no tiene más remedio que reconocer sus incoherencias, lo que supone reconocer la justicia de la causa de la violencia.

Si los terroristas no son derrotados, el soporte ético de la vida social queda puesto en cuestión, sea por debilidad o por inconsistencia. Al pactar con los terroristas quizá, desde luego no es probable, podremos celebrar en su momento los veinticinco años de paz, entendiendo la paz exclusivamente como ausencia de violencia y no como un orden de libertad, de justicia y de convivencia. Desgraciadamente, este tipo de paz nos impediría sentirnos orgullosos de haber vivido veinticinco años de libertad pues algunas propuestas de paz son incompatibles con la dignidad y terminarán siendo insoportables.

La paz como acontecimiento ofrece muchas posibilidades. Realmente, ninguna paz es igual a las demás. Muchas paces son posibles y no todas valen lo mismo: algunas son más simpáticas que otras y, desgraciadamente, las hay verdaderamente monstruosas. Ahora bien, quien coloca la ausencia de violencia siempre por encima de cualquier otro principio está destruyendo toda capacidad de resistencia frente a las paces que asustan solo con imaginarlas. Violencia y justicia, guerra y derecho no siempre están en oposición, hay una violencia legítima que existe por ser inherente al propio derecho la defensa de sus fundamentos y sus resoluciones; pero fuera de la ley y el derecho toda violencia es ilegítima y deslegitimadora. La diferencia hay que explicarla y los medios de comunicación tienen su papel. El arte y la cultura también tienen el suyo porque una cultura de la paz fundada exclusivamente en el rechazo a la violencia es al menos insuficiente. Realmente, la cultura del "no a la guerra" nos desarma frente a cualquier agresión cuando no es la guerra fruto del ataque sino de la decisión de la defensa para prevalecer. Frente al ataque terrorista violento e ilegítimo surge la necesidad de respuesta, que en este caso ha sido una defensa legal y en ocasiones legítimamente violenta contra la agresión.

El dolor aparece inevitablemente cuando es necesario oponerse al discurso de la violencia con las armas de las leyes. Un dolor que afecta tanto al próximo del que ataca como al próximo del que defiende. Pero aunque los dos dolores duelen, no son iguales en términos de valor y sentido. De la misma forma que hay un uso legítimo de la violencia y otro uso ilegítimo, hay un uso político legítimo del dolor y otro ilegítimo. El dolor que fundamenta una política democrática basada en la igual dignidad de todos los hombres y en el respeto a la ley es un dolor pacificador, es un dolor con una función valiosa que enseña a buscar el bien común; el dolor que fundamenta la aniquilación de los derechos políticos y sociales del que discrepa es un dolor que alimenta el odio, es un dolor con una función perversa que destruye la posibilidad de buscar el bien común. Esta diferencia también hay que explicarla: todos sufren pero no todos son víctimas que merece la pena recordar. Hay un sufrimiento con sentido político democrático y otro no, y la equidistancia en estas cuestiones es peor que un pecado, es un error: un pecador puede arrepentirse, un imbécil no.

La fundación Víctimas del Terrorismo publicó en 2003 un libro titulado *Terrorismo, víctimas y medios de comunicación* en el que los directores de los más importantes periódicos españoles, agencias de noticias y cadenas de radio y televisión escriben un artículo reflexionando sobre el tratamiento informativo del terrorismo y de sus consecuencias. Entre los colaboradores de la publicación se encuentran los directores de *La Vanguardia*, *El Correo*, *Deia*, *El País*, *El Periódico de Cataluña*, *El Mundo*, la agencia EFE, Servimedia, Colpisa, *La Razón*, *ABC*, Cadena SER, COPE, RNE,

RTVE y otros. La lectura de las diferentes aportaciones de estos relevantes periodistas pone en evidencia un importante giro informativo provocado por el asesinato de Miguel Ángel Blanco. Hasta entonces, con mayor o menor claridad existieron “comportamientos sociales e informativos más que dudosos y con cierto tono vergonzante cuando se hablaba de las víctimas.” Las víctimas sufrían primero el atentado, luego el olvido y finalmente la silenciosa exclusión. Rogelio Rodríguez, director de Colpisa, cita a Miguel de Unamuno para reflejar esta realidad: “No nos mata la oscuridad, sino la indiferencia.”

Desde el cruel asesinato del concejal del Partido Popular en Ermua, Miguel Ángel Blanco, los medios de comunicación españoles han descubierto que no es posible la neutralidad. Los periódicos, las cadenas de radio y las televisiones han devuelto la voz a las víctimas que tanto tiempo habían permanecido olvidadas. Antes del 12 de julio de 1997 habían muerto muchos españoles, algunos de ellos después de un cruel secuestro, pero fueron necesarios muchos años y muchos crímenes para que el compromiso de la prensa y del mundo de la cultura se expresara abiertamente con claridad a favor de las víctimas. Fue necesario no solo la sacudida en las conciencias del cruel asesinato de Miguel Ángel Blanco, sino también un cambio en la percepción de lo que representa la violencia política en una parte de la sociedad. Como explica el escritor Arcadi Espada en el discurso pronunciado al recibir el premio Francisco Cerecedo de periodismo, “una de las flaquezas de la lucha contra el terror fue la relativa naturalidad con que los medios de comunicación dieron cuenta del goteo de muertes de finales de los años setenta y principios de los ochenta, aquella época en la que asesinaban a un hombre cada setenta y dos horas”. Más explícito es el propio Arcadi en un artículo titulado *El tratamiento periodístico del terrorismo*, donde afirma: “... en definitiva, la muerte aparecía, sí, pero disimulada. Los diarios españoles progresistas de la época no se percataban de lo que sucedía en España respecto al terrorismo, ni desde el punto de vista de la redacción ni desde el punto de vista del tratamiento tipográfico o de la selección de la información”.

Es verdad que la situación cambió y que ese cambio ha provocado importantes éxitos en la lucha contra el terrorismo pero, si una vez hubo un giro en un sentido, sería posible un nuevo reposicionamiento. La crisis económica y el abandono de la violencia por ETA pueden conseguir que otra vez nos traguemos la muerte. En la primera transición, el silencio tuvo una razón política; hoy tendría otra no muy distinta. La actual situación favorece el olvido. La angustia de las nuevas prioridades nos impiden distinguir lo inmediato de lo importante. El caso es que la percepción de los principales problemas de España, pulsada por el Centro de Investigaciones Sociológicas, nos ofrece datos reveladores que favorecen un disimulado deslizamiento.

Durante este siglo, en repetidas ocasiones, según los datos del CIS, el terrorismo de ETA ha sido entendido por los españoles como el más importante de los problemas. En 2001 seis meses colocaron al terrorismo en primer lugar, en 2002 solo un mes estuvo a la cabeza y en 2004 lo estuvo en dos ocasiones. No sería hasta 2007 cuando el terrorismo volvería a colocarse en primera posición, en este año nada más y nada menos que durante siete meses. Desde entonces, la percepción del problema ha cambiado, y en la actualidad el paro es la gran preocupación. En marzo de 2012, los datos del CIS son los siguientes, respecto a los tres problemas principales que existen actualmente en España:

- Primero, el paro, con un 84 %.
- Segundo, los problemas de índole económico, con un 49,2 %.
- Tercero, la clase política, con un 18,1 %.

Paro, economía y clase política son los tres mayores problemas para los españoles en marzo de 2012. El terrorismo de ETA solo preocupa al 1,3 %, una cifra ridícula comparada con el 70,3 % de marzo de 2001 o con el 73,4 % de marzo de 2004. Hoy, en España ETA no preocupa y eso ahora mismo es muy peligroso. Por otra parte, curiosamente en medio de una crisis que todo el mundo reconoce va mucho más allá de la pura dimensión económica, solo el 2,3 % de los encuestados identifica como problema principal la crisis de valores. Terrorismo y valores en 2012 no interesan a los españoles y todo se mueve en el ámbito de la crisis económica y sus efectos. Parece claro que los valores no cotizan ni producen y que la descomposición de España y el prohibitivo coste del Estado de las autonomías no afecta a los españoles ni a su economía. Pero quien tiene la obligación de mirar más allá de lo inmediato debe saber ligar los diferentes horizontes temporales y no dejarse atrapar por la última de las encuestas. La destrucción de la unidad del mercado español y de la unidad nacional, el elevado coste del Estado de las autonomías tal como está planteado, la acción encubierta del entono terrorista y, por supuesto, la pérdida de vigencia de los valores democráticos también tienen consecuencias económicas.

Es posible que pueda parecer exagerado decir que la existencia de ETA genera hoy un importante coste económico, pero lo cierto es que nadie se ha atrevido a evaluar sin tapujos el impacto que la banda terrorista ha tenido en la vida social, política y económica española. Ciertamente, ETA ha sido uno de los grandes actores de la vida política española en los últimos cincuenta años. Es difícil no reconocerla como poder fáctico pero sería todavía más doloroso llegar a identificarla demasiado tarde como un poder constituyente posmoderno capaz de deconstruirlo todo. Analizar de qué manera la existencia de ETA ha degradado nuestro sistema político (baste recordar el GAL), cómo lo ha conformado y su coste en términos de eficacia del Estado nos ayudaría a no volvernos a olvidar

de los muertos. Recordar a las víctimas no es solo un problema ético sino también de interés. En este caso, desde luego sin confundirlos, intereses y valores apuntan en la misma dirección. Si la existencia de ETA pudo influir en la construcción política del Estado de las autonomías, podría llegar a pasar que el abandono de la violencia de ETA pueda influir en su destrucción. Por supuesto que esto tiene consecuencias en términos de empleo, de inversión, de prosperidad y de bienestar pero esa aproximación no es la que nos ocupa ahora sino solo para recordar la necesidad de mantener la tensión del compromiso nacional de reafirmación de los derechos individuales y las libertades públicas también en momentos de grave crisis económica.

Decía Chesterton que “la gran debilidad del periodismo, como pintura de nuestra existencia moderna, proviene de ser pintura formada enteramente de excepciones”. La excepción en su momento fueron las acciones terroristas; la excepción hoy, a pesar de su relevancia, es la crisis. Porque si atentados y crisis han sido y son ciertas partes de nuestra realidad, también son ciertos que la inmensa mayoría de la población no participaba o aprobaba las acciones terroristas y que son muchos los trabajadores que siguen madrugando todos los días para ir a su trabajo. Las crisis económicas son parte de la recomposición del nuevo periodo de prosperidad. En medio de la violencia la mayoría opta por la paz y en medio de la gran crisis la mayoría se las apaña para sostener la situación confiando en que las cosas mejorarán, indicando que los españoles, a pesar del terror y la incertidumbre, todavía se mantienen en pie. Esto último es, en el fondo, con mucho lo más interesante.

El terrorismo como fórmula de inhabilitación de un relato

En el mes marzo de 2002 el general israelí Arie Amit, en la ciudad de Washington, sorprendía a su auditorio cuando afirmaba durante una conferencia que los Estados Unidos no se impondrán en su lucha contra los terroristas a menos que los norteamericanos entiendan su lenguaje, su literatura y su poesía. Para este general retirado, el conocimiento del idioma y de la producción literaria del enemigo es esencial para poder derrotarlo. Estoy seguro que muy pocos de nosotros, si tuviésemos que diseñar un curso para formar a los mandos responsables de la lucha contra el terrorismo, nos preocuparíamos de elegir como materia de estudio las poesías, las novelas y los cuentos que leen, escuchan o ven en cine los militantes e ideólogos del terror.

Sin embargo, un general israelí, al referirse a lo que es preciso saber para enfrentarse a los terroristas, considera capital un asunto que pasaría totalmente desapercibido para la mayoría de nosotros. Ciertamente de este tema los israelíes saben mucho, no solo porque han luchado con determinación contra los terroristas palestinos durante

muchos años sino también porque han utilizado esta forma de lucha con determinación para alcanzar y sostener su independencia. La historia de Israel, desde su gestación como Estado, pasando por su independencia y siguiendo por sus guerras y paces, está marcada por la violencia terrorista. No es por lo tanto una extravagancia conceder a priori a sus generales el título de maestro y la condición de autoridad en esta materia.

El terrorismo no es algo que sufren y han sufrido los judíos sino también es algo que han practicado en repetidas ocasiones. En relación con esto último, basta recordar el atentado del 22 de junio de 1946 contra el Hotel Rey David de Jerusalén, sede de la Comandancia Militar del Mando Británico en Palestina. Esta acción terrorista la protagonizó el Irgún, organización radical judía, y fue decisiva para acabar con el mandato británico. Menajem Beguin, que posteriormente sería primer ministro de Israel y premio Nobel de la Paz, fue protagonista de este crimen como líder del Irgún.

En el atentado contra el Hotel Rey David murieron 91 personas al saltar por los aires los siete pisos de una de las alas del hotel. Pero esto no es solo un acontecimiento del pasado sino también es parte de la memoria viva de algunos. En julio de 2006 el Centro Menajem Beguin organizó un acto conmemorativo del sesenta aniversario del atentado, al que asistieron además de antiguos miembros del Irgún el ex primer ministro Benjamín Netanyahu. En este acto se descubrió una placa recordando la acción. Para algunos ciudadanos de Israel, entre ellos personalidades muy destacadas, una masacre terrorista es todavía, a día de hoy, un acto que puede y debe celebrarse. En su momento, en 1946, la Agencia Judía condenó la acción criminal y la Hagana suspendió la cooperación militar con el Irgún pero, sesenta años después, la memoria del atentado y la placa que lo recuerda provocó las protestas del embajador británico y del cónsul general en Jerusalén.

Esta no es la única placa que conmemora un atentado. Antes de comenzar la guerra en Bosnia, en su capital, Sarajevo, en el lugar donde se cometió el que probablemente sea el atentado con más graves efectos de la historia, una placa recordaba como héroe de la libertad a Gavrillio Princip, asesino del archiduque Francisco Fernando de Austria y su esposa. Un joven terrorista de 19 años, que con tres disparos mató a dos personas de la familia imperial de Austria y que con su acción provocó el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, era recordado hasta hace poco con orgullo en la antigua Yugoslavia.

En los Balcanes ha habido suficientes actos de terror como para doctorar a varios miles de expertos. Muchos de ellos nos han enseñado hasta dónde pueden llegar sus conocimientos. Las consecuencias están a la vista. Estos entusiastas expertos han entendido el terror, quizá lo siguen

entendiendo, como una fórmula eficaz para construir un discurso de impugación a una realidad que rechazan y que son incapaces de transformar de otra forma que no sea destruyéndola. De esta manera, el terror primero se convierte en un estimulante mecanismo para sostener la pervivencia de un sueño cargado de resentimiento y, después, en un iniciador perfecto de un dinamismo destructor de lo que de justo pueda tener cualquier causa. El efecto final es que cualquiera, sea médico, músico, psiquiatra, sociólogo, historiador, sacerdote, panadero, campesino o soldado termina convirtiéndose en un dragón y cualquier sueño en una pesadilla. El proceso es rápido y difícil de eludir. Cuando alguien decide convertir a todos los que le rodean en dragones y combatirlos como dragones, casi inevitablemente se transforma en un dragón que con el fuego de su boca todo lo quema.

La espiral no podrá detenerse si a esta tendencia deshumanizadora le unimos el rugido de un coro fanático que, durante muchos años y aún hoy en día, repite el estribillo estridente del himno que ensalza al que apretó el gatillo o colocó la bomba. El coro que canta la mentira que esconde toda violencia es lo que la permite pervivir y difundirse. La violencia envejece rápidamente, y el atractivo que inicialmente puede provocar pronto se desvanece porque arrastra al hombre a dejar de serlo. La violencia pronto deja de estar segura de sí misma y para sostenerse con la cara limpia necesita invocar a la mentira. "La violencia solo puede cubrirse con la mentira, y la mentira solo puede mantenerse con la violencia." La propaganda en los medios de comunicación y en lo que se presenta como cultura es imprescindible para convertir la guerra terrorista en un conflicto prolongado.

Desenmascarar el pacto entre la mentira y la violencia es responsabilidad de cada uno. Es una decisión personal. Es una decisión libre que tiene un precio. El precio que arrastra rechazar la mentira y la violencia es alto y supone aceptar el sufrimiento por amor a la verdad y a la justicia. Esta libre disposición es constitutiva de la grandeza del hombre que elige la verdad, la justicia y el dolor frente a la mentira, la violencia y su comodidad. El sufrimiento es inevitable cuando alguien decide levantarse contra los dragones sin estar dispuesto a convertirse en uno de ellos. La bestia sabe cómo hacer daño, está entrenada para ello, pero al hombre no le hace hombre esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, apostar siempre por el bienestar personal es ceder la soberanía al más cruel y al menos humano. "Cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reina la violencia y la mentira."

Aquí en nuestro país también hay placas que recuerdan el nombre de los criminales. Desgraciadamente son muchos, aquí y allá, los que saben de terrorismo por propia experiencia. Han aprendido unos practicándolo, otros sufriendolo y algunos de las dos formas. Pero al final, cuando de lo

que se trata es de empezar un nuevo capítulo de la historia, lo importante no es lo que se conoce del terrorismo, lo verdaderamente trascendente es cómo se enjuicia.

Un juicio genera una actitud personal y social frente a lo que se juzga. La tibia indiferencia es una actitud posible cuando nada relevante está en litigio pero cuando lo que está en juego es la esencia de la propia convivencia, la indiferencia es una forma de despreciarla. Reconocer la posibilidad de que una de nuestras calles luzca una placa con el nombre de un criminal o de un terrorista no es reflejo de prudencia sino posiblemente, en el mejor de los casos, de escepticismo. Llegar tan lejos refleja la enfermedad de la voluntad de las gentes que viven en la opulencia. El espacio público no puede estar abierto al recuerdo de los criminales si el Estado, la sociedad y los ciudadanos creen que una paz justa es posible. Aceptar el relato que ensalza al terrorista y la memoria de los que le aplauden tiene consecuencias sobre todas las demás memorias y sobre todos los otros relatos, realmente los inhabilita.

La verdad está en las víctimas

Un atentado terrorista puede tener muchos efectos y múltiples interpretaciones pero el sacrificio de las víctimas es para todo el mundo inquestionable. Un atentado puede ser controvertido en muchos aspectos pero nadie, ni siquiera los terroristas, puede ignorar el valor del dolor de las víctimas. Ellos precisamente son muchas veces los más conscientes del valor de ese dolor. El dolor vale en este caso tanto como se rechaza, cuanto alguien más se opone a él más duele. Por eso, cuanto más sensible es una sociedad al valor de la vida humana y con más fuerza rechaza el uso político de la violencia más vulnerable es a las acciones terroristas. Si, además, a la vida humana la desnudamos de otro sentido que el mero vivir dentro unos estándares sociales de calidad de vida, el influjo potencial de los violentos se multiplica. En este entorno nuestro posmoderno, el terrorismo termina trazando una confusa función hiperbólica que solo puede desdibujarse con la determinación del que acepta el riesgo de convertirse en víctima, aunque para el pensamiento débil esto sea una imposibilidad. Evidentemente, para aceptar ese riesgo hay primero que conocer su sentido, hay que estar seguro de que merece la pena y de que será reconocido.

El más grave de los daños que nos puede imponer la violencia política es la disolución de nuestras creencias. Los terroristas pueden acabar robándonos todo aquello en lo que habíamos creído. La paradoja que se nos presenta no es fácil de asimilar y desde luego rompe con la lógica de los que aspiran al paraíso en la tierra: la única forma de defender la vida y la libertad es aceptando el riesgo de que nos la arrebaten de un tiro sin

perder la convicción y compostura. El panorama contradictorio que nos impone la lucha contra el miedo marca un camino tortuoso para el hombre que busca vivir la dignidad de lo humano. Cuanto más rechazamos el dolor más duele, cuanto más miedo nos da sufrirlo más nos atenaza, y los terroristas lo saben.

Responder al miedo exige estar dispuesto a pagar todos los días el más alto de los precios mientras nos esforzamos por llegar a fin de mes. Desgraciadamente, en la sociedad del bienestar los héroes parecen tontos y los terroristas lo dan por descontado. El problema es de cosmovisión. Mientras estemos convencidos de que el Estado puede y debe asegurarlo todo sin comprometerse con nada, no estaremos dispuestos a sufrir y pagar el precio necesario para ser libres. Es una pena pero muchos piensan que el precio de la paz lo deben pagar otros, además el propio Estado nos educa en este principio. Pagamos impuestos fundamentalmente para no sufrir, para no temer, para no morir sufriendo. No pagamos impuestos para que se nos exija ser héroes. Precisamente en eso en gran parte consiste el contrato social moderno; el ciudadano renuncia a la dignidad de ser héroe y el Estado se encarga de garantizar su bienestar a cualquier precio. El ciudadano se declara conforme con el resultado político mientras le dejen en paz. Si los violentos se empeñan, la literatura de los criminales entonces pronto empezará a leerse en la escuela, sus mentiras pronto encubrirán sus crímenes. La literatura quedará de esta manera interrumpida por la fuerza, mutilando la memoria de una nación o de toda una civilización. Pero aunque no llegásemos tan lejos, la fragmentación de los relatos, la imposibilidad de construir un relato unitario y coherente, terminaría arruinando la imprescindible unidad de espíritu nacional. Los compatriotas sorprendentemente acabarían dejando de entenderse y la nación se olvidaría temporalmente de sí misma. Las generaciones perdidas serán generaciones muertas, sin herencia que transmitir al futuro, y sus descendientes tendrán que dar un salto hacia atrás para encontrar con claridad el legado de su esencia. Las nuevas generaciones, sin el relevo de las inmediatamente anteriores, tendrán que buscar en el arte y en las letras del pasado el recuerdo de su ser. El arte y las letras son capaces de transmitir enteramente el peso de una larga experiencia vital, con todas sus cargas, colores y esencias, porque dejan al descubierto lo verdadero, lo bello y lo bueno. Al menos, lo bello, y si hacemos caso a Dostoievski podemos confiar en que "la belleza salvará al mundo."

Hay una particularidad en la esencia de lo bello, una singularidad en la sustancia del arte, la auténtica obra de arte es totalmente irrefutable, e incluso subyuga al corazón que se opone a ella.

Julián Marías pensaba que "el espesor del presente" de una nación se podía medir en función de su literatura, aclarando que ese espesor no depende de la literatura escrita en cada país sino de la que realmente se

lee en cada momento. Para descubrir cuál es la concepción del mundo, las motivaciones y la escala de valores de una sociedad, su literatura es una aceptable referencia:

En la literatura la vida se hace transparente a sí misma. Pueblos y épocas se comprenden en la medida que tienen una literatura adecuada. Gracias a ella adquiere un sentido preciso el verbo vivir en una situación y se hace posible la participación personal en las formas de vida colectiva.

Cuando el espesor del presente es insuficiente, la retórica del poder puede degradarlo todo. La superficialidad del conocimiento de lo humano permite una más fácil manipulación de las realidades y de las palabras y, todavía más, permite separar lo material de lo espiritual, lo real de lo conceptual, los hechos de los pensamientos, los actos de las palabras. En el lenguaje político moderno se ha hecho todo lo posible, y se ha conseguido, arrinconar la palabra deber. Claro que esto es consecuencia de haberse olvidado antes del todo el valor de la palabra ser. Sin ser y sin deber no puede entenderse el sufrimiento y sin aceptar el sufrimiento no se puede resistir la embestida del enemigo asimétrico. La negociación, según el nuevo modelo, no es una opción, es un imperativo. La única forma de acabar con los violentos es alimentando su ambición, confiando en ser capaces de empacharlos.

Una sociedad de hombres fuertes sería capaz de soportar el dolor pero ese tipo de hombre no es el moderno. Salir de la modernidad y la posmodernidad es necesario para colocarse por encima de lo moderno y lo antiguo, por encima de las modas, y de esta manera vislumbrar lo eterno. Entonces el sufrimiento empezaría a ser sereno y dejaría de doler. Cuando el hombre descubre que el tiempo es solo una criatura, una nueva luz permite entender que el auténtico mal no es el dolor sino el miedo a padecerlo. La contingencia del tiempo nos descubre la transcendencia del dolor: donde hay dolor algo importante está en juego. Las espadas están en alto y podemos ganar aunque no lo veamos hoy, ni pronto. La luz de lo permanente desvanece el desaliento y la inquietud. Nuestro deseo no pierde de vista su meta, sea cual sea el pronóstico para mañana. Entonces, la esperanza se renueva porque el deseo de ser dignos se percibe como posible y accesible aunque no sepamos cuándo. El enemigo asimétrico, sea cual sea su causa, podrá ser derrotado.

No se puede desear nada de forma eficaz si psicológicamente tenemos la sensación de ser incapaces de alcanzar lo que deseamos. En estas circunstancias, la voluntad se rinde; al menos por hoy, sería bueno evitarlo. Cuando la voluntad desfallece, es necesario para volverla a despertar una labor de remodelación de nuestras representaciones que nos permita percibir de nuevo lo que queremos como accesible y deseable. Reavivar la voluntad nos impone la obligación de cambiar de paradigma

y una buena forma de empezar es cambiar de lecturas. Antes que cualquier otra cosa es necesario recobrar la esperanza en lo que creemos y en nuestra capacidad para vivir según los principios que supone nuestra creencia.

Una reconfiguración de nuestras percepciones permitirá a la sociedad llegar a aceptar el precio y dejar de ser pasiva frente al dolor que impone la lucha contra el terror. Frente a la simple resignación, se impondrá la verdadera aceptación. El resultado es que no nos limitaremos a sufrir las consecuencias de los ataques sino que de alguna forma seremos capaces de elegirlos, significando elegir realizar un acto de libertad que supone el rechazo del terror. Entonces, el valor del dolor sería infinito para las víctimas y nulo para los victimarios. La víctima que asume su papel se convierte de esta manera en el héroe más indómito y la resiliencia de la sociedad se fortalece.

La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana. A su vez, la sociedad no puede aceptar a los que sufren y sostenerlos en su dolencia si los individuos mismos no son capaces de hacerlo y, en fin, el individuo no puede aceptar el sufrimiento del otro si no logra encontrar personalmente en el sufrimiento un sentido, un camino de purificación y maduración, un camino de esperanza... pero también la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque, en definitiva, cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reina la violencia y la mentira.

Benedicto XVI, carta encíclica Spe Salvi sobre la esperanza cristiana.

Llegar tan lejos exige estar convencido de que no todas las opciones son iguales. El empate entre el bien y el mal, el relativismo, no puede alimentar la resistencia. Solo los héroes merecen ser recordados, solo los buenos merecen ser considerados, solo los buenos pueden ser la referencia, solo los buenos son un modelo de vida. Y los buenos son los que hacen el bien, dejemos que la belleza salve al mundo.

Esta actitud es posible cuando personalmente y socialmente se ensalza el valor de los valores sobre los que se fundamenta la vida social. El discurso de los valores es necesario pero no suficiente si no está hecho vida. Solo cuando los valores se identifican con personas que intentan vivirlos son creíbles, sin rostro humano los valores son solo retórica. Cuando descubrimos la tensión que en otros genera la lucha por vivir

según unos principios, es cuando aceptamos la legitimidad de su palabra para impulsarnos más allá de lo que nos interesa. Para poder resistir el dolor que otros nos imponen necesitamos un crucificado al que mirar con respeto, esperanza y admiración. Los héroes cumplen una función por lo que hacen pero también por lo que enseñan a hacer. Sin héroes, la indiferencia gana.

Además, vivimos un tiempo en el que se está produciendo una revalorización del testimonio y del testigo como fuente primaria de conocimiento. El auge de la cultura digital permite una relación más directa e inmediata, donde el impacto emocional de la imagen es más fuerte que las reflexiones más profundas. La literalidad del lenguaje pierde peso frente al lenguaje figurativo. Las relaciones son más personales y el poder del protagonista del mensaje es tan relevante como el mensaje mismo. Realmente, protagonista y mensaje son parte de lo mismo, ambos construyen una relación cada vez más interactiva. Frente al saber tradicional, encerrado en los libros, el testimonio y el testigo ganan terreno e influencia. Este aspecto es relevante y potencia la importancia que siempre ha tenido el compromiso personal. Con esta nueva perspectiva el peso del papel de la memoria viva de las víctimas se multiplica.

Para poder ganar a los terroristas es imprescindible recordar a los héroes. Todos los héroes merecen ser recordados, se llamen como se llamen; Francisco, Fernando o Gregorio, archiduque o concejal, los que han pagado el precio son un ejemplo del que sentirse orgulloso. Las únicas placas que deberían pervivir son las que recuerdan la memoria de las víctimas. Frente al debate que pretende imponer el terror, el silencio de las víctimas es el estruendo definitivo que apaga cualquier exigencia, porque la verdad está sin discusión del lado de los mártires. Cuanto más lejos estén las víctimas de la solución más lejos estamos de la paz de los espíritus.

Existe un deber de memoria que supone un esfuerzo por testimoniar pero también un esfuerzo por escuchar el testimonio. Celebrar el recuerdo de las víctimas es importante. En primer lugar por lo que supone de reparación y desagravio, pero en segundo lugar, y desde luego este aspecto es políticamente más relevante, por los mensajes que transmite la propia celebración. El valor político del rechazo a la violencia ilegítima que supone la aceptación de la condición de víctima al no responder al terror con el terror se descubre de forma progresiva con el paso del tiempo. No todo el mundo ante los atentados descubre el sentido de la no respuesta. La pura venganza no es siempre identificada como un contravalor y la superioridad ética del que confía en la vigencia del Estado de derecho y el poder de la legalidad no es, desde el primer momento, un factor de poder justamente ponderado. Solamente cuando el tiempo puede poner a la memoria en perspectiva se puede identificar lo que tiene de virtud y de valor político la condición de víctima. Por eso, la celebración de la memo-

ria es esencial, nos permite profundizar, actualizar y extender el sentido del sacrificio que recordamos. El Estado, de esta manera, es capaz de recolocar una tragedia personal poniéndola en acción con un potencial pedagógico creciente que se proyecta sobre nuevas generaciones. La pedagogía de la celebración supera a la del simple recuerdo. Las víctimas merecen ser celebradas porque políticamente su dolor tiene sentido. No hacerlo es perder la oportunidad de reforzar la legitimidad del Estado frente a la violencia ilegítima. La celebración, por tanto, es política pero también ética; porque el dogma político, que subyace en el reconocimiento del sufrimiento injusto que confía en el Estado, es consecuencia del compromiso ético de la sociedad, que renuncia a la venganza.

Pero la pregunta que puede surgir es: ¿cómo celebrar la memoria de las víctimas cuando estas desaparezcan? ¿Qué pasará cuando la generación que protagonizó el drama haya muerto? El peligro de perder lo aprendido existe pero este peligro puede afrontarse. El legado de la memoria puede prevalecer si las vivencias, que en su momento iluminaron la conciencia de sus contemporáneos, se transforman en un relato capaz de transmitirse con la tensión suficiente para ser validado, con el paso del tiempo, por las nuevas generaciones. Es muy importante que la literatura testimonial constructora de esta narrativa no se conforme con contar lo que sucedió, con relatar los hechos, sino que fundamentalmente sirva para acercarnos a los sentimientos de los protagonistas, a su dolor y a su sufrimiento. Llegará por tanto un día en el que dejemos de celebrar la memoria de las víctimas para empezar a celebrar su relato sin que esto suponga olvidarnos de su dolor. Entonces, el arte tendrá que sustituir la ausencia de los protagonistas. Las canciones, las poesías, la novela, la música, el teatro, el cine, la pintura, los monumentos seguirán enseñando las lecciones que escribieron con su angustia personas perdidas en el tiempo.

Pero el verdadero anclaje del recuerdo depende mucho de la capacidad de insertar esta nueva narración en el entramado cultural y ético vigente en una sociedad. En la Alemania de Hitler, las víctimas eran culpables, su recuerdo generaba rechazo. Para el nacional socialismo, los únicos muertos que podían ser ensalzados eran los que habían vivido y muerto matando; en el mundo cultural y social del nazismo un relato protagonizado por las víctimas no tendría nada que aportar y sería rápidamente rechazado por su cosmovisión perversa. Sin embargo, para una sociedad cristiana no hay nada más valioso que el sacrificio del inocente.

Aceptar que la verdad está en las víctimas es fácil para un cristiano que mira la cruz. La estrategia de Dios para salvar al mundo pasa por hacerse víctima propiciatoria. Doce legiones de ángeles formaban listas para hacer justicia pero el gesto que esperaban del rey no llegó. El holocausto, el sacrificio total del cordero inocente, es la fórmula de Dios para ejercer su pedagogía con el hombre. La cruz redime. Todo se recapitula en la cruz, que se convierte en la única esperanza. Allí donde hay una cruz, donde

hay un patíbulo, está el Hijo de Dios. El símbolo de la cruz es, en nuestra cultura occidental, el que mejor puede representar al caído inocente. La cruz de los caídos inocentes es también el signo de los redimidos, la víctima al lado de la cruz está en trance de resurrección. No hay mejor monumento para un héroe del silencio.

Desgraciadamente para la paz, la luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas porque sus obras eran erradas. Pero en medio de la oscuridad, mientras perviva algo de humano en el entorno cultural del criminal, hay posibilidad de conversión. En el arsenal de los terroristas la única arma de superioridad con la que cuentan es su causa, su palabra, su literatura, su arte. Desarmarles de ella puede exigir estudiar curiosos currículos.

El plan de estudios de los expertos en contraterrorismo puede estar lleno de humanidades. La guerra irregular es una forma de encuentro donde lo humano, en este caso la voluntad de resistir, desborda los límites que impone la superioridad de las armas. La persuasión es esencialmente un proceso emocional e intelectual. La tecnología policial o militar no puede contener y conformar la pasión, el miedo y el interés de los hombres; si la pasión, el miedo y el interés tienen algo que decir, reservar un espacio a la literatura, la historia, el arte, el derecho, la filosofía y al aprendizaje de idiomas, seguro que tiene sentido.

No es la tecnología quien nos enseña a descubrir que hoy la difusión del poder es un problema más grave que la transición del poder. Ahora la cuestión no es saber qué fuerza gana en la pelea sino sobre todo qué parte es capaz de atraer más apoyos. El campo de batalla ha dejado de ser campo porque la guerra se hace en medio de la gente. El general Sir Rupert Smith decía: *"war among the people"*. Tradicionalmente, el cálculo de fuerzas militares era determinante para estimar quién iba a prevalecer, pero en la era del conocimiento podría ser que la parte, sea Estado o no, que termine imponiéndose sea la que dispone de un mejor relato. En las nuevas guerras el componente discursivo-expositivo es más relevante que el choque de fuerzas. En una época donde lo inmaterial tiene cada vez más importancia, el discurso de la paz y de la guerra tiene más letras que espadas. La guerra y la paz, al ampliar su campo de batalla y de acción, lo han ocupado todo.

En un mundo interconectado de riesgos fabricados y de riesgos globales, el poder no puede olvidarse de nada ni de nadie. El poder no se ejerce en los palacios o las cancillerías, el poder se conquista en la calle donde el hombre habita y donde el hombre habla y escucha. Por eso, el lenguaje del poder es cada vez más importante en la competencia por los corazones y las mentes. Realmente, la calle solo es un lugar, lo relevante son los mensajes que se intercambian y el código que se utiliza para ello. El lenguaje y sus códigos es también un ámbito donde el hombre habita.

El lenguaje no es un simple revestimiento intercambiable y provisional de conceptos, sino el contexto viviente y palpitante en el que los pensamientos, las inquietudes y los proyectos de los hombres nacen a la conciencia y son plasmados en gestos, símbolos y palabras. El hombre, por tanto, no solo "usa", sino que en cierto sentido "habita" el lenguaje.

Es verdad que cada día más la comunicación se ve afectada por la interferencia de las máquinas –teléfonos móviles, ordenadores, televisión, radio, etc.–. Esta circunstancia hace necesaria una adaptación del mensaje al medio. Los nuevos lenguajes de los medios digitales son más favorables a lo emocional y a lo intuitivo que a la reflexión analítica, lo que significa un mayor peso de lo simbólico y una disminución de la importancia de lo racional. Estamos viviendo un cambio en el ambiente cultural provocado por las nuevas tecnologías que impone una readaptación a los nuevos soportes. Si los nuevos lenguajes tienen un impacto sobre el modo de pensar y de vivir, afectan, de alguna forma, a la expresión política de los relatos de legitimidad por los que se compete, mas la nueva cultura digital puede afectar al contenido de los discursos pero no a su relevancia. La guerra y la paz no solo consisten en tocar botones.

Damnatio memoriae

Para purificar la memoria del todo, tendremos que olvidar el nombre de los terroristas, arrancar todas las placas que los recuerdan, rechazar cualquier derecho a perdurar a los violentos y reconocer el dolor de las víctimas. La única verdad que el terrorismo puede enseñarnos es que la verdad está del lado del que sufre injustamente. La verdad está del lado de las víctimas. Pero, mientras llega el momento del *damnatio memoriae*, es decir, de la condena de la memoria de los terroristas, pena que en el mundo antiguo se imponía una vez muerto el culpable, parece que puede ser recomendable aprender su idioma y escudriñar la literatura que consume, al menos así lo entiende el general israelí Arie Amit, del que hablábamos al principio. Por supuesto, esta inclinación literaria no tiene mucho que ver con las preferencias estéticas y éticas de los generales. La cultura de los criminales no despierta interés porque nos guste memorizar sus poemas ni porque queramos disfrutar de una creación artística, nos interesa para derrotarlos. Y su derrota no es segura mientras no se condene su memoria al olvido.

En el campo militar, con la literatura ocurre lo mismo que con la geografía. En ambas se produce un divorcio entre la que pertenece a los profesores y la que pertenece a los Estados Mayores. La geografía y la literatura de los profesores suele normalmente estar perdida en disquisiciones poco útiles y la de los militares suele estar al servicio del poder. La geopolítica es, según Ives Lacoste:

...en primer lugar un saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, y son dichas prácticas las que exigen la recopilación articulada de unas informaciones extremadamente variadas y a primera vista heterogéneas, cuya razón de ser y cuya importancia no es posible entender si nos limitamos a la legitimidad del saber por el saber.

Esta interesante definición podría aplicarse también a la literatura de los Estados Mayores. La geopolítica y la literatura se convierten en herramientas para continuar comprendiendo el mundo y la gente que lo habita. Aparece de esta manera una literatura que en primer lugar se presenta como saber estratégico, es decir, un saber para la acción, un saber relacionado con el poder y su empleo; un saber que solo vale para su función de combate en tanto que es valiosa como literatura. La palabra no es solo palabra, es también un impulso que arrastra las voluntades. A los profesores les interesa la palabra, a los militares sus efectos, pero un buen oficial de Estado Mayor sabe que efectos y palabras no pueden deslindarse. Para poder poner en marcha la literatura es necesario apreciarla.

En la literatura la vida se hace transparente a sí misma, en la literatura podemos encontrar el veneno y el antídoto. El interés por la cultura de los terroristas es, ante todo, para combatir a los que a su amparo han elegido el camino de la violencia. Lo que quede de valor de toda su red de significados, de todas las obras en las que se alimentan, será precisamente lo que esas obras aporten para expulsarlos de su propia causa. Derrotar a los terroristas será imprescindible para evitar que su lengua deje de estar viva. Los terroristas, aunque vivos, hablan una lengua sobrecargada de muertos; las víctimas, aunque muertas, hablan una lengua viva. Al final, a pesar de sus bombas, la cultura y el idioma que prevalecerá será el de los inocentes porque la mentira puede sostenerse frente a muchas cosas en el mundo, pero nunca frente al arte.

No corresponde a un soldado fundamentar la estrecha relación entre la memoria y la poesía pero en este mundo de creciente complejidad, donde todos los hombres se encuentran cerca, donde ninguna frontera es suficientemente ancha, donde el choque de culturas es algo cotidiano, sería un error imperdonable para un general ignorar el vínculo entre el testimonio y la literatura, así como sus efectos y su influencia en la voluntad de los hombres. Los espacios míticos necesitan palabras evocadoras capaces de sugerir ideas de filiación. Sin poesía y sin canciones los mitos se marchitan. Supongo que no hace falta haber estudiado humanidades para descubrir la relación entre los mitos, los héroes, los poemas, los himnos y la identidad política.

Los héroes y sus hazañas han sellado una alianza inquebrantable con la lírica que los ensalza. Detenernos un momento en analizar esta relación puede ser práctico en un campo aparentemente tan alejado del mito y de

la poesía como es la lucha contra el terrorismo y de forma más general la guerra asimétrica.

Para empezar a hablar de héroes, podríamos comenzar identificando la importancia del nombre. Todos los héroes que quieran perdurar deben tener un nombre a la altura de la dignidad de sus actos. Es verdad que hay héroes desconocidos, pero estos esforzados anónimos no tienen rostro humano, no tienen biografía, y por eso pueden ser fácilmente manipulados y no son creíbles y tampoco modélicos. Los héroes desconocidos acaban fosilizándose en un trozo de piedra que con el tiempo termina convirtiéndose en material desechable, a lo más siendo mobiliario urbano. Los héroes sin nombre se olvidan.

Los héroes necesitan nombre de hombre o de mujer, necesitan tener origen e historia personal, necesitan tener pasiones, virtudes y, por supuesto, algún pecado del que arrepentirse. La condición humana del héroe es la que le otorga la condición de modelo. Este aspecto es clave porque resulta movilizador. El verdadero estímulo es saber que la gesta está al alcance de todos los demás a pesar de todas las dificultades. El héroe alimenta nuestra esperanza porque nos demuestra que nuestras aspiraciones pueden alcanzarse. Saber que la gesta está al alcance de la mano de un hombre con nombre y con historia es un auténtico estímulo para todos los demás hombres, para todos los que son capaces de admirar la aventura de vivir con sentido e intentan emular a los que así lo hicieron. Nombre para conocer, condición humana para estimular, hazaña para admirar son los elementos básicos con los que debe jugar el poeta para sostener la esperanza en los días más grises. El hombre, el nombre y la gesta son la materia prima, y la palabra su proceso de transformación. Es posible que muchos lleguen pensar que es la palabra la que concede el valor añadido al producto pero cada detalle tiene su importancia.

La palabra es la encargada de unir al héroe con su público. Si borramos las palabras, aunque tengamos nombre, hombre y hazaña nos quedaremos sin relevo. El relato tiene una función social que no es otra que inspirar la acción de los que escuchan. Si además concedemos algo de valor al sentimiento, como palanca capaz de movilizar la adhesión, entonces nos ocuparemos de incorporar la poesía y también la música, y el poeta se convierte de esta manera en parte de la hazaña. De alguna manera, el poeta, el escritor, es herido por la realidad y por ello tiene una perspectiva más clara sobre lo que está pasando. Es capaz de sentir el impacto de lo que está sucediendo y proyectarlo pues las letras humanizan los acontecimientos. Los hechos sin más dejan de ser solo noticia para convertirse en acción viva donde la persona se enfrenta al drama de la vida dándole o no sentido. El autor se encarga de incorporar el contexto y sobre todo la existencia personal al bello gesto del héroe, que de esta manera deja de ser solo un gesto para ser una gesta que surge de alguna parte, de un fondo que se desvela en el relato.

Ese fondo es también protagonista de la lucha, verdaderamente es la esencia de la acción meritoria. Detrás del nombre y de la hazaña, también del poeta afligido por los dos, está el fondo de valor humano que ilumina la decisión de hacer y la de escribir. Hacer y escribir no solo por una obligación personal sino también por una obligación con los demás. El héroe y el escritor no están solos: no hacen y escriben solo para ellos, no hacen y escriben solo para satisfacer una exigencia interna; su deber es también con los demás. La unión de todos está en ese fondo oculto a la noticia y que aparece misteriosamente vivo en la literatura que expone la realidad y permite afrontarla con una mayor exigencia.

Todo está ahí pero disperso, héroe, poeta y público. El general de un Ejército moderno debe saberlo y también reconocer que la historia no termina cuando finaliza la representación. Es posible que la posmodernidad se caracterice por el descrédito de los relatos pero esto no le importa a todo el mundo. Los relatos se encargan de desacreditar a la posmodernidad allí donde no reina y gobierna, es decir, allí donde la realidad es demasiado inminente como para ser ridiculizada. Realmente, me da la impresión de que la posmodernidad es el no relato, el imperio de lo efímero. Para los pobres todavía hay relatos porque viven de cerca la muerte y cada día se levantan sabiendo que puede ser el último. En la pobreza no es posible separar la materia del espíritu, el acto de la idea, la realidad del pensamiento; el pobre descubre que existe porque tiene hambre verdadera, no porque lo piense. Curiosamente, este saber y este sentir les amplía el horizonte. Benditos sean los pobres, bienaventurados sean los pobres que saben que existen porque tienen hambre.

Bibliografía

- AGNEW, John: *Geopolítica: una revisión de la política mundial*. Madrid: Trauma Editorial, 2005.
- HOFFMANN, Bruce: *A mano armada*. Madrid: Espasa Calpe, 1999.
- MARÍAS, Julián: *Ser español*. Barcelona: Planeta, 2001.
- MARINA, José Antonio: *La pasión del poder*. Anagrama, 2007.
- SMITH, Rupert: *The utility of force: the art of war in the modern war*. Nueva York: Ramdon House, Vintage Books, 2007.
- SOLZHENITSYN, Aleksandr: *Archipiélago Gulag*. Barcelona: Tusquets Editores, 2005.
- VV. AA.: *Terrorismo, víctimas y medios de comunicación*. Fundación Víctimas del Terrorismo, 2003

Sociología y geopolítica: conjetura sobre el futuro del ejército en una sociedad estacionaria

Amando de Miguel Rodríguez

Capítulo sexto

Lo que sigue es un ejercicio insólito para un sociólogo como yo, pegado a las estadísticas y las encuestas. En el ejercicio del intelecto a veces hay que remontar el vuelo y planear sobre otros campos que no son los del terreno familiar. Lo que me atrae de esos vuelos es la emoción de otear nuevos paisajes y de hacer pensar a los lectores y estudiantes. Lo que me subyuga es el riesgo de imaginar lo que va a pasar, lo que está pasando ya sin que nos percatemos bien de ello. Este texto es una ilustración de que un aspecto muy particular de los conflictos, los bélicos, se entiende mejor en el contexto de la estructura social. Empleo ese término porque, muy lejos del axioma vulgar de que todo es economía, cuenta también la sociología. A veces, la sociología no es más que el sentido común, y al revés, tomar nota de lo que a otros no llama la atención.

Primero, voy a precisar algunos conceptos operativos que se necesitan para entender bien lo que sigue. No pretendo que sean definiciones canónicas, indiscutibles, aplicables a otros textos y contextos. Los conceptos enunciados son de índole conservadora, puesto que se proponen anticipar y vencer las posibles amenazas graves contra el orden social. Nótese que esa es, cronológicamente, una de las primeras funciones del Estado, junto a la de recaudar dineros para ese propósito. Los conceptos necesarios para el análisis los escribo intencionadamente en cursiva porque son personas jurídicas o morales, algo así como las protagonistas del relato que sigue.

Geopolítica. Es una dirección un poco anticuada de las *ciencias sociales* que conviene revitalizar. Se ocupa del condicionamiento del territorio en el estudio de las relaciones de poder y de los conflictos internacionales, principalmente bélicos. Las guerras actuales no se proponen la conquista del *lebensraum* o espacio vital; en todo caso, esas confrontaciones son para influir en el mundo económico y cultural. El prefijo “geo” no alude aquí tanto a la *geografía* como a la variable del espacio físico con una perspectiva terráquea, que ahora se dice global. Es una dirección intelectual paralela a la que siguió Román Perpiñá con su enfoque “corológico” de la estructura económica, y que a mí tanto me influyó. Lo que nos mueve ahora es entender el condicionamiento territorial de los conflictos políticos. El punto de partida es que la dicotomía que cuenta en el mundo es la del conjunto de países democráticos frente a la mayoría heterogénea de los autoritarios. El primer grupo (al que pertenece España) coincide fundamentalmente con los países que no han sido colonias en la época contemporánea.

Sociología. Consiste en la aplicación de ciertos conocimientos y métodos para entender mejor la estructura de la sociedad, por ejemplo, la española. Se trata de una *sociología* empírica, esto es, basada en datos y observaciones, si bien va más allá de la mera descripción, en la que cuentan mucho los factores económicos pero también los valorativos. En este caso, no me planteo un estudio empírico sino una reflexión sociológica.

Defensa. Representa el conjunto de organizaciones y acciones tendentes a prever y vencer las alteraciones graves del orden social. Se pueden concretar en las que provienen de la delincuencia, la delincuencia organizada, el terrorismo, los Ejércitos exteriores y, en general, las situaciones de desorden extraordinario (revoluciones, catástrofes, etc.). Nótese que la función defensiva se hace siempre en nombre de un *Estado*; por tanto, parece lógico que esas acciones sean llevadas a cabo en colaboración con otras instituciones como Justicia, la Jefatura del Estado o los servicios de inteligencia.

Seguridad. Es más bien el resultado de las acciones de *defensa*. De ahí que la pareja “defensa y seguridad” funcione como un par de ideas gemelas. En la práctica, la noción de *defensa* se adscribe a las operaciones exteriores y la de *seguridad* a las interiores, más las de *inteligencia*. En todas ellas se acusa la presencia del Ejército. En el lenguaje diplomático la *seguridad* se refiere a las acciones de la política exterior de un país o de un organismo internacional para evitar conflictos bélicos en otros países. A veces basta el propósito de evitar la inestabilidad política en esos países o en algunas zonas internacionales. Vista así, la seguridad se entiende como una forma disfrazada de intervencionismo, es un eufemismo para no tener que referirse a la defensa y no digamos a la guerra.

Fuerzas Armadas. Es el organismo específico que lleva a cabo las guerras, ahora normalmente en colaboración con otros países o entidades supranacionales como la OTAN. La guerra es la expresión más clara de las operaciones defensivas en el exterior, aunque es palabra que se utiliza cada vez menos. Resulta curioso que en casi todos los países occidentales se haya generalizado tradicionalmente la palabra "guerra", de origen germánico; también en los países latinos. La voz latina *bellum* empezó siendo *duellum* ("combate entre dos") y ha quedado para el adjetivo "bélico". El venerable Ministerio de la Guerra es ahora Ministerio de Defensa. Se supone que los nuestros no atacan, solo se defienden. El *defendere* latino equivalía a alejar al enemigo de nuestro territorio.

Ejército. Era el nombre tradicional para las Fuerzas Armadas cuando aparecían como estrictamente nacionales. En la práctica, la voz Ejército se emplea corrientemente como sinónimo de Fuerzas Armadas. También se puede hablar en plural de los Ejércitos (Tierra, Mar y Aire). Aunque Ejército y Fuerzas Armadas se emplean como términos intercambiables, prefiero el primero, y no solo por ser yo de Infantería; la razón fundamental es estética: "Ejército" es una sola palabra, equivale originariamente a "gente instruida o preparada militarmente", mientras que "Fuerzas Armadas" es un plural difuso que no deja claro si hay otras fuerzas con armas. Lo que decididamente rechazo en este texto es "FF. AA.", una pirueta léxica más en el baile de siglas y acrónimos que confunden la esfera militar. Por cierto, nos podríamos preguntar por qué esa orgía de siglas y acrónimos en torno a los funcionarios con uniforme. Mi impresión es que así se logra mantener el mundo militar como algo arcano que aleja a los que no están en el secreto. Por fortuna, el habla popular logra salir algunas veces del laberinto de acrónimos. Por ejemplo, las Fuerzas de Protección de la Organización de Naciones Unidas o FORPRONU son simplemente los "cascos azules".

Policía. Es el nombre genérico para las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Debe entenderse la seguridad interior. Es una organización plural, en la España actual agrupa a la Guardia Civil, la Policía Nacional, las Policías regionales y las locales; no incluye las empresas privadas de *seguridad*. Su carácter plural es consonante con el sistema democrático. En los regímenes autoritarios se tiende a una Policía única o por lo menos hegemónica que no se aviene bien con la protección de los derechos de la población.

Los conceptos dichos van a funcionar de modo peculiar e inesperado si se cumple la hipótesis general que aquí sostengo: caminamos hacia una *sociedad estacionaria*. También habrá que definir ese término, que aquí tiene un sentido muy particular y es la almendra de mi razonamiento.

Durante los siglos XIX y XX casi todas las guerras se han producido en la fase de bonanza del ciclo económico o en países que se desarrollaban

fuertemente. Por eso las guerras solían ser de invasión (incluyendo las coloniales), de desgaste del enemigo. El supuesto era que las sociedades invasoras figuraban como particularmente dinámicas y creadoras, confiaban en que su producción y su población iban a seguir expandiéndose. Es una curiosa correspondencia la que se ha dado entre desarrollo económico y actividad bélica. Por lo mismo, los periodos de paz o de largas treguas se superponen a los momentos de crisis económica. Ese correlato no debe de hacer felices a los pacifistas. Es lógico que los periodos bélicos coincidan con momentos de fuerte desarrollo, pues las guerras suponen un gran desgaste económico. Es muy vieja la observación de que las grandes batallas europeas tenían lugar después de recogida la cosecha de cereales.

En la situación actual de la mayoría de los países, no es solo que estemos en una larga fase depresiva de la coyuntura económica que empezó en 2007. No se debe solo a la “burbuja inmobiliaria” o a la quiebra de algunas entidades financieras, esos hechos son consecuencias más que causas de la crisis; la cosa es más inquietante. Puede que haya llegado a su fin la curva senoide de la coyuntura económica que alternaba fases de bonanza y de infortunio. Esa curva presentaba una línea de tendencia resueltamente ascendente a lo largo del tiempo, es decir, después de una crisis venía una fase de bonanza más dinámica que las anteriores; por lo menos, ha sido así en los dos últimos siglos en los países industriales. A ello contribuía el creciente desarrollo científico y técnico además de la explosión demográfica. Pues bien, repito, esa pauta secular puede que esté a punto de estabilizarse, y hay una pista para esa suposición: las tasas de desarrollo en la última fase de bonanza (en torno al tránsito del siglo xx al xxi) no han sido tan boyantes como en las fases anteriores. Puede que ese ritmo lánguido haya tenido que ver con la escasa productividad que ha logrado la invención tecnológica de esa época, la informática, aunque por encima de todo está un cambio radical de valores por el que se diluyen mucho los del esfuerzo, la emulación. Pero sigamos hacia lo que ahora nos compete.

Comienza una nueva era, como ocurrió en algunos contados momentos históricos –por ejemplo, el Renacimiento o la Revolución Industrial–, solo que en este caso volvemos a una situación tradicional, a una especie de nueva Edad Media en la que apenas va a haber expansión económica y poblacional. Todavía queda un reducto de los llamados “países emergentes” que están en un momento de inusitado crecimiento económico y (un poco menos) demográfico. Se pueden citar: China, India, Brasil, Chile, Perú, Colombia, México y alguno más. La razón es que de momento gozan de una excepcional ventaja por la mano de obra barata y la inmensa acumulación de materias primas. El contrapunto es que en los países tradicionalmente desarrollados se impondrá una producción más creadora con nuevos elementos de diseño y tecnología. Pero al final todo el mundo

seguirá la pauta que es ya visible en los países centrales: un escaso desarrollo económico y poblacional. Eso es así de forma más clara en el bloque de los países democráticos que llamamos Occidente. El término es asaz desgraciado puesto que incluye a Japón o Australia, pero nos entendemos; para nosotros lo fundamental es que España se aloja plenamente en ese conjunto. Esa situación podemos etiquetarla como una nueva *sociedad estacionaria o equilibrada*. Esas etiquetas no figuran en los diccionarios con los significados expuestos, pero se necesitan para entender nuestro mundo. Literalmente, estamos ante un cambio de época. Como reza uno de los escolios del pensador colombiano Nicolás Gómez Dávila, "la divisoria entre dos épocas es una mutación de sensibilidad". En ella llevamos un cierto tiempo, pues se trata de un movimiento lento que nos recuerda el de las placas tectónicas.

La sociedad estacionaria es la que se precipita con la crisis económica actual y anticipa el paradigma que va a dominar en los lustros venideros. Quizá se entienda mejor si la contrastamos con el paradigma anterior, el de la *sociedad expansiva o adquisitiva*. Es también un tipo ideal, esto es, el que nos sirve para entender la realidad. La sociedad expansiva puede oscilar en fases de bonanza o infortunio, sin embargo, en todas ellas late un mismo impulso, que es el del crecimiento económico, la incesante apropiación de bienes escasos, la acumulación de capital físico o humano, de conocimiento. Es claro que ese tipo de sociedad está movida por el cambio incesante, la innovación. Más o menos, el estadio de la sociedad expansiva es el que corresponde en Occidente a los siglos xix y xx, lo que en los manuales aparece como Edad Contemporánea. Es una etiqueta poco feliz pues todas las edades son contemporáneas para sus habitantes. Lo fundamental es entender que la sociedad expansiva se caracteriza por la expectativa de crecimiento económico incesante con la consiguiente mejora del bienestar. Le acompaña también la expansión territorial, la colonización de nuevas tierras, la anexión de otros espacios, la urbanización y la movilidad geográfica y social. Tan decisiva es esa proyección espacial que hemos llegado a presumir que el desarrollo corresponde a un territorio, no a sus habitantes. Es una distorsión muy común que lleva, por ejemplo, a obstaculizar los movimientos migratorios de país a país. Tanto la llegada como la salida de flujos migratorios se pueden interpretar vulgarmente como una carga cuando realmente suelen ser un estímulo de mejora de las condiciones de vida tanto para el país que emite emigrantes como para el que los recibe.

La sociedad expansiva que alumbró la Edad Moderna supuso una revolución cosmológica, la de Copérnico y Galileo. Nada menos que la Tierra dejó de ser el centro del Universo y pasó a ser un planeta más que circulaba alrededor del Sol. Claro que el Universo conocido entonces correspondía solo a lo que hoy sabemos que es la Vía Láctea. Esa concepción tan limitada del Universo duró hasta comienzos del siglo xx; en ese momento

se produce la gran ampliación de nuestra idea del mundo: resulta que la Vía Láctea es solo una de las incontables galaxias que pueblan este Universo, y seguramente hay muchos más. Por el momento nos acercamos a recoger la luz que procede de los límites de nuestro Universo, el cual persiste en seguir expandiéndose, no se sabe bien por qué.

Desde nuestro doméstico sistema solar, la segunda mitad del siglo xx alumbró la esperanza de explorarlo, incluso de recibir señales de otros sistemas planetarios. Empezamos por viajar a la luna pero no se ha repetido el viaje, ni es probable que se realice la exploración directa de Marte. Por ese lado no hay más expansión, bastante es ya que hayamos dilatado nuestro conocimiento. Pero ha sido otro golpe de humildad, más fuerte que el de Copérnico y Galileo: no es ya que la Tierra deje de ser el centro de la Vía Láctea, sino que esa modesta galaxia es un rincón de nuestro Universo. Tampoco nos debe impresionar que esté en la fase expansiva. Otros Universos habrá que se encuentren en la fase recesiva que acabará también por llegar al nuestro. El conocimiento nos ha hecho ver que la especie humana no podrá viajar a otros planetas. Decididamente, la cosmología nos ha hecho cada vez más humildes.

Destaca un primer contraste con la sociedad expansiva de la Edad Moderna y sobre todo de la Contemporánea: la nueva sociedad estacionaria que ahora se anuncia tiende a ser más parsimoniosa en muchas de sus manifestaciones. Ha concluido la era de los descubrimientos, del desarrollo compulsivo a cualquier coste. Se ha rellenado la tabla periódica de los elementos y la Tierra entera ha sido cartografiada con detalle. La especie humana se encuentra sola en el Universo. Es algo que produce orgullo y angustia.

Un punto de contraste puede ser el valor del dinero. En la sociedad adquisitiva una constante es la inflación, esto es, la sistemática tendencia a la elevación de los precios por encima de los ingresos de los contribuyentes. Aunque esa diferencia pueda resultar injusta (sobre todo cuando es desmesurada), la inflación permanente constituye un buen estímulo para el desarrollo. La razón es simple: ante la perspectiva de la inflación, la población se dispone a consumir todo lo que puede y más, hasta el punto de la deuda permanente. Parece una buena decisión económica consumir hoy lo que mañana va a valer más, de esa forma la población se apresta a trabajar. Otra vez como contraste, en la sociedad estacionaria la inflación se reduce al mínimo e incluso se acerca al cero. Ese el dato que ahora observamos. Quizá sea Japón la sociedad industrial –la más exitosa en la generación anterior– la que ha entrado más decididamente en el estado estacionario. Va a ser difícil que en esa nueva sociedad sus habitantes desplieguen la misma ética del esfuerzo que caracterizaba a la época anterior.

Digo que es una “nueva” sociedad estacionaria porque tenemos un precedente: la Europa medieval que siguió al Imperio romano durante un

milenio más o menos. Ciertamente es que en esa época hubo gloriosas creaciones culturales, pero la economía y la población se estancaron, los movimientos migratorios se redujeron al mínimo, la mayor parte de las viejas ciudades romanas se aletargaron o se vinieron abajo y lo mismo sucedió con las calzadas, que quedaron semienterradas por falta de tránsito. En definitiva, se constituyó una sociedad rural poco dada a las alteraciones. No es que ahora retrocedamos a esa situación, puesto que hemos acumulado riqueza, conocimiento y bienestar en cantidades inusitadas. Pero, a partir de ese techo tan alto, los cambios van a ser muy tenues y más de índole cualitativa. Una diferencia esencial es que en esta nueva sociedad estacionaria los intercambios económicos internacionales seguirán siendo muy notables. La razón es que los costes de transporte son más livianos que nunca. Eso permitirá que los alimentos y otras materias primas se sigan produciendo masivamente en los países menos desarrollados, por eso se puede decir con mayor precisión que la sociedad estacionaria va a ser propiamente la de los países que experimentaron hace tiempo la Revolución Industrial. Insisto en que España está entre ellos aunque tampoco nos situemos a la cabeza, sobre todo por lo que toca a la creación de conocimiento.

El carácter estacionario lo es de manera objetiva y también subjetivamente, pues se compara con una larga tradición adquisitiva de cambio y de progreso en todos los órdenes. Los *factores retardatarios* que ahora apuntan son muy diversos. Anoto el siguiente heptálogo nada más que para empezar a pensar. Debe aplicarse más bien a los países occidentales, entre ellos el nuestro:

1. Durante el siglo XIX y el XX el volumen y el crecimiento de la población mundial (y especialmente la de los países industrializados) trazó una curva sigmoidea. Precisamente hace ya algunos lustros que hemos entrado en la fase asintótica respecto al eje del tiempo; es decir, tendemos a que el número de nacidos cada año equivalga, poco más o menos, al número de fallecidos. Eso es así a pesar de que ha progresado extraordinariamente la expectativa de vida y la longevidad. La clave está en el descenso vertiginoso de las tasas de natalidad, que nadie espera que vayan a remontar, entre otras razones, por el descenso tan acusado de la mortalidad infantil lo que se debe además a la incorporación masiva de la mujer al trabajo extradoméstico. No se prevé el supuesto catastrófico de las grandes guerras o las terribles epidemias que asolaron la población del pasado. Simplemente, la curva del balance vegetativo será estable, sin grandes sobresaltos. Volvemos al pasado medieval de una estabilización del censo de habitantes, solo que ahora con natalidad y mortalidad mínimas.
2. Menos deseable pero igual de efectivo es el estancamiento de las tasas de incremento del producto económico. Es algo más que una

fase de la coyuntura y se debe a una crisis que va más allá de las “burbujas” financieras o especulativas. Simplemente, en los países industrializados las tasas de crecimiento del producto no volverán a ser las del pasado inmediato, tan dinámicas. La causa primera es el descenso de la productividad, de lo que hay múltiples razones técnicas y humanas: actualmente, la ciencia no se desarrolla tanto como se había supuesto, se ve sustituida por avances de la tecnología (por ejemplo, la informática) pero se aplican sobre todo al entretenimiento, no tanto a la producción; el avance científico no es tan espectacular como en el siglo pasado y, además, se pliega al criterio económico. Además, el Estado de bienestar nos ha acostumbrado a ciertos lujos como las jubilaciones anticipadas, la entrada tardía en el mercado de trabajo o el disfrute de muchas horas y jornadas de ocio, y el feminismo prevalente acentúa el derroche de recursos a través de la imposición de la “cuota femenina”, aunque por encima de todo está el hecho de que el éxito económico acumulado ha propiciado una minoración de la ética del esfuerzo. Hay pocos estímulos para la creación científica o cultural, dado que decae el derecho de propiedad intelectual. Por cierto, en la antigua sociedad estacionaria de la Edad Media no existía ese concepto de propiedad intelectual, se trata de un derecho contemporáneo nacido a la par que la imprenta, un admirable avance que toca a su fin. La diferencia es que ahora disponemos de fabulosos medios de reproducción y difusión de textos. El resultado será una extraordinaria circulación de obras científicas o culturales pero con escasa creatividad. Algunos procesos que creíamos incesantes en la etapa expansiva llegarán asimismo a la saturación. Es el caso, por ejemplo, de la urbanización o el éxodo rural.

3. Las ideologías prevalentes en nuestro mundo contribuyen de manera definitiva al freno económico. Cito solo tres muy destacadas y de carácter difuso:

a) El *ecologismo* en sus múltiples formas nos lleva a lo que se llama “desarrollo sostenible”, aunque mejor sería decir “sustentable”. Sustentar es tanto como conservar algo en su ser o estado, por tanto, la expresión “desarrollo sostenible o sustentable” sería un tanto contradictoria. En la práctica significa la opción de mantener actividades económicas muy deseables pero poco rentables. De esa forma, se van a descuidar ciertas actividades dinamizadoras como la exploración espacial, la energía de fusión nuclear o la construcción en gran escala (en lugar de esa última se incrementarán las actividades de rehabilitación de edificios y de mantenimiento de las obras públicas). Todo ello refuerza el carácter estacionario de la economía. La clave está en que la opinión pública se inclina mayoritariamente por condenar la energía nuclear, que

es la más barata y objetivamente la que menos riesgo comporta, pero la opinión pública no piensa así, por lo que se imponen las tesis ecologistas. Es un gran derroche que la mayor parte del petróleo se utilice como combustible y no como materia prima. La conclusión es que la energía es cada vez más cara y ralentizará definitivamente el crecimiento económico. La extendida ideología ecologista nos dice que ese resultado es el deseable en la práctica para el grueso de la población y de los Gobiernos.

b) El *hedonismo* conduce directamente al decaimiento de la productividad. Recordemos que la ruina del Imperio romano se debió a que el creciente número de esclavos constituían una fuerza poco productiva, y asimismo lo era el conjunto de ciudadanos, dedicados preferentemente al ocio. Salvando las distancias, nos encontramos en una situación parecida. El ideal que prevalece en la población es trabajar lo menos posible, en todo caso, lo suficiente para ir tirando. La ética del esfuerzo, que propició el intenso desarrollo de la época anterior, ya no es un ideal colectivo. Hay una constante psicológica difícil de alterar: la población solo trabaja con dedicación si ve que el esfuerzo le compensa la fatiga; dicho de otro modo, la pereza es una pasión más natural que el trabajo. No parece un enunciado muy popular, pero es porque nos hemos criado en una sociedad expansiva.

c) El *pacifismo* es la creencia más utópica. Supone que van a cesar los conflictos bélicos o se van a resolver por negociaciones o mediaciones. Es una suposición poco realista y la consecuencia es que los conflictos sin resolver nos van a salir muy caros, no hay más que ver el inmenso coste que suponen las medidas de seguridad contra el terrorismo –se incluyen los secuestros y los actos de piratería que tanto menudean ahora–. En la sociedad actual el sector de actividad que más ha crecido es el de las empresas de Seguridad: sus empleados están en todas partes con sus uniformes paramilitares. Lo que funciona realmente es la creencia en un pacifismo difuso que se resume en el eslogan de la izquierda “no a la guerra”. Se trata de una divisa irracional, pues realmente no hay nadie que diga sí a la guerra o a los otros conflictos y padecimientos. Es como si alguien levantara una protesta con la pancarta de “no a la enfermedad”, con la diferencia de que el “no a la guerra” hoy tiene bastante éxito. La paradoja es que se demandan más condiciones de seguridad que nunca pero se abomina de la intervención del Ejército.

Las tres ideologías reseñadas son tan fuertes en nuestro mundo que contaminan, por así decirlo, las más concretas de adscripción a los partidos políticos. Es decir, para emplear un término de moda, son ideologías transversales. Casi se podría pensar que están más

cerca de las “creencias” en el sentido de Ortega y Gasset. Las ideologías prevalentes tienen en común una actitud conservadora, bien que disfrazada de progresista: es la que se resiste a alterar el statu quo por lo que tiene de favorecedor de los intereses establecidos. Es un trébol ideológico que atrae sobremanera a los jóvenes actuales, lo que indica su carácter de anticipación del futuro.

4. Un hecho paradójico de nuestro tiempo es la escasa incidencia de la movilidad geográfica, siempre con relación a las posibilidades. La paradoja está en que ahora los transportes son más baratos que nunca, pero esa ventaja se aprovecha para el ocio, no tanto para trasladarse a trabajar a otra parte. Hasta una época muy reciente la Revolución Industrial se vio acompañada de fuertes corrientes migratorias. Hoy se van reduciendo a un mínimo, en casi todos los países se complican las trabas burocráticas para admitir inmigrantes. Dentro de un país como España la movilidad geográfica es mínima, a lo que contribuyen los compartimentos estancos de las burocracias regionales (mal llamadas “autonómicas”) y la alta proporción de propiedad de las viviendas. Hace unos lustros se produjo una intensa corriente de inmigración exterior, pero se ha detenido. Ciertamente es que ahora emigran bastantes profesionales, al amparo sobre todo de las empresas españolas de carácter internacional; sin embargo, esa corriente es mucho menor que los flujos emigratorios del pasado. Se pueden citar, por ejemplo, los indianos de hace un siglo o los trabajadores a los países transpirenaicos en los años 60 del pasado siglo. En nuestro tiempo las migraciones se contienen porque no hay tantas esperanzas de movilidad ascendente y porque va menguando el espíritu de superación. En todo caso, se trata de movimientos individuales aislados, no de corrientes masivas por el origen o el destino.
5. En España, el sistema de enseñanza ha sido un factor de enorme impulso económico pero lleva camino de estancarse. Aumenta en cantidad el número de egresados de todos los grados educativos pero la calidad ha disminuido mucho, los títulos superiores se han generalizado tanto que han perdido una gran parte de su valor. En definitiva, se ha difuminado el impulso de movilidad social ascendente que antes se debía a la educación. Llegan tarde las esperanzas de un ulterior desarrollo de la sociedad expansiva a través de la educación. Se trata de un esquema pensado para el éxito de los altos funcionarios, los científicos, los técnicos, los profesionales, los empresarios; esos eran los grandes autores de la sociedad adquisitiva. Pero en la sociedad estacionaria que ahora empieza a vislumbrarse lo determinante es el poder de los ricos, especialmente los que hacen dinero a través de la política. Para esa acción no se requiere acumular muchos estudios ni mucho menos el in-

terés por el conocimiento, no es una cuestión de personas sino de papeles sociales. Los licenciados universitarios que verdaderamente triunfan son los que hacen mucho dinero. Excepcionalmente, destaca un reducto dinamizador del sistema de enseñanza: las escuelas de negocios (con diferentes nombres) donde se forman los futuros empresarios. Nunca como hoy los empresarios más innovadores (los "emprendedores") han aparecido con una mentalidad tan opuesta a los usos generales.

6. En el plano de las actitudes colectivas la sociedad adquisitiva nos había acostumbrado a que la generación de los hijos iba a vivir mejor que la de los padres, pero esa creencia en la movilidad ascendente empieza a no poder sustentarse, incluso aunque los hijos acumulen más años de estudios que los padres. La desazón que produce el nuevo fenómeno lleva a que los padres fomenten que los hijos permanezcan mucho tiempo en el hogar paterno y que se diviertan todo lo posible. Es una forma de aceptar el descenso de la productividad, el elogio de la pereza.
7. En el campo de la Administración pública la inercia de una sociedad expansiva lleva a considerar que el presupuesto de un año debe ser más elevado que el del anterior, es un signo de buena salud política, sobre todo para los que administran los dineros públicos. La sorpresa es que, en una sociedad estacionaria, habrá que acostumbrarse a que el presupuesto público se mantenga constante e incluso decrezca en términos reales. De momento, esa novedad solo se admite como excepción para un tiempo de crisis, pero se impondrá como norma estadística. Hoy parece imposible que el presupuesto público llegue al "déficit cero"; ni siquiera se plantea todavía como un objetivo cercano, aunque llegará a serlo. De momento, el déficit crónico de las administraciones públicas obedece a que han visto obligadas a derrochar el dinero público para asegurar el depósito de votos de los políticos. Véase el resultado en un país como España: es sorprendente la desmesura de las instalaciones públicas mal aprovechadas, sean autopistas, puertos, aeropuertos, ferrocarriles o edificios. Solo por eso se comprende el desplome de la productividad, sin entrar a considerar el extremo del despilfarro público que es la corrupción.

Los siete indicadores mencionados nos acercan, efectivamente, a la sociedad estacionaria, pero ese movimiento no lo es sin altibajos ni quebrantos. Es un axioma que a las sociedades les cuesta mucho cambiar de paradigma, esto es, de modelo de vida, de constitución real. Eso es así cuando el cambio significa encontrarse con elementos no deseados. Es lógico que a los españoles no les guste nada el paradigma de una sociedad estacionaria. Ni siquiera hay palabras para designarla de una forma neutra: estacionario, estanco, inmóvil, estático, todo suena mal. Los es-

pañoles actuales recuerdan con nostalgia las bondades de una sociedad en pleno desarrollo, la de la generación anterior. Se hablaba incluso de “*desarrollismo*”, un término que en su día fue ponderativo y hoy parece desdeñable, y los analistas de la actual crisis económica siguen con la inercia de que hay que salir de ella “para volver a crecer como antes”; sueños vanos. Más realista es la consideración de que la salida de la crisis es para inaugurar la nueva sociedad estacionaria. Para hacernos la ilusión de que vamos a seguir ampliando nuestro bienestar material, colocamos en una peana al dios de la economía. Podría ser Hermes o Mercurio, el dios clásico protector de los comerciantes y (ay) de los ladrones. Además, era un dios que sabía adivinar el porvenir. Casi se podría decir que la economía está cumpliendo el papel que correspondió a la teología en la Edad Media. Los teólogos de entonces y los economistas de hoy son los legitimadores de los poderosos; a veces también sus críticos.

Me apresuro a subrayar que los rasgos de la sociedad estacionaria no son siempre frustrantes para los que nos hemos educado en una sociedad adquisitiva. Hay también en este mundo que se nos echa encima elementos positivos o estimulantes. Por ejemplo, no nos viene mal un baño de austeridad, la que nos fuerza a practicar la crisis económica. La sociedad estacionaria hace valer mucho más el altruismo, la “economía del don”, como demuestran tantas actividades de lo que se llama “voluntariado”. Son una réplica de las órdenes monásticas o mendicantes de la Edad Media.

Como dijo el clásico, la historia se repite como farsa. La nueva Edad Media en la que ahora entramos los españoles (todavía sin percatarnos de ello) nos lleva a identificar simbólicamente algunos elementos de ese pasado. Véase, por ejemplo, cómo el mapa de las 17 comunidades autónomas reproduce el de la Reconquista. Los presidentes de esas nuevas taifas, reinos o condados reciben el título popular de “barones”. Vamos hacia una organización económica basada en esquilmar a la población con impuestos: antes eran las alcabalas, diezmos, portazgos, pero ahora toman etiquetas más elaboradas y se llenan de vergonzantes acrónimos (IRPF, IVA, IBI). En la Edad Media esa corriente fiscal iba fundamentalmente para el estamento nobiliario o eclesiástico y cada vez más para la corte del rey, lo que se traducía en que se destinaba en gran medida a mantener las guerras. Y hoy como entonces, la amenaza para España es el islam fanático. Ha cambiado la sociedad; se ha transformado la guerra.

Las diferentes versiones del fanatismo islamista son la expresión más llamativa del fenómeno del *terrorismo*, el enemigo de la civilización occidental más típico de nuestro tiempo. Se generaliza hoy la expresión “guerra asimétrica” para calificar las acciones militares contra el terrorismo. La expresión resulta eufemística y poco exacta, es una forma de menoscabar al enemigo por contraste con la vistosa simetría que formaban los Ejércitos tradicionales desplegados en el campo de batalla. El

combate contra el terrorismo y sus equivalentes (insurgencia, guerrilla) es más bien una guerra caótica o desestructurada. Lo fundamental no es la asimetría pues en épocas anteriores, con Ejércitos desplegados, se podía dar también esa descompensación entre uno y otro. Realmente, cada Ejército intentaba sobrepasar al enemigo por algún elemento táctico o armamentístico; siempre que ha habido guerra de guerrillas (desde Viriato a los *maquis*) se daba esa asimetría. Por tanto, no es un fenómeno exclusivo de nuestro tiempo. Por otra parte, ¿dónde está realmente la asimetría en la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York en 2001? La “guerra asimétrica” es otro eufemismo de los mil y uno que pueblan las materias militares. En el fondo, late la disyuntiva de si el terrorismo es un enemigo al que hay que vencer con la Policía o con el Ejército. No hay doctrina clara sobre el asunto.

Más que la asimetría, lo que caracteriza a la guerra contra el terrorismo es que los Ejércitos que lo combaten se encuentran con un frente inesperado. Tienen que entablar una especie de lucha ideológica contra una parte del pueblo propio. Normalmente, en las guerras de antaño el pueblo se encontraba del lado de su Ejército, tanto es así que los que estaban en contra podían ser considerados como desertores o traidores; ahora, el Ejército (que ya no es de conscripción) debe convencer a su pueblo de que la lucha contra el terrorismo es legítima y hacedera. Resulta sobremana ingenuo el acuerdo de muchos países por el que la lucha contra el terrorismo es un problema policial, no militar. Curiosamente, los terroristas sí incorporan formas castrenses, por lo menos en su lenguaje, símbolos y tácticas. La obsesión de toda banda terrorista o guerrillera es llegar a negociar de igual a igual con los representantes del Estado enemigo.

El terrorismo no es solo una forma de chantaje político como lo es claramente el caso de la piratería, una de sus variantes. El chantaje significa forzar al contrario a una conducta que no desea. Pero la banda terrorista pretende algo más sórdido: conseguir que se hable de ella, ser un sujeto de política internacional, hacer que sea temida. Por lo pronto, quiere que sea tratada como “organización”, una etiqueta ponderativa. Incluso la voz “terrorismo” es ya un título encomiástico para los que se dedican a ese macabro menester, qué mayor triunfo para ellos que infundir terror. La llamada guerra contra el terrorismo avanzaría mucho si a los matachines se les hiciera ver que su acción es descabellada y, en el mejor de los casos, utópica. Es un asunto de comunicación más que otra cosa.

El terrorismo no emplea cualquier medio destructivo, incluso aunque algunos de sus sicarios lleguen a la inmolación, al suicidio. Por ejemplo, no emplean armas nucleares o bacteriológicas (ahora se dicen de “destrucción masiva”, un término poco claro). En definitiva, los terroristas también tienen sus reglas éticas, establecen a su modo un cálculo coste-beneficio; por eso el terrorismo se enquistaba en el tiempo y en el espacio. El terrorismo es la expresión descoyuntada del conflicto de valores. Su divisa

podría ser *fiat iustitia et pereat mundus* (“hágase lo que yo entiendo por justicia, aunque se destruya el mundo”). Curiosamente, fue el lema del emperador de Austria, Fernando I (naturalmente, con un sentido algo distinto al que aquí se propone).

Inevitablemente, el terrorismo es asunto político más que otra cosa, por mucho que sea considerado como delincuencia. Son varios los países que en el último siglo han cambiado de rumbo político, hasta llegar incluso a la independencia, por mor de las acciones terroristas. Se les da el nombre de “insurgencia” o de “guerrillas” para conceder una prima de legitimidad a esas acciones. Pensemos en los casos de la llamada *primavera árabe*, Afganistán, Kosovo, Irlanda, Cuba y, entre nosotros, el País Vasco; en todos ellos se ve que lo que por unos se puede calificar de terrorismo e incluso de pura delincuencia ha sido realmente el camino para conquistar el poder. Habrá que recordar la archirrepetida cita de Karl von Clausewitz: “La guerra no es sino la continuación de la política con la intervención otros medios”, a la que en los casos citados se le podría dar la vuelta para afirmar que “la política no es sino la continuación de la guerra con la intervención de otros medios”. En efecto, los terroristas, guerrilleros o insurgentes del pasado pueden llegar a ser héroes y gobernantes, y si no recordemos al Che Guevara.

Una paradoja de la llamada lucha contra el terrorismo es que muchas veces cae en la tentación de ceder a las pretensiones de los insurgentes para ganar legitimidad y ser reconocidos como una fuerza política. En ese caso se ve que la violencia no era un fin sino un medio para acceder al poder. El problema es que, en ese caso, según los terroristas se aproximan al poder, el problema se agrava para el Estado legítimo. Puede que se evite más violencia terrorista, pero ahora se enfrenta con las pretensiones de independencia de una región del país o de un cambio radical de su régimen político. Hay ejemplos en el mundo para todos los gustos.

La mejor manera de enfrentarse al terrorismo es prevenirlo. Se puede establecer la comparación con el sistema sanitario, la eterna lucha contra la enfermedad. El verdadero éxito no está tanto en curar las dolencias, en retrasar su aparición o en minimizar sus efectos; a la larga lo más rentable es mejorar la higiene y las prácticas saludables de la población. Por lo mismo, la defensa de la nueva sociedad consiste en prevenir la conducta destructiva de los mesianismos y fundamentalismos. De ellos emanan los esbirros y sicarios que llamamos terroristas, guerrilleros, insurgentes o narcos y que a veces reciben variopintas etiquetas étnicas, como etarras o talibanes. Es clara la prima que tienen para ser atractivos a los medios de comunicación.

La distinción que he apuntado entre sociedad expansiva y sociedad estacionaria es un modelo o tipo ideal para entender la realidad, en principio la de los países occidentales, y dentro de ellos me interesa sobremanera

la situación de España porque es la que tengo más cerca y por un elemental sentido patriótico. La realidad se ajustará mejor o peor a uno u otro polo de la dicotomía según el tiempo de que se trate. Lo que digo es que apenas hemos salido de la sociedad expansiva y ya podemos vislumbrar algunos rasgos de la sociedad estacionaria. No hay una frontera tajante entre uno y otro tipo, puesto que coinciden en el tiempo las dos sensibilidades dichas, una que decae y otra que surge. De la misma manera, nadie pudo decir un día que estaba ya en el Renacimiento o que había dejado de estar en la Edad Media, de lo contrario, se llegaría al divertido absurdo de aquel soldado que se despedía de su familia porque partía para la Guerra de los Treinta Años. No es fácil percatarse de que estamos atravesando el umbral (o más bien el largo vestíbulo) de la sociedad estacionaria porque nos pesa mucho la inercia de la sociedad adquisitiva. En esa última nos han educado a los adultos de hoy, pero nuestros nietos van a vivir plenamente en la sociedad estacionaria. Será difícil entenderse con ellos, aunque no tanto como en su día lo fuera para un neandertal comunicarse con un cromañón. Nos podemos preguntar cómo va a condicionar la guerra el hecho de que caminemos hacia una sociedad estacionaria.

De momento, las guerras se siguen etiquetando al modo tradicional por el territorio donde tienen lugar las operaciones: Guerra de Irak, de Afganistán, de Libia, etc., aunque en el pasado hubo también nombres literarios: Guerra de las Dos Rosas, de la Fronda, de las Germanías, de la Oreja de Jenkins, de los Comuneros, de las Naranjas, del Opio. En la sociedad expansiva no tenían miramientos respecto de la voz "guerra" pero ahora se dulcifica con la palabra "misión", a veces "de paz" o "humanitaria". Definitivamente, la guerra ha perdido mucha solemnidad. Compárense los atuendos de campaña en las guerras actuales (telas de camuflaje, sin apenas distinción de rango) con los vistosos uniformes de antaño. Ya no hay lugar a escenas de rendición de tan alto valor estético como la de Granada (1492), la de Breda (1625) o la del acorazado Missouri (1945). Todavía podrá haber batallas mas no campales.

A efectos de la guerra, los 500 años de la sociedad expansiva convendría repartirlos en la Edad Moderna y la Contemporánea. El hiato está en la batalla de Valmy (1792). Desde los Tercios españoles hasta ese momento, las tropas entraban en combate al grito de "viva el rey"; en Valmy el grito es "viva la nación". A partir de ese momento los Ejércitos empiezan a ostentar banderas nacionales y se orientan hacia la conscripción, la "contribución de sangre".

La recurrente comparación con la Edad Media europea es porque ese modelo milenario es un antecedente perfecto de la sociedad estacionaria. De todas formas, la comparación con la Edad Media es solo una aproximación literaria; realmente, volvemos a una especie de nueva Edad Media pero con la importante salvedad de un nivel de bienestar mucho mayor. Aparte de las coincidencias apuntadas, hay un elemento que nos acerca a

la cuestión del papel del Ejército: en la Edad Media no hubo una idea clara del Ejército porque tampoco había un Estado como tal; funcionaban más bien mesnadas de carácter señorial, hoy diríamos particulares porque hemos conocido después un verdadero Estado con un auténtico Ejército. Las mesnadas señoriales no son una idea tan prepóstera como parece. En algunos países autoritarios actuales sobresalen otra vez los caudillos bajo el nombre de "*señores de la guerra*". Incluso de manera simbólica o teatral, determinadas acciones de ciertos grupos de presión, como los ecologistas radicales o los "*antisistema*", recurren con naturalidad a la violencia. No hace falta que sean violentos contra las personas, basta que lo sean contra las cosas, y aunque disfracen esa violencia de "*protesta simbólica*", se trata de un caso de acciones delictivas. Es una regresión a un estadio previo al Estado moderno.

Recordemos que el Estado es sobre todo el monopolio de la violencia legítima. Esa fue la verdadera innovación de la Edad Moderna. Ahora bien, después de 500 años, metafóricamente vuelve ahora una nueva Edad Media con la proliferación de las empresas privadas de Seguridad (escoltas y vigilantes) e incluso de Policías regionales (esas últimas solo en Cataluña, el País Vasco y Navarra, casualmente las tres regiones en donde cunde el secesionismo, aunque en Navarra afecte únicamente a la parte de cultura vasca). Curiosamente, de las regiones consideradas, solo Navarra fue un reino en la Edad Media, y Cataluña y el País Vasco fueron en el siglo XIX las adelantadas en el proceso de industrialización. En la historia europea es raro que las regiones ricas hayan sido las secesionistas.

Sin llegar al extremo de la desmembración del Ejército del Estado moderno, la política actual en España aparece a veces como un remedo de la que funcionaba en la época feudal. No otra cosa es la proliferación de pactos, acuerdos, consensos, mesas de diálogo o de negociación entre fuerzas poderosas; por ejemplo, los sindicatos o las asociaciones patronales y sobre todo las llamadas autonomías. No deja de ser curioso ese nombre corriente, claramente desmesurado, pues la verdadera autonomía corresponde al Estado. Pero ese Estado se diluye en el centón de 17 autonomías, cuyo mapa tanto recuerda al de la baja Edad Media. El desvanecimiento del Estado se traduce asimismo en el deterioro de la Justicia. Baste recordar que funcionan asociaciones de jueces de carácter progresista enfrentados a los de ideología conservadora, cuyo resultado jurídico es muchas veces el arreglo o componenda entre esas dos fuerzas.

La política pactista como alternativa al conflicto bélico no es de ahora. Está, por ejemplo, en la llamada política matrimonial que tan bien explica la resolución de algunos conflictos internacionales en la Edad Media y aun en la Moderna. Recordemos otras de las máximas de la Casa de Austria: *Bellum gerant fortes. Tu, felix Austria, nube*. Es decir, "que hagan los prepotentes la guerra. Tú, hábil miembro de la Casa de Austria, haz una buena boda".

Se puede plantear una objeción seria a la hipótesis que aquí mantengo sobre la vuelta simbólica a una especie de Edad Media –no se tome literalmente sino como una analogía–: se basa en argumentar que el Estado que tenemos ha llegado a un nivel de seguridad social del que no es posible retroceder; en otras palabras, el Estado de bienestar resulta una conquista definitiva del proceso de modernización. Pero el argumento está lleno de falacias y la principal es que el Estado de bienestar no puede seguir avanzando de forma inexorable, es algo que también se ha saturado. No es posible mantener por mucho tiempo la tendencia al aumento de los perceptores netos de beneficios fiscales y a la disminución de contribuyentes; entre otras razones, ese desequilibrio lleva a un irreparable descenso de la productividad. Eso es lo que se detecta ya en un país como España. No otra cosa es la deuda pública permanente, el desempleo crónico, la dependencia de las personas mayores. En España se ha llegado al extremo de que a algunos desempleados les compensa más esa situación que buscar un trabajo. Más grave es que muchas personas consideran que cada vez tiene que haber más servicios públicos gratis. Eso se produce en plena crisis económica, con una deuda pública que no va a poder ser amortizada en una generación. La quiebra del Estado de bienestar es nuestra particular “caída de los dioses”.

Insisto en que la vuelta a la Edad Media es solo una metáfora para entender lo que sucede en la vida pública, pero a veces las metáforas se vengan, como decía José Ortega y Gasset. La prueba es que la nueva hegemonía de Alemania en la Unión Europea nos recuerda la vieja institución del Sacro Imperio romano germánico, más simbólico que otra cosa. Alemania sigue con el águila imperial en su escudo, símbolo que desapareció del escudo español.

La principal objeción a la tesis de la nueva Edad Media que asoma hoy en lejanía es que nos encontramos en un mundo secularizado. Cierto es, aunque habría que matizar mucho ese término, por otra parte de índole religiosa: la religión no es ya el centro de la vida, pero su lugar ha sido ocupado por las ideologías prevalentes antes mencionadas. Recordémoslas: ecologismo, hedonismo, pacifismo. Obsérvese que las tres presentan una especie de tinte religioso al revés: se trata de lograr una especie de paz o armonía con la naturaleza, con uno mismo o con el prójimo.

Un reparo de mayor sustancia a la tesis de la vuelta a la Edad Media es que en Europa no existe ahora la “nobleza de espada”, ni siquiera se puede hablar ya de la “nobleza de toga” para el heterogéneo conjunto del alto funcionariado, pero sí se adivina una suerte de “nobleza del dinero”, la de los directivos y consejeros de las grandes empresas. Es la aristocracia de nuestro tiempo mucho más hereditaria de lo que se supone. Con todo, hay que descartar la analogía de “casta” que se emplea popularmente para criticar a los gobernantes o a los banqueros porque ese concepto presupone

la gran dificultad que hay para entrar en ese grupo privilegiado. No es el caso en la situación española.

Una vez más, aunque se vea como una secuencia temporal, los tres tipos de nobleza se solapan en el tiempo o en el espacio, y solo en Europa se percibe mejor la secuencia temporal. Es una clasificación que trasciende los regímenes y los gobiernos. Se trata de ver en cada momento cómo se reclutan los que mandan. En la baja Edad Media española cristalizó la “nobleza de espada” a consecuencia de la Reconquista y del consiguiente reparto de tierras. Paradójicamente, el alto clero estaba también familiarmente ligado a esa “nobleza de espada”: el fundamento de su poder era la acumulación de tierras y, naturalmente, el poder de “atar y desatar”. En el Estado moderno esa aristocracia terrateniente va cediendo paso a la “nobleza de toga”, no solo los letrados, claro está, sino todos los altos funcionarios, incluidos los militares, y el fundamento de su poder se basaba en el conocimiento y en el dominio de la burocracia pública. Esa nueva aristocracia ha sido la dominante hasta hoy, pero desde hace algún tiempo se ha instalado en el poder la “nobleza del dinero”, que va desplazando a las anteriores. No consiste tanto en ser ricos como en hacerse ricos, principalmente a través de las conexiones políticas. Pueden ser legales (subvenciones, monopolios), extralegales o ilegales, lo curioso es que en ningún caso escandalizan mucho, tan compartido es el valor de enriquecerse. El Estado de bienestar, intervencionista en grado sumo, facilita ese enriquecimiento a través de la política. La legitimación de la “nobleza del dinero” se apoya en un nuevo tipo de conocimiento muy valioso: saber gestionar.

Es evidente que el papel de los militares se ve condicionado por el tipo de aristocracia que mande en cada momento. Con la “nobleza de espada” los altos mandos militares son parte de esa aristocracia; en ese caso, las guerras se hacen con el propósito de conquista territorial. Con la “nobleza de toga” los militares pueden llegar al poder mediante su participación en la gobernación del país, en ocasiones en un acceso tan directo como puede ser el pronunciamiento; las guerras son ahora de carácter nacionalista. En la tercera fase, la de la “nobleza del dinero”, los militares están para llevar a cabo “misiones de paz”, que, entre otras razones, defienden los intereses de las grandes empresas; un buen ejemplo puede ser la reciente guerra de Libia.

La sociedad estacionaria es concomitante con otros rasgos de la estructura política que nos llevan a condicionar mucho la organización futura del Ejército. Me refiero al porvenir inmediato. No es fácil anticipar lo que puede ser el Ejército en una sociedad estacionaria. En la hipótesis de haber seguido la evolución de una sociedad expansiva, podríamos haber hecho previsiones pero como se trata de un cambio de paradigma, lo único que se puede hacer son conjeturas. Ya he avanzado algunas pero hay que seguir pensando.

Un condicionamiento básico es la erosión de la idea de *soberanía nacional*. Me centro de nuevo en España: por un lado, el Estado cede símbolos de soberanía a la Unión Europea, como la moneda, la política económica o la política militar; por otro lado, el Estado central pierde capacidad de decisión al delegar muchas de sus atribuciones a los Gobiernos mal llamados "autónómicos". Y no solo eso: se produce el extraño fenómeno de que los sindicatos privilegiados se atreven a negociar de tú a tú con el Gobierno. Aspiran a una especie de derecho de veto para ciertas leyes que tradicionalmente era del dominio exclusivo de las Cortes.

La pérdida general de soberanía en el plano internacional lleva paradójicamente a que España pueda conseguir el ideal utópico de unirse a Portugal y anexionar Gibraltar de modo pacífico. De ese modo, se completaría el viejo sueño medieval de la unidad política de la península ibérica –si se fusionan con tanta facilidad los bancos, cajas de ahorro y empresas, no se entiende que no pueda haber uniones efectivas entre dos o más países–. En cambio, la Unión Europea no lleva trazas de convertirse en un verdadero Estado. La razón es que pesan demasiado las naciones históricas de Europa, realmente las primeras que hubo en el mundo y cuyo modelo se ha hecho universal –por cierto, las de España y Portugal fueron las primigenias en un orden cronológico–. En lugar de la Unión Europea como un verdadero Estado, vamos a una suerte de confederación presidida de facto por la hegemonía alemana. Otra vez el sueño imperial romano-germánico de la Edad Media. Entonces era solo un símbolo unido a la Iglesia; ahora es una tupida red de intereses económicos. Es curioso que, con la atenuación de la soberanía de los Estados, se haya recuperado esa palabra en la jerga económica. Así, se habla de "deuda soberana" para indicar la deuda nacional de toda la vida.

Como consecuencia de lo anterior, el anhelo de un Ejército europeo sigue siendo tan inalcanzable como una diplomacia europea (se recordará la ironía de Kissinger al decir que no sabía a qué teléfono llamar para hablar con los europeos; hoy estaría más claro: telefonaría a Berlín. A Kissinger, alemán de nacimiento, le habrían facilitado las cosas). Bien es verdad que menudean los ejemplos de colaboración entre los diplomáticos o los militares de los países miembros de la UE. Esa palabra, "Unión", significa menos en la Unión Europea que sus equivalentes en los Estados Unidos o el Reino Unido. Con todo, la erosión de la idea de soberanía nacional en Europa significa que resulta inimaginable una guerra continental como las dos anteriores del siglo pasado. Es más, el avance de la sociedad estacionaria implica que ya no veremos en el mundo más guerras de invasión. Después de la Guerra de las Malvinas (1982) ya no hay más guerras coloniales; pasaron a la Historia las tropas expedicionarias y no digamos las incursiones, correrías o aceifas anteriores al Ejército nacional. Ni siquiera los muchos irredentismos que todavía coleean van a provocar acciones bélicas de consideración.

Ciertamente, hemos comprobado que las últimas guerras (Irak, Afganistán, Libia, próximamente quizá Siria) plantean sus campos de operaciones lejos de los países que envían tropas o artefactos bélicos. Puede que esa lejanía física justifique la palabra “misiones” para el equivalente de esos Ejércitos expedicionarios, lo que pasa es que la expresión completa es “misiones de paz” o “humanitarias”, que casi llega a ser el lenguaje de la ironía de Orwell. Lo novedoso de algunas de esas guerras recientes es que se produce un nuevo tipo de combatiente: el terrorista suicida, y la lucha contra ese tipo de acciones se parece más a una labor de artificieros, de guerrillas, de servicios de inteligencia. A los occidentales no nos cabe en la cabeza que pueda haber terroristas suicidas, no los ha habido en el IRA o en la ETA.

La indeclinable tecnificación de las operaciones militares hace imposible lo que tal vez fuera deseable: la vuelta a la conscripción. El arte militar es hoy también, como el empresarial, saber gestionar en el contexto de la colaboración internacional. El Estado nacional cuenta menos que en el pasado, nótese que la bandera nacional casi siempre ondea junto a otras banderas. Es una paradójica vuelta simbólica a la Edad Media, ahora que tanto se habla de globalización (la bandera de las Naciones Unidas no es precisamente la que ondea más en el mundo).

La cooperación entre los Ejércitos europeos o a través de la OTAN lleva a que, en un país como España, los militares se relacionen estrechamente con los de otros países. Tampoco es nada nuevo, en los tiempos fundacionales de los Tercios españoles también existía esa relación –siempre se ha dicho que en el cuadro *La rendición de Breda* no hay ningún español excepto Velázquez, y eso por el capricho del autorretrato–. Contrariamente a lo que ocurría en el inmediato pasado, los militares españoles actuales acumulan estudios civiles, saben idiomas y se hallan muy especializados. Quizá no haya otra profesión en España (fuera de los diplomáticos o los ejecutivos de empresas multinacionales) más cosmopolita que la de los militares.

Queda dicho que la formación de un verdadero Ejército europeo es todavía una utopía. Sin embargo, es una realidad que las acciones bélicas son hoy mancomunadas entre los países de la OTAN o bajo los auspicios de la ONU. Lo más probable es que esas dos grandes organizaciones internacionales desaparezcan por consunción en breve plazo, no tiene sentido que se restrinja la seguridad al Atlántico norte o que en el Consejo de Seguridad de la ONU tenga veto China y no Alemania. En verdad, la idea de veto resulta incompatible con una organización internacional democrática. Hace tiempo que concluyó la II Guerra Mundial y la Guerra Fría, hoy tendría más sentido una organización internacional que agrupara a las naciones regidas por un sistema democrático, aunque haya que aceptar grados y matices, en cuyo caso se visualizaría la posibilidad de guerras entre ese bloque democrático y el resto de países (la mayoría), que son

dictaduras de toda laya. En gran medida, esas acciones serán provocadas por acciones terroristas; ese modelo lo hemos visto en las últimas intervenciones militares en Irak o Afganistán. Está claro que, en el mejor de los casos, se trata de victorias pírricas, y la razón es que la moral de la población de los países democráticos para defender sus valores es mucho más baja que la de sus contrarios. Añádase una especie de maldición geopolítica: la mayor parte de las reservas de petróleo y otras materias primas están en el bloque no democrático.

El bloque de países democráticos tiene en su contra el hecho de que sus tasas de crecimiento del producto económico son más bajas que las del bloque no democrático. Como compensación, la ventaja del bloque democrático es que acapara casi toda la producción del conocimiento –se incluye la ciencia, la tecnología y diversos aspectos culturales–, aunque es verdad que el *conocimiento* no interviene bien en el cálculo del producto interior bruto de los distintos países. En ese futuro que digo de la sociedad estacionaria el bienestar económico de una población se fijará más en razones de equilibrio que de crecimiento.

El terrorismo aumentará porque, si bien vamos hacia una sociedad estacionaria mundial, son escandalosas las diferencias del nivel de vida entre el mundo democrático y el autoritario; por lo menos, la diferencia resulta intolerable para nuestro valor de igualdad. Por eso mismo, a pesar de la prevalencia de las ideas pacifistas, resulta utópica la consideración de un “mundo sin guerras” incluso ahora que nos acercamos al modelo de la sociedad estacionaria. Simplemente, las guerras serán de otro estilo, aunque eso mismo se haya afirmado en otras épocas. Ya digo que el principal punto de fricción va a ser entre el bloque democrático y el autoritario. Un mundo estacionario no podrá permitirse el lujo de guerras duraderas y con muchos efectivos, se generalizará la lucha antiterrorista que, paradójicamente, será una especie de *remake* de las viejas guerras dinásticas de la Edad Media. Pasó la época de los grandes Ejércitos desplegados y no digamos del “pueblo en armas”.

En principio, una sociedad estacionaria tiende a ser más belicosa que otra de carácter adquisitivo. La razón es que en la sociedad estacionaria el enriquecimiento (o el *emponderamiento*, como se dice ahora) de un conjunto humano solo de consigue con la pérdida correspondiente de otro. Es decir, se presenta el modelo de juego que llamamos de “suma cero”; por tanto, la agresividad potencial es permanente, como lo es entre los equipos rivales en una competición deportiva. Pero al mismo tiempo una sociedad estacionaria no puede acumular muchos medios de defensa, pues los Estados necesitan mantener una política de restricción del gasto público. Ya se sabe que los militares son los que menos protestan por el recorte de gastos públicos en la esfera de su competencia, y el resultado es que puede que haya muchas guerras limitadas, pero se impondrá la “estrategia de salón”, lo que significa que el éxito militar equivaldrá a

cómo terminar cuanto antes la guerra, no a cómo ganarla. Esa reacción vale también para la "lucha contra el terrorismo", una típica guerra in-nombrable, que es la característica de la nueva era estacionaria.

Queda lejos la estrategia de la "carrera de armamentos" que era la marca de la sociedad adquisitiva. Hubo dos ilustraciones de ese modelo de "carrera de armamentos": la primera fue la de los años 30 del pasado siglo, que concluyó con la guerra más destructiva de todas, la II Guerra Mundial, y que al mismo tiempo supuso un enorme avance científico y técnico, lo que reforzó el más ingente desarrollo económico que nunca ha habido en la historia. La segunda ilustración es la de la Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética después de la II Guerra Mundial, que terminó por la consunción de la Unión Soviética, en la que la ansiada mantequilla se transmutó en chatarra atómica. En el momento actual, ingresados ya en la sociedad estacionaria, no es fácil que se reproduzca otra "carrera de armamentos". Vuelven las guerras limitadas, incluidas las de carácter guerrillero contra el terrorismo, y avanza la impresión de que son muchos los grupos de presión que recurren al expediente de la violencia en gran medida impune. Decididamente, una vez más, nos asalta el recuerdo de la Edad Media. Curiosa mezcla de futuro y pasado.

Madrid, 11 de septiembre de 2012

Composición del grupo de trabajo

- Presidente: **D. LUIS ALEJANDRE SINTES**
General de Ejército
- Secretario: **Dr. FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS**
Capitán de fragata de la Armada
- Vocales: **Dr. AMANDO DE MIGUEL RODRÍGUEZ**
Catedrático emérito de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid
- Dr. BENJAMÍN GARCÍA SANZ**
Catedrático emérito de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid
- Dr. VICENTE HUESO GARCÍA**
Coronel del Ejército del Aire
- Dr. JESÚS IGNACIO MARTÍNEZ PARICIO**
Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid
- D. ANDRÉS GONZÁLEZ MARTÍN**
Teniente de coronel del Ejército de Tierra
- Dr. FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS**
Capitán de fragata de la Armada

Relación de Monografías del CESEDEN

1. Clausewitz y su entorno intelectual. Kant, Guibert, Fichte, Moltke, Schlieffen, Lenin
2. Las Conversaciones de Desarme Convencional (CFE)
3. Disuasión convencional y conducción de conflictos: el caso de Israel y Siria en el Líbano
4. Cinco sociólogos de interés militar
5. Primeras Jornadas de Defensa Nacional
6. Prospectiva sobre cambios políticos en la antigua URSS. Escuela de Estados Mayores Conjuntos. XXIV Curso 91/92
7. Cuatro aspectos de la defensa nacional. (Una visión universitaria)
8. Segundas Jornadas de Defensa Nacional
9. IX y X Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa
10. XI y XII Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa
11. Anthology of the essays
12. XIII Jornadas CESEDEN-IDN de Portugal. La seguridad de la Europa Central y la Alianza Atlántica
13. Terceras Jornadas de Defensa Nacional
14. II Jornadas de Historia Militar. La presencia militar española en Cuba (1868-1895)
15. La crisis de los Balcanes
16. La Política Europea de Seguridad Común (PESC) y la Defensa

17. Second anthology of the essays
18. Las misiones de paz de la ONU
19. III Jornadas de Historia Militar. Melilla en la historia militar española
20. Cuartas Jornadas de Defensa Nacional
21. La Conferencia Intergubernamental y de la Seguridad Común Europea
22. IV Jornadas de Historia Militar. El Ejército y la Armada de Felipe II, ante el IV centenario de su muerte
23. Quintas Jornadas de Defensa Nacional
24. Altos estudios militares ante las nuevas misiones para las Fuerzas Armadas
25. Utilización de la estructura del transporte para facilitar el cumplimiento de las misiones de las Fuerzas Armadas
26. Valoración estratégica del estrecho de Gibraltar
27. La convergencia de intereses de seguridad y defensa entre las Comunidades Europeas y Atlánticas
28. Europa y el Mediterráneo en el umbral del siglo XXI
29. I Congreso Internacional de Historia Militar. El Ejército y la Armada en 1898: Cuba, Puerto Rico y Filipinas
30. Un estudio sobre el futuro de la no-proliferación
31. El islam: presente y futuro
32. Comunidad Iberoamericana en el ámbito de la Defensa
33. La Unión Europea Occidental tras Ámsterdam y Madrid
34. Iberoamérica, un reto para España y la Unión Europea en la próxima década
35. La seguridad en el Mediterráneo. Coloquios C-4/1999
36. Marco normativo en que se desarrollan las operaciones militares
37. Aproximación estratégica española a la última frontera: la Antártida
38. Modelo de seguridad y defensa en Europa en el próximo siglo
39. V Jornadas de Historia Militar. La aviación en la guerra española
40. Retos a la seguridad en el cambio de siglo. (Armas, migraciones y comunicaciones)
41. La convivencia en el Mediterráneo Occidental en el siglo XXI
42. La seguridad en el Mediterráneo. Coloquios C-4/2000
43. Rusia: conflictos y perspectivas
44. Medidas de confianza para la convivencia en el Mediterráneo Occidental

45. La cooperación Fuerzas de Seguridad-Fuerzas Armadas frente a los riesgos emergentes
46. La ética en las nuevas misiones de las Fuerzas Armadas
47. VI Jornadas de Historia Militar. Operaciones anfibias de Gallípoli a las Malvinas
48. La Unión Europea: logros y desafíos
49. La seguridad en el Mediterráneo. Coloquios C-4/2001
50. Un nuevo concepto de la defensa para el siglo XXI
51. Influencia rusa en su entorno geopolítico
52. Inmigración y seguridad en el Mediterráneo: el caso español
53. Cooperación con Iberoamérica en el ámbito militar
54. Retos a la consolidación de la Unión Europea
55. Revisión de la Defensa Nacional
56. Investigación, Desarrollo e innovación (I+D+i) en la Seguridad y la Defensa
57. VII Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). Génesis de la España contemporánea
58. La seguridad en el Mediterráneo. Coloquios C-4/2002
59. El Mediterráneo: Proceso de Barcelona y su entorno después del 11 de septiembre
60. La industria de defensa: el desfase tecnológico entre la Unión Europea y Estados Unidos de América
61. La seguridad europea y las incertidumbres del 11 de septiembre
62. Medio ambiente y Defensa
63. Pensamiento y pensadores militares iberoamericanos del siglo XX y su influencia en la Comunidad Iberoamericana
64. Estudio preliminar de la operación: Libertad para Irak
65. Adecuación de la defensa a los últimos retos
66. VIII Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). La organización de la defensa de la Monarquía
67. Fundamentos de la estrategia para el siglo XXI
68. Las fronteras del mundo iberoamericano
69. Occidente y el Mediterráneo: una nueva visión para una nueva época
70. IX Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). Las bases de la potencia hispana
71. Un concepto estratégico para la Unión Europea
72. El vínculo transatlántico
73. Aproximación a las cuestiones de seguridad en el continente americano

74. Defensa y Sociedad Civil
75. Las organizaciones internacionales y la lucha contra el terrorismo
76. El esfuerzo de defensa. Racionalización y optimización
77. El vínculo transatlántico en la guerra de Irak
78. Mujer, Fuerzas Armadas y conflictos bélicos. Una visión panorámica
79. Terrorismo internacional: enfoques y percepciones
80. X Jornadas de Historia Militar. De la Paz de París a Trafalgar (1763-1805). El acontecer bélico y sus protagonistas
81. Opinión pública y Defensa Nacional en Iberoamérica
82. Consecuencias de la guerra de Irak en el Mediterráneo Occidental
83. La seguridad en el Mediterráneo. Coloquio C-4/2004-2005
84. Hacia una política de cooperación en Seguridad y Defensa con Iberoamérica
85. Futuro de la Política Europea de Seguridad y Defensa
86. Una década del Proceso de Barcelona: evolución y futuro
87. El conflicto árabe-israelí: nuevas expectativas
88. Avances en tecnologías de la información y de las comunicaciones para la Seguridad y la Defensa
89. La seguridad en el Mediterráneo. Coloquio C-4/2006
90. La externalización en las Fuerzas Armadas: equilibrio entre el apoyo logístico propio y el externalizado
91. La adhesión de Turquía a la Unión Europea
92. La seguridad en el Mediterráneo: complejidad y multidimensionalidad
93. La situación de seguridad en Irán: repercusión en el escenario regional y en el entorno mundial
94. Tecnología y Fuerzas Armadas
95. Integración de extranjeros en las Fuerzas Armadas españolas
96. El mundo iberoamericano ante los actuales retos estratégicos
97. XI Jornadas de Historia Militar. La enseñanza de la historia militar en las Fuerzas Armadas
98. La energía y su relación con la Seguridad y Defensa
99. Prospectiva de Seguridad y Defensa: viabilidad de una unidad de prospectiva en el CESEDEN
100. Repercusión del actual reto energético en la situación de seguridad mundial
101. La evolución de la Seguridad y Defensa en la Comunidad Iberoamericana

102. El Oriente Próximo tras la crisis de El Líbano
103. Los estudios de posgrado en las Fuerzas Armadas
104. Las fronteras exteriores de la Unión Europea
105. La industria y la tecnología en la Política Europea de Seguridad y Defensa
106. De la milicia concejil al reservista. Una historia de generosidad
107. La Agencia Europea de Defensa: pasado, presente y futuro
108. China en el sistema de seguridad global del siglo XXI
109. Naciones Unidas como principal elemento del multilateralismo del siglo XXI
110. Las relaciones de poder entre las grandes potencias y las organizaciones internacionales
111. Las nuevas guerras y la polemología
112. La violencia del siglo XXI. Nuevas dimensiones de la guerra
113. Influencia de la nueva Rusia en el actual sistema de seguridad
114. La nueva geopolítica de la energía
115. Evolución del concepto de interés nacional
116. Sesenta años de la OTAN ¿Hacia una nueva estrategia?
117. La importancia geoestratégica del África Subsahariana
118. El Mediterráneo: cruce de intereses estratégicos
119. Seguridad Nacional y estrategias energéticas de España y Portugal
120. Las armas NBQ-R como armas de terror
121. El futuro de las relaciones Latinoamérica-Estados Unidos
122. La influencia social del islam en la Unión Europea
123. África ¿nuevo escenario de confrontación?
124. Las nuevas guerras: globalización y sociedad
125. El impacto de la crisis económica en el área de la Seguridad y la Defensa
126. El ciberespacio. Nuevo escenario de confrontación
127. En una sociedad posheroica: la transformación del paradigma militar
128. Los ámbitos no terrestres en la guerra futura: espacio
129. Valores y conflictos. Las claves culturales en el conflicto del siglo XXI
130. Análisis prospectivo de las operaciones de multipolaridad
131. Nuevas guerras. Nuevas paces

Las *Monografías del CESEDEN* están disponibles en las bibliotecas especializadas y en el Centro de Documentación del Ministerio de Defensa.